ISSN: 2683-314X

Ichan Tecolotl

La historia también se escucha,
se mira y se canta.
In Memoriam Ricardo Pérez
Montfort (1954-2026)

Año 38, Edición especial (Noviembre 2026)



Descargar PDF de la edición

[Presentación](#)
Isaac García Venegas
Tatiana Candelario
CIESAS Ciudad de México

Colaboraciones

[El jardín de la memoria: Adiós a Ricardo Pérez Montfort](#)
Ana Paula de Teresa
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

[Muchas y muy variadas](#)
Benilde García de Teresa
Instituto Nacional de Pediatría
Marcos García de Teresa

Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

Relatos de mi padre
Diego Alonso Pérez Sedano

Ricardo Pérez Montfort: Una vida en la antropología de México
Andrés Antonio Fábregas Puig
CIESAS Occidente

Entre décimas y jazz. Con Ricardo, una amistad duradera
Teresa Carbó
CIESAS Ciudad de México

Ricardo Pérez Montfort, maestro y colega
Laura Machuca Gallegos
CIESAS Peninsular

Nuestra vida en el laboratorio
Patricia Balderas Castro
Documentalista, productora y sonidista

La palabra que se escucha. Ricardo Pérez Montfort, poeta
Mónica Lavín
Escritora

RPM Recordatorio
Carlos Martínez Assad
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

Tributo a Ricardo Pérez Montfort
William H. Beezley
Universidad de Arizona

Ricardo Pérez Montfort y España: historia de una amistad
Jorge de Hoyos Puente
UNED

La herencia de Ricardo Pérez Montfort
Ana María Serna Rodríguez
Instituto Mora

En recuerdo de Ricardo Pérez Montfort
Álvaro Vázquez Mantecón
Universidad Autónoma Metropolitana

ERRE PE EME sonoridad revolucionada de larga duración
Álvaro Alcántara López
Centro INAH Veracruz

Luces, sombras y símbolos: El legado de Ricardo Pérez Montfort
Eréndira Muñoz Aréyzaga.
Secihti-UAEM

Sobre la pasión por la historia cultural. Un recorrido por las rutas de enseñanza de Ricardo Pérez Montfort
Tatiana Carolina Candelario Galicia
CIESAS Ciudad de México

Sonata de la historia
Liliana Toledo Guzmán
Coordinación de Archivos de Nogales, Sonora

La vista es muy natural, pero hay que

saber mirar... Una aproximación a Corrido, cortometraje dirigido por Ricardo Pérez Montfort.

Isaac García Venegas
CIESAS Ciudad de México

Ichan Tecolotl, año 38, edición especial, noviembre 2026. Revista de divulgación enfocada en temas de antropología, ciencias sociales y humanidades, con una periodicidad mensual y editada por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Calle Juárez 87, Col. Tlalpan Centro, Alcaldía Tlalpan, C.P. 14000, Ciudad de México, México, teléfono +52 (55) 54873570. Página electrónica: https://ichan.ciesas.edu.mx/. Contacto: ichan@ciesas.edu.mx . Editor responsable: Dirección de Vinculación. Responsable de la última actualización de este número: Teresita de Jesús Soria Gallegos. Fecha de última modificación: 5 de noviembre de 2026. ISSN 2683-314X. Las opiniones expresadas por las y los autores no necesariamente reflejan la postura de la institución. Se autoriza la reproducción total o parcial de los textos aquí publicados, siempre y cuando se cite la fuente completa y la dirección electrónica de la publicación.

Presentación

Isaac García Venegas
Tatiana Candelario
CIESAS Ciudad de México



Ricardo Pérez Montfort falleció a los 71 años de edad. Luchó durante dos años contra una enfermedad que terminó por vencerlo. Hasta el último momento la enfrentó con valor y dignidad, como lo hizo con muchas otras cosas en su vida.

Proveniente de un contexto en verdad privilegiado, desde joven, casi adolescente, su mirada, sus simpatías y sus preocupaciones estuvieron centradas en los sectores populares. No cabe duda de que la época lo hizo: los aires de la Revolución y del cambio impulsaron sus banderas. De hecho, sus estudios y aportaciones académicas pueden ser leídos como producto de esos aires a pesar de que en décadas recientes los vientos generales hayan soplado en favor del individuo, el privilegio, la jerarquía y la exclusión.

Lo interesante en su caso es que su producción académica, intelectual y creativa no se circunscribió a la historia, sino que fue más allá: abarcó la imagen, el cine, la música, la radio, la poesía, la herrería e incluso incursionó tímidamente en la pintura. De varias formas se ha intentado aprehender lo variado de su hacer y sus destrezas: se le ha definido como un "hombre renacentista", como un "curioso insaciable", un "polímata". Basta por ahora con recordarlo como un ser humano de amplísimos horizontes culturales e intelectuales, ocupado en la cultura popular mexicana y latinoamericana.

Pérez Montfort estaba convencido de que era necesario hacer a un lado los estereotipos y prejuicios con que se suele abordar la cultura popular para comprenderla y rescatarla en su muy complejo hacer y suceder. En ella, pensaba Ricardo, está cifrado un conjunto de posibilidades de existencia que no hay que ignorar cuando todo lo demás parece colapsarse.

Como profesor e investigador, durante años Ricardo Pérez Montfort formó a numerosas generaciones de estudiantes, mujeres y hombres, muchos de los cuales ahora se desempeñan como destacados y connotados historiadoras e historiadores, antropólogas y antropólogos, cineastas y artistas. Su legado es enorme no sólo por su contenido y temáticas, sino por la cantidad de artistas, humanistas y científicos sociales que se reconocen como sus alumnas y alumnos, que dan cuenta de las deudas que tienen con él y que decidieron continuar con los estudios sobre esa cultura popular que tanto le apasionó desde la perspectiva por él cultivada, la de la historia cultural, de la que sin duda fue pionero en la historiografía mexicana.

El nivel y alcance de sus aportaciones le mereció varias distinciones, entre las que destacan el Premio de Investigación Georg Forster de la Fundación Alexander von Humboldt (2020); la Medalla Nacional al Mérito por parte de la Universidad Veracruzana (2023); y el Premio Clementina Díaz y de Ovando por parte del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (2024), por sus contribuciones a los estudios de antropología, historia social, económica, cultural, y la globalización en los siglos XIX y XX.

Durante 45 años, Ricardo trabajó en el CIESAS. Al cobijo de esta institución desarrolló todo su trabajo académico y siempre reconoció las bondades que le proporcionó para ello. Sin ser las únicas, dentro de esta institución acometió dos tareas de suma importancia. La primera, fundar y dirigir la revista *Desacatos*, cuyo primer número, en 1999, se ocupó del tema de "Nación, etnia y territorio", en una época de plena vigencia neoliberal. Esta revista fue pensada no sólo como la continuidad de otra más añeja (*Papeles de la Casa Chata*), sino como un espacio de reflexión académica que debía ocuparse de los problemas más acuciantes de la realidad global desde los saberes que en el CIESAS se producen. Esta revista semestral continúa publicándose hasta el día de hoy.

La segunda, fundar el Laboratorio Audiovisual del CIESAS en 2005 y coordinarlo hasta el año 2016. Con ello no sólo aceptó el reto de crear un archivo digital centroamericano y mexicano sobre movimientos sociales, junto con el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Indiana, el Museo de la Palabra y la Imagen de El Salvador, y el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana de Nicaragua; sino que en cierto modo coronó un impulso que varios investigadores en el CIESAS desarrollaban de manera individual, como Victoria Novelo, Margarita Dalton, Xóchitl Leyva, Teresa Carbó, Laura Machuca, Mariano Báez, José Antonio Flores Farfán, entre otros.

Durante su coordinación, el Laboratorio Audiovisual tuvo una producción de 21 documentales, promovió el seminario Las Ciencias Sociales en el Mundo Audiovisual, que tuvo más de 50 sesiones ininterrumpidas, y abrió espacios de difusión y reflexión sobre la imagen y la antropología, la historia y ciencias afines, que después se replicó en otras instituciones. Editó

tres libros muy importantes: *Ciencias sociales y mundo audiovisual* (2012), cuyo segundo volumen se quedó en el tintero, *Cien años de salud pública en México. Historia en imágenes* (2010), y *Cien años de prevención y promoción de la salud pública en México. 1910-2010. Historia en imágenes* (2010). Organizó talleres, encuentros y coadyuvó en la medida de lo posible a la creación de laboratorios similares ("laboratorios espejo" se les llamó en algún momento) en las distintas sedes del CIESAS, con diferentes resultados y destinos.

Por desgracia, a diferencia de *Desacatos*, el impulso logrado durante poco más de una década se vino abajo debido a una serie de desencuentros institucionales y dificultades de financiamiento. Desde entonces, el Laboratorio Audiovisual ha tenido un desarrollo accidentado y precario, sin el alcance que Pérez Montfort logró darle durante su gestión. Cosa que no puede lograrse sin un apoyo institucional serio y duradero, hay que decirlo.

Por todo lo anterior, parece merecido y necesario que el CIESAS recuerde a Ricardo Pérez Montfort por medio de esta revista de divulgación. En el intento de ofrecer distintas pinceladas sobre su vida, producción y contribuciones, este número se organiza en cinco bloques. En el primero, escribe la familia que Ricardo formó junto con su amada esposa, Ana Paula de Teresa. En el segundo, algunos colegas de distintas generaciones del CIESAS escriben sobre él, señalando sus aportaciones y lo que significó para cada uno. En el tercero, participan sus colegas y amigos de distintas instituciones, a quienes consideró maestros y con quienes compartió trayectorias de vida. En el cuarto, escriben alumnas y alumnos de distintas generaciones, que después se convirtieron en connotados colegas suyos. Por último, como colofón, haciendo un guiño a la estructura tradicional de esta revista, se ofrece un cortometraje poco conocido que Ricardo Pérez Montfort dirigió, probablemente alrededor de 1981, en la época en que estudiaba en el Centro de Capacitación Cinematográfica. Acompañan a estos textos fotografías del archivo personal de Ricardo, otras que le tomaron distinguidos fotógrafos como Agustín Estrada y otras más que distintas personas le tomaron en diferentes momentos.

Nota: Esta edición estuvo coordinada por Isaac García Venegas con la colaboración de Tatiana Candelario.

El jardín de la memoria: Adiós a Ricardo Pérez Montfort

Ana Paula de Teresa
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

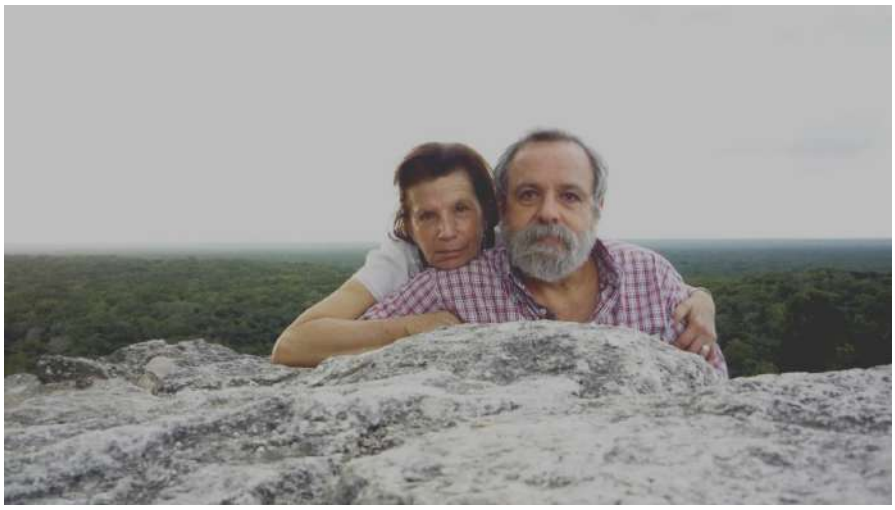


Foto: Archivo familiar *Ricardo Pérez Montfort*

La partida de Ricardo Pérez Montfort deja un vacío hondo e insustituible en las aulas, los pasillos y los proyectos que abrazó con entusiasmo, no solo en el CIESAS, sino en la UNAM y en diversas instituciones académicas del país. Investigador riguroso, historiador apasionado de la cultura popular, la música, el cine y las expresiones cotidianas de México y América Latina, Ricardo supo tejer una trayectoria académica excepcional, donde la agudeza crítica convivía de manera natural con el gozo por la vida, la generosidad y la calidez hacia sus colegas y estudiantes.

En los últimos meses de su vida, Ricardo habitó un tiempo provisional de duración incierta. Con la cercanía del final surgió la sombra inevitable de la duda: resultaba imposible prever cuándo y cómo terminarían sus días. Aun así, mantuvo siempre la mirada orientada hacia el futuro. Lo atestiguan el seminario que coordinó con Brígida von Mentz en Tepoztlán, la pila de libros pendientes sobre su escritorio y las selecciones musicales que preparaba para que escucháramos juntos al caer la tarde. Cada instante a su lado fue una lección de entereza, esperanza y dignidad; encaró la enfermedad sin una sola queja, revelando una grandeza humana única e irremplazable. De forma súbita, el 10 de marzo a las 14:17 horas, en el pabellón

de urgencias del Instituto Nacional de Nutrición, la ruptura de una arteria en la glotis provocó una hemorragia de la que ya no hubo retorno. Todavía alcancé a tocarlo con suavidad antes de salir a la sala de espera; él me despidió con un ademán sereno y una sonrisa luminosa.

Para honrar su memoria, el pasado 18 de abril nos dimos cita familiares, colegas y amigos íntimos en nuestra casa de Tepoztlán, con el propósito de sembrar sus cenizas en el jardín que tanto amó. En aquel encuentro entrañable –en una fecha que originalmente estaba anotada en su agenda para una sesión de seminario–, leí el texto titulado "Rutas, abrazos y destellos", que comparto a continuación. Más que una despedida formal, estas palabras dan testimonio del hombre detrás del investigador: el cómplice de andares y proyectos, el conversador incansable, el apasionado de la música, los fogones y la poesía; el compañero entrañable que habitó su tiempo con extraordinario compromiso y vitalidad. En estas líneas se resguarda el destello de una existencia plena que seguirá latiendo en la memoria de quienes compartimos su camino.

Rutas, abrazos y destellos

Ricardo:

Sin ti, mi corazón ha dejado de latir. La vida fluye y me arrastra a ningún lugar porque tú eras mi casa.

Queda este rincón en el que sembraremos tus cenizas para que siga floreciendo el exuberante jardín que fue tu vida. Aquí depositamos tu amor y tu rebeldía. En este refugio permanecen tus libros, las fichas manuscritas, la música, el cine, el canto y la poesía; los programas de radio y el taller de orfebrería donde modelaste los resquicios de tu alma en primorosas vitrinas, armadas con esmero y cubiertas por un velo de melancolía. Resguardamos también el pequeño huerto en el que comenzamos a plantar hortalizas, además de los rollos de película, los guiones y esos documentales donde atrapaste el tiempo y lo transformaste en un destello que aún nos guía.

También nos quedan los hijos que nunca tuvimos, pero que siempre compartimos: Benilde, Marcos, Diego, Isaac y nuestra querida ahijada Lidia. Ellos nos dieron el regalo de los nietos, esos gnomos entrañables que nos colmaron de alegría: Sebastián con sus asombrosas ocurrencias; Ana, entregada a su amor por la música, el teatro y el piano; Luisa, ágil y graciosa, arrebujada en el calor de tu panza cuando no podía dormir; Bruno, observador atento y rastreador incansable del microcosmos que habita tu campo. Quedan por nacer las dos criaturas que hoy crecen en el seno de Matilde y Samantha; esas almitas que absorberán el rastro de tu existencia y llevarán tu bandera de gozo hacia el porvenir.

Ricardo, mi amor: nos dejas una vida plena, colmada de cariño y de tu ácido sentido del humor; una vida de extraordinaria disciplina, de trabajo tenaz y de dicha. Atesoro aquel cálido homenaje, “La incansable tarea de mirar lejos…”, que te organizó Carlos Martínez Assad en el Centro Veracruzano hace apenas un año, donde el afecto de tantos amigos y colegas confirmó la huella de tu paso. Nos queda también un sinfín de pachangas inolvidables, salpicadas de whisky, tequila y cerveza; de sones, cantos, guasas, albures y baile. Imposible no recordar tu furor por los fogones: esos platillos exóticos que orquestabas con la ayuda de Juanita, el aroma de tus mermeladas de fruta y el ritual de las galletas de Navidad que siempre endulzaban nuestras celebraciones.

Solo puedo agradecer todos los años –veintinueve– que transitamos juntos: los cálidos abrazos, las noches sin luna con sus destellos amorosos, así como la suave y feliz cadencia de nuestra vida compartida, que iniciaba cada día con un beso y el aroma del café. Pero también exploro las rutas cruzadas dentro y fuera de este territorio; los viajes proyectados a la Toscana con Rafael y Danielle; otros menos lejanos, con Isaac, Juanito, Eugenia y Álvaro; y esa tan codiciada travesía por la Ruta Maya que pronto habríamos de emprender con Alicia y Gilberto.

Con especial emoción guardo los asiduos fines de semana en el pueblo de Tlalpujahua y nuestras visitas a la mina Las Dos Estrellas, evocando la leyenda del ingeniero François Fournier, aquel buscador de fortunas que transformó una piedra en un imperio para terminar comprando, en 1912, la isla de Porquerolles en la Provenza Francesa. Siguiendo el rastro de ese hombre de “incontables aventuras”, viajamos juntos al archipiélago de Hyères. Entre los ecos de la mina michoacana y el murmullo de los viñedos provenzales queda la huella de quien, como tú, supo plantar árboles de las más diversas latitudes y habitar un nicho que permanece custodiado por remembranzas que callan y ocultan la soledad, el tiempo y el lenguaje de la ausencia.

Todavía anhelo aquel viaje a Costa Rica en el que, después de recorrer los caminos de San José, pernoctamos en una antigua finca cafetalera convertida en hotel de lujo. Allí –¿te acuerdas, Ruqui?– disfrutamos de un jacuzzi con burbujas que anegaron la habitación, provocando nuestra risa y la plenitud inmensa de estar juntos, contemplando el atardecer multicolor de un momento preciso.

Te quiero y te quise con fervor inconfesable.

Hoy toca llorar tu ausencia. Despedirte en este rincón que labraron tus manos con fuerza, amor y anhelo de futuro; con el cariño inacabable que nos brindaste a los que compartimos la vida contigo en compañía de Rafa y Juanita, quienes con su cuidado fueron dos pilares que ayudaron a sostener tu vida estos dos últimos años.

Sigue tu propio resplandor, Ricardo.

Nunca te olvidaremos. Siempre, hasta que mi andar se agote, te llevaré conmigo; anclado en este triste corazón que sufre de infinita soledad con tu partida.

En el fuego,
tu rebeldía;
en el humo,
tu libertad;
en esta tierra,
tu semilla;
en mi corazón, tu hogar.

Ana Paula de Teresa
Tepoztlán, sábado 18 de abril de 2026

Muchas y muy variadas

Benilde García de Teresa
Instituto Nacional de Pediatría
Marcos García de Teresa
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM



Foto: Archivo familiar *Ricardo Pérez Montfort.*

Es probable que quienes lleguen a leer estas líneas hayan conocido a Ricardo Pérez Montfort por su obra como historiador, sus clases o conferencias, o su relación con el son jarocho, la radio y el cine. Aunque nosotros sabíamos que todas estas eran distintas facetas del personaje, tal vez no llegamos a dimensionar plenamente la relevancia de su trabajo hasta que vimos los numerosos homenajes que se le han dedicado desde su partida y la emoción y admiración con la que hablan de él los estudiosos de estos campos. En este espacio nos gustaría recordar algunas escenas de la vida cotidiana de esa persona brillante con la que compartimos tanto.

En nuestras vidas, Ricardo llegó de forma inesperada cuando nuestra mamá, después de algunos años de haberse divorciado, se reencontró con un novio de su juventud. Un amigo en común, con quien ambos habían estado en un taller en el Teatro Santa Catarina, en Coyoacán, les organizó una reunión para que volvieran a juntarse. A los pocos meses, Ricardo se mudó a nuestra casa y junto con él llegaron todos sus libros, que a lo largo de los años se multiplicaron y vistieron prácticamente todas las paredes. Cada tanto había que mandar a hacer libreros nuevos para que la extensa biblioteca mantuviera su orden. Desde entonces, su presencia se instaló en la cotidianidad de nuestra familia y fue para nosotros una persona extremadamente

cariñosa, generosa, respetuosa y muy divertida.

En todas las casas que habitó, Ricardo colgaba cuadros por todas partes: pinturas que le habían regalado, dibujos suyos, fotografías, pósteres, exvotos. No había rincón que dejara sin llenar. También le gustaba colectar objetos, con los que fue construyendo pequeñas colecciones: figurines de personajes políticos, puerquitos de barro, sacapuntas... Entre estantes llenos de libros y objetos varios estaba su escritorio repleto de fichas y notas: una especie de guarida desde la que trabajaba en su computadora hablaba por teléfono o escribía versos. A menudo, hasta altas horas de la noche, se escuchaba música de Piazzolla, de Miles Davis o de algún otro compositor, acompañándolo mientras trabajaba o se daba un rato para leer acostado en un sillón. También era frecuente escuchar bullicio proveniente de la pequeña salita de su estudio, donde le gustaba reunirse con sus amigos, colegas y estudiantes, a veces hasta bien entrada la madrugada.

Ricardo era un gran conocedor de cine y veía de todo, aunque después se quejaba amargamente de lo malas que eran muchas de las películas. En los tiempos en que se rentaban VHS y después DVD, Ricardo conocía de memoria el videoclub de la avenida Miguel Ángel de Quevedo, así como el que había en Tepoztlán, incluidos los pasillos de terror y de comedias románticas. Podía pasar horas recorriendo las tiendas de discos de los centros comerciales de Altavista y Centro Coyoacán armando, además de su biblioteca, una vasta colección de música y una pequeña filmoteca. Para ello, conservaba junto a los casetes, discos y cintas, todos los aparatos necesarios para reproducir los materiales obsoletos que almacenaba.

Encontrarle un regalo era una tarea complicada. Casi todos los libros o discos que intentábamos obsequiarle ya los tenía. Hallar algo que no hubiera leído, visto o escuchado requería un verdadero trabajo de investigación y buena suerte. Al final, el regalo que no tenía pierde era un whisky. Le gustaba beber Chivas, en vaso *old fashioned*, con hielos. Los obsequios que él nos hacía, en cambio, siempre nos abrían un mundo: la literatura de Wallace Stegner, la *Suite francesa* de Irène Némirovsky o los libros de Jenny Erpenbeck. Así como los aretes que salían de su taller, con dedicatoria personalizada.

Tuvimos el privilegio de viajar con Ricardo a muchos lugares. En el verano del 2000, fuimos juntos a Europa en un viaje que marcó nuestras vidas. Visitamos los museos de Berlín, fuimos al lago Wannsee y nos sorprendimos con cierto modelo de WC de la antigua Alemania del Este. Recorrimos las calles y las librerías de París y nos iniciamos en la buena costumbre de beber cañas en los bares de tapas en Madrid. Estos lugares los visitaba también con sus obsesiones de historiador. Era parada obligada ir a saludar a Carlos y a Federico en el Marx-Engels-Forum en Berlín. En Sevilla, en pleno calor de verano, nos hizo recorrer el Paseo de las

Delicias durante toda una tarde en busca del Pabellón de México de la Exposición Iberoamericana de 1929, hasta que por fin lo encontramos.

Le gustaba manejar por las carreteras del país. Recorrimos juntos los sitios arqueológicos y las haciendas de Morelos, las marisquerías y cafeterías de Veracruz, y las tiendas de artesanías de Tlalpujahua y Pátzcuaro. Para los largos viajes en coche, solía hacer una selección de la música que iba incorporando en su colección. Era de todo tipo, desde jazz, son cubano, boleros, rock e inclusive reggae o Tin Tan, en un repertorio muy diverso que, para ser sinceros, no siempre era de nuestro agrado.

Con el tiempo, regresó a vivir a su casa en Tepoztlán, a cobijarse del caos de la gran ciudad rodeado por sus libros, su música, sus mascotas y su maravilloso jardín poblado de estatuas de animales. Ese fue su refugio hasta el final de sus días. Ahí recibía calurosamente a todas sus visitas. En sus últimos años, afinó sus habilidades culinarias y se convirtió en un cocinero ágil y luminoso, que nos agasajaba con sopa de lentejas, mermeladas con fruta de su jardín y galletas de mantequilla, entre otros platillos. Nuestros hijos recuerdan con especial cariño las canciones que les cantaba tiernamente, así como los versos que acompañaba con la jarana y sus pacientes lecciones de piano, con las que los fue iniciando en el gusto por la música. En esa casa vivió con Ana Paula, nuestra mamá, que lo cuidó hasta el final y a la que quiso profundamente, como podía documentarse por las notitas que le dejaba por aquí y por allá, a veces solo con el dibujito de un papalote.

A Ricardo le gustaban las palabras, podía usarlas con solemnidad y precisión, y también con ingenio y picardía. Solía responder a muchas situaciones con citas o frases hechas que había incorporado a su manera de hablar. Por ejemplo, cuando le agradecías algo, con cierta frecuencia contestaba: “Gracias, las que te adornan, que son muchas y muy variadas”. Muchas y muy variadas fueron las gracias que lo adornaron y que reverberan aún en nuestra cotidianidad.

Relatos de mi padre

Diego Alonso Pérez Sedano



Crédito de la foto: Archivo familiar *Ricardo Pérez Montfort.*

Mi padre, Ricardo Pérez Montfort, fue un reconocido historiador y un músico menos conocido de lo que merecía, a pesar de su talento para escribir estrofas, componer al vuelo y su célebre melomanía.

Mi historia con él se divide en dos partes: una infancia en la que apareció poco y un reencuentro durante los últimos años de la universidad. Como de mi infancia no conservo tantos recuerdos como quisiera, centraré este relato en el reencuentro.

Por razones que desconozco, nuestra relación se distanció durante un tiempo. Fue hasta la universidad que un día, caminando frente a la Facultad de Economía de la UNAM, rumbo al metro Copilco, me lo encontré. Cruzamos algunas palabras: él se enteró de que yo estudiaba en la Facultad de Economía y yo supe que él era profesor en la Facultad de Filosofía y Letras. Ambos llevábamos prisa y lo dejamos pasar. Ese día se me quedó grabado y muchas veces quise volver a encontrarlo para planear un encuentro más formal. Pasó el tiempo, quizá uno o dos años; recuerdo perfectamente el día en que decidí buscarlo.

Iba camino a casa y estaba resuelto a ponerme en contacto con él de una forma u otra.

Imaginé que, como profesor de la UNAM, probablemente encontraría en línea algún correo para escribirle. De manera un tanto irresponsable, me puse a buscar en medio del tráfico hasta hallarlo en uno de sus perfiles como investigador. Decidí probar suerte y le mandé un mensaje para saber si algún día podríamos vernos e intercambiar teléfonos. Siendo honesto, no esperaba respuesta, no sabía si el portal estaba actualizado ni si ese era en realidad su correo; sin embargo, para mi sorpresa, al día siguiente me contestó.

Intercambiamos teléfonos y quedamos de desayunar en el restaurante La Pause, en la avenida Francisco Sosa, en Coyoacán. Hoy quisiera recordar con exactitud de qué hablamos en ese reencuentro, pero la emoción y los nervios de volver a ver a mi padre probablemente borraron ese recuerdo. Lo importante es que a partir de ahí nuestra relación se volvió más cercana y nuestros encuentros mucho más frecuentes; estos se repitieron más de una vez en ese mismo restaurante y solo después de varias ocasiones acordamos que yo fuera a su casa. Me contó que de vez en cuando organizaba reuniones los miércoles con amigos y colegas, en las que alguien cocinaba para los demás. Recuerdo bien que me invitó a una de ellas y, si no me falla la memoria, estuvimos con su esposa Ana Paula, Isaac García Venegas y Juan Salazar Rebolledo. Al principio no me sentía en total confianza, pues todos colaboraban en libros, artículos e investigaciones, lo que les daba muchos temas en común. Con el tiempo, sin embargo, me fui integrando y terminamos discutiendo sobre el movimiento estudiantil y otros temas revolucionarios hasta cerca de las cuatro de la mañana. Por supuesto, se abrió más de una botella de su tequila favorito y probablemente en nuestra discusión se dijo más de un sinsentido. Así se fue construyendo una relación cada vez más cercana.

Retomando el homenaje que mi padre merece en estas notas, hablaré de cómo fue a lo largo de nuestra convivencia. Durante nuestros encuentros, me contaba de sus viajes por todo el país, de sus continuas visitas a Alemania, donde trabajaba en sus libros sobre Lázaro Cárdenas, y de alguna que otra aventura que se había topado en el camino. Muchas de esas visitas venían acompañadas de libros y cuadros que me regalaba, pues era un lector ferviente: cada vez que llegaba al punto de encuentro, estaba leyendo un libro distinto.

Uno de mis recuerdos más presentes es nuestro viaje a Tlalpujahua, Michoacán, donde me llevó al sitio de la Tragedia de las Lamas, al museo de la mina Las Dos Estrellas y, finalmente, a la alfarería de un amigo suyo. La casa de Tlalpujahua estaba llena de exvotos que adornaban la planta baja, lo cual me resultó impresionante, dado lo agnóstico que era mi padre. Nunca llegué a comprender el motivo por el cual los tenía. Durante ese viaje nos contó de las fiestas que se habían celebrado en esa casa: reventones con mucha música y fandango, algo que caracterizaba a todas las fiestas que él propiciaba.

También recuerdo con mucha añoranza la casa de Tepoztlán, rodeada de vegetación y de

árboles frutales que él mismo había plantado estratégicamente para hacer mermeladas de todo tipo, de las cuales, viene a mi memoria una rica mermelada de *kumquat* (naranja china). Olvidaba mencionar que una de sus aficiones era cocinar y cocinarle a la gente. Tenía su propio recetario y más de una vez nos confesó que experimentaba con alguna especia distinta a la que marcaba la receta o que hacía combinaciones entre platillos diferentes para crear nuevos sabores. En mi opinión, tenía buena sazón, aunque también me gusta pensar que, cuando lo visitábamos, ponía un esmero especial para sorprendernos con un buen plato.

Finalmente, quiero destacar que mi padre y yo no tuvimos una relación larga, pero todo el tiempo que logramos compartir fue de gran aprendizaje. Siempre había música, libros e incluso películas o series que recomendaba y otras que criticaba enérgicamente. Tuve discusiones muy buenas con él, con Ana Paula y con otros colegas, que en más de una ocasión nos llevaron a pasarnos de copas y terminar a altas horas de la noche.

En resumen, el recuerdo de mi padre es el de un hombre intelectual y apasionado: historiador, investigador y profesor, lector incansable y melómano, con talento para la composición y las estrofas. Además, era generoso y hospitalario, anfitrión de reuniones donde se cocinaba y se discutía, regalaba libros y cuadros, ofreciendo una cálida amistad para quien estuviera presente en su casa. Era un hombre festivo y fiestero, amante del fandango, la música y el tequila, y un viajero curioso, con “la incansable tarea de mirar lejos”, con amigos en todas partes del mundo por sus largos recorridos, tanto al interior como fuera del país. Pero, sobre todo, yo lo recuerdo como un gran conversador, nos contaba sobre sus experiencias pasadas y siempre tenía nuestra atención por lo bonito que hablaba.

Hoy extraño la alegría con la que nos recibía en su casa, los diferentes platillos que nos cocinó, las historias de fiestas y aventuras en las que participó a lo largo de su juventud y el cariño que nos mostraba cuando estábamos cerca de él. La relación con mi padre fue mucho más corta de la que hubiera deseado y quedaron pendientes muchas experiencias por vivir a su lado; sin embargo, fue profunda y lo recordaré siempre con un enorme cariño y con la alegría con la que se expresaba al verme, hasta en la última ocasión.

Sé que cada uno de los homenajes que le hacen es más que merecido, no solo por su carrera profesional, sino por la gran persona que era. Espero que en cada uno de ellos siempre le acompañe la fiesta mexicana y el fandango del que tanto disfrutaba.

Su partida me dolió, pero en el mismo año llegó a mi vida su nieto. Yo me aseguraré de que Alonso conozca la historia de su vida.

Ricardo Pérez Montfort: Una vida en la antropología de México

Andrés Antonio Fábregas Puig
CIESAS Occidente

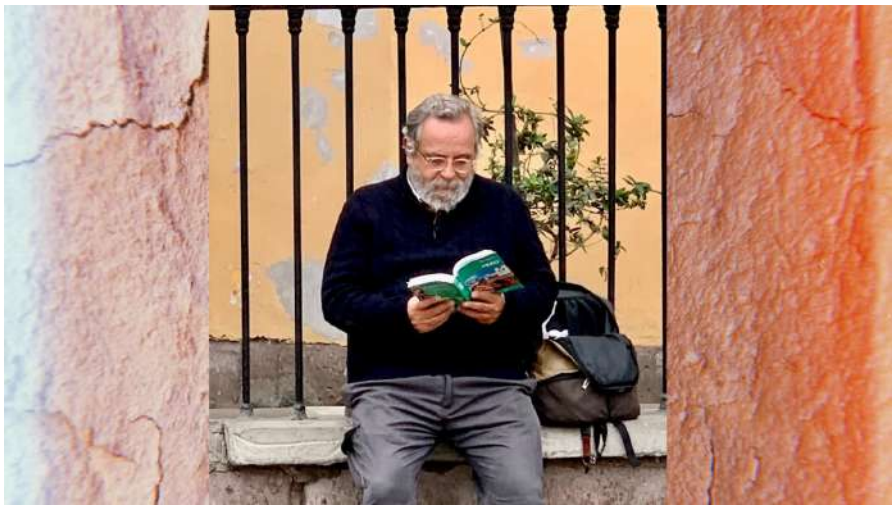


Foto: Archivo familiar *Ricardo Pérez Montfort*.

Conocí a Ricardo Pérez Montfort el día en que nuestra amiga en común, Victoria Novelo, me lo presentó. No recuerdo con exactitud la fecha y lamento no poder preguntarle a Vicky, quien, al igual que Ricardo, ya no está con nosotros. Pero lo que sí recuerdo vivamente es que bregaban por que en el CIESAS se diera atención a la antropología que se hacía –y se hace– con las cámaras: la llamada "antropología visual". Era un esfuerzo sostenido de ambos, convencidos como estaban de que la fotografía en sus múltiples manifestaciones y usos era una herramienta vital de la pesquisa antropológica. Siempre que pude y tuve oportunidad me uní a ese reclamo y traté de colaborar con ellos cada vez que me lo solicitaban.

La personalidad de Ricardo Pérez Montfort, de Ricardo, me era muy atractiva. Franco, directo, con un prodigioso sentido del humor, cultivador de la amistad, inteligente, pronto para la observación que exigía precisión, Ricardo encarnó al historiador y al etnólogo. Más aún, fue un excelente etnomusicólogo, con un trabajo de campo riguroso que hizo siempre portando su

buen humor y una pasión infinita por lo popular.

Ricardo disfrutaba estar en medio del pueblo, que para él no era un argumento demagógico, sino una experiencia real, una relación vital con la fuente que le proporcionaba la savia que él transformaba en conocimiento sin traicionar el crédito a quien lo merecía. No concebía la noción de "informante". Él conversaba con el pasado y con el presente. De esa manera oteaba el futuro, no sólo de la información que traía entre las manos, sino de las disciplinas a las que se dedicaba.

En los días en que escribía esa formidable biografía del general Lázaro Cárdenas del Río, conversamos en varias ocasiones debido a que mi padre fue un republicano catalán que le debía a Cárdenas y a Gilberto Bosques el haber arribado a México. Recuerdo el entusiasmo de Ricardo al escuchar mi testimonio. ¡Cómo hubiera disfrutado de la palabra directa de mi padre!, quien fuera un excelente conversador. Se lo hice saber. Imposible sustituir el testimonio directo de quien le debía la vida a Lázaro Cárdenas, ese mexicano del siglo XX, como decía Ricardo Pérez Montfort. Pero me esforcé para que, como lo hubiera hecho mi padre, las palabras fluyeran mientras disfrutábamos de la cerveza, el elemento ritual de la conversación y de toda celebración.

Me consta que Ricardo guardaba una gran admiración por Lázaro Cárdenas, como él mismo lo revela en su gran libro (tres volúmenes), además de considerarlo un presidente de México excepcional. El título del libro expresa la inteligencia de Ricardo, su capacidad para comprender contextos, su admirable generosidad para revelar a un ser humano como el general Cárdenas, que fue un pilar de la voluntad del pueblo mexicano. Por eso me llamó tanto la atención el título de la obra cuando ésta llegó a mis manos, con la dedicación cariñosa de Ricardo. Cárdenas era un mexicano del siglo XX, un hombre de su tiempo, embonado en la historia de su pueblo, en perfecta sincronía: *Un mexicano del siglo XX*. Su desempeño como presidente del país era el de un mexicano del siglo XX, sin más.

Extraordinaria la percepción de Ricardo y qué espléndido homenaje a Cárdenas fueron los tres volúmenes que escribió. Cárdenas fue el propio pueblo mexicano gobernándose a sí mismo. Ahora comprendo la atención, las preguntas que me hacía Ricardo, mientras le contaba lo que escuché de mi padre en sobremesas inolvidables allá en Tuxtla Gutiérrez. Esa obra sobre la vida de Lázaro Cárdenas es en la que con mayor claridad Ricardo Pérez Montfort se revela como antropólogo e historiador.

No dejo de mencionar que disfruté en grande su libro *Detrás de la verde arboleda*, desde su portada, que me recordó mis días de trabajo de campo en Coatepec, Veracruz, hasta la belleza de cada página que Ricardo dedicó para revelarnos la naturaleza prodigiosa de los fandangos,

los sones, las décimas, que caracterizan la cultura jarocha. Ricardo me envió por correo su libro, cuya lectura me aventé de corrido. No pude sustraerme, no lo quise hacer, de esa prosa que él hacía fluir como los arroyos de nuestra gran geografía, con esos remansos en los que meditaba acerca de las claves que constituyen la cultura. Así, en ese libro, Ricardo Pérez Montfort es el historiador, el etnólogo y el etnomusicólogo que pone su talento a descifrar las claves del alma popular.

No sé cuántos libros y textos escribió Ricardo, pero lo que sí afirmo es que su obra es de una solidez y honradez admirables. Es más, él logra desaparecer sin desaparecer en las páginas de sus libros para ceder el espacio a ese pueblo que amó tanto, el mexicano. Me parece que uno de sus libros en donde esta característica es clara se titula *Disparos, plata* y *celuloide* (2023), que, fiel a su título, enlaza la historia del pueblo de México con el cine y la fotografía. ¿Qué es lo que imaginamos que ha ocurrido en el transcurso de una historia? Son el cine y la fotografía los que han fijado en nuestra mente las imágenes de los protagonistas de momentos medulares de la historia mexicana. Ricardo Pérez Montfort nos enseña que al entrar a una sala de cine no sólo veremos una película y pasaremos un buen rato, sino que el propio filme modelará la imaginación acerca de sucesos definitorios del destino de nuestra historia. ¡Qué libro tan importante es éste que comento! Ricardo es, en estas páginas, un observador de quienes observan y nos lleva de la mano en una visión de cómo el cine construye personajes, pasajes históricos, situaciones y los instala en nuestra memoria. Por ello, en el momento en que sucedió la terrible tragedia del incendio de la Cineteca Nacional en 1982 se quemó una parte del acervo memorioso colectivo de la Nación; así termina su libro.

Y en estos tiempos en los que las drogas tienen tanta presencia en la discusión pública, en su uso político, en los estragos que causan, es oportuna la lectura de *Tolerancia y prohibición. Aproximaciones a la historia social y cultural de las drogas en México* (2016). Lo primero que nos descubre Ricardo en estas páginas es que el asunto de las drogas viene de lejos en el país, no es nuevo. Escogió el periodo que va de 1840 a 1940 porque es en el que se proponen las reglas que dieron pie al establecimiento del código de salud y las prohibiciones. Un libro del que emana una inteligente visión de los antecedentes de lo que hoy ocurre.

El deceso de Ricardo Pérez Montfort me llenó de tristeza. Sobre todo, porque ya no podré disfrutar de su conversación, como tantas veces hicimos. El ritual de la cerveza queda interrumpido. Cuando me enteré de la infausta noticia aquel martes 10 de marzo del año en curso, también pensé en Vicky Novelo, en lo que nos indignaba a los tres cuando hablábamos de las infamias de nuestro tiempo y de nuestro medio, pero también de las risas que nos provocaban los ingenios infinitos del alma popular mexicana. Ricardo es alguien a quien se extraña, alguien de quien uno se pregunta qué pensaría de lo que ocurre hoy en el mundo, en

esta nuestra América, donde se instala nuevamente el fascismo. Su vida se interrumpió en uno de sus momentos más creativos. Así es el destino.

Al terminar este breve texto, recuerdo las coplas que a la muerte de su padre escribió Jorge Manrique en 1476:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Y así es: nuestras vidas son como las aguas de los ríos que desembocan en el mar, dijo Manrique. A Ricardo lo recordaremos no sólo a la orilla del mar, sino en el resplandor de los nuevos amaneceres de la historia, en la noticia, en la fotografía de primera plana, en la sala de cine y en el disfrute permanente de las páginas que su talento nos prodiga.

Entre décimas y jazz. Con Ricardo, una amistad duradera

Teresa Carbó
CIESAS Ciudad de México



Foto: Archivo familiar *Ricardo Pérez Montfort.*

Entré al CIS-INAH en octubre de 1979, convocada por Guillermo Bonfil Batalla. Llegué con él, a Victoria 75 (Centro de la Delegación Tlalpan), gracias al oportunísimo apoyo de Gabriela Coronado, quien acudió a mi casa para avisarme que me buscaban, mientras mi teléfono estaba cortado por falta de pago. Yo había conocido a Guillermo en diciembre de 1975, director del INAH él entonces.

Llegaba exiliada, poco antes del golpe cívico-militar en Argentina (24 de marzo de 1976), cuya materialización era previsible e inminente. Quería un empleo. Guillermo (como le llamábamos todos: con su nombre de pila a secas) me aconsejó que estudiara algo, que no buscara trabajo en el último año de un sexenio, cuando todo se cerraba y nada se abría. Me anticipó que estaba pensando con otros colegas antropólogos un programa interinstitucional e interdisciplinario sobre el impacto de la educación bilingüe y bicultural, al que me invitaba anticipadamente. Acordamos que, al concluir mis estudios, iría nuevamente a verlo.

Cursé pues el Doctorado en Lingüística Hispánica de El Colegio de México (1975-1978). Empecé todavía en la calle Guanajuato 125, colonia Roma. Fue esa una magnífica experiencia,

intelectual e interpersonal: un puerto seguro, una adscripción institucional inmejorable, una biblioteca de inabarcable vastedad y estantería abierta. Deambulaba yo, incrédula, por ese laberinto de tesoros. Allí también hice algunos sólidos vínculos, como Irene Fonte Zarabozo, amiga querida de mi vida entera.

En el CIS-INAH, mientras "los magníficos" antropólogos críticos del poder unipartidista postrevolucionario afinaban el futuro Programa de Educación Indígena, coordinado por María Eugenia ("Nina") Vargas Delgadillo, Ricardo y yo nos conocimos en un seminario de análisis de textos que Guillermo me encargó impartir a los colegas del Programa IV del Centro, Minorías Étnicas. Participaron Gloria Artís, Daniela Grollova, Lina Odena Güemes, Brígida von Mentz, Ricardo Pérez Montfort, Verena Radkau y Clara Elena Suárez.

La simpatía fue instantánea y recíproca. Ricardo fue no sólo el mejor estudiante, sino que se apasionó por el enfoque. Tomaba con seriedad conceptual y esmero analítico el valor de la lengua y los discursos en la conformación del sistema político prevaleciente, el llamado "milagro mexicano". Quería saber con exactitud cómo descifrar la materia verbal que, en el nivel simbólico y con éxito notable, instituía y reproducía la legitimidad formal de un régimen de gobierno profundamente autoritario. Se perfilaba ya su vasta obra, esclarecedora de la construcción estatal de una retórica omnipresente y agobiante.

Su actitud me cautivó. También me halagó, dado el alto grado de narcisismo necesario para ser un docente exitoso, elocuente y bien querido. Un vínculo de afecto y de recíproco reconocimiento intelectual se fue creando. Ya no cesó ni se dañó, aunque un par de veces tuvimos, en privado, fuertes discusiones sobre distintas coyunturas del Centro. Discrepancias afables las hubo numerosas. También fui varias veces a cenar en la amplia, antigua casona familiar de Ana Paula de Teresa, su mujer de toda la vida.

Los años corrieron. Ricardo se instaló en Tepoztlán, con el grueso de su vastísima biblioteca y breves estadías en casa de Ana Paula. Yo, en Santo Tomás Ajusco, cerro arriba. Muchos asuntos atendimos por correo electrónico. Prioritario, el convenio internacional con un grupo de institutos alemanes de investigación y formación de postgrado, y otro análogo en México: el Colegio Internacional de Graduados (CIG). Junto con Jean François Prud'homme del Colmex, Ricardo fue crucial en el desarrollo apacible de ese convenio, bicultural al fin, con alto riesgo de malentendidos.

Fue entonces, creo, por mail y después en persona, que Ricardo empezó a llamarme "Teresinha". No le pregunté por qué. Simplemente escuché y disfruté la suave forma sonora de mi nombre así reconvertido. Me retrotraía vívidamente a mi infancia y adolescencia en Córdoba.

En esa, nuestra ciudad natal, mi mejor amiga y compañera de la escuela (últimos años de primaria), era Marina Argota Lebeau. Su papá era amante del jazz y tenía en su casa una pared llena de discos de ese género. Era un joven hombre de “buena familia” (aquello era provincia y hace muchos años: los apellidos marcaban rangos y rasgos) que no había querido estudiar: un bohemio, un poeta, un excéntrico que trabajaba en un banco. Y lo detestaba, claro está.

Muchas tardes pasé en esa casa, jugando con Marinita y sus dos hermanos varones, menores que ella. Tirábamos dardos a un blanco en el revés de la puerta del cuarto y yo resulté buena tiradora. Tenía más tino y paciencia que mi explosiva amiga. Ella me presentó a los Beatles apenas empezaban. “Hay unos chicos en Inglaterra que ‘tenés’ que escuchar”, dijo una tarde. Ella, la consentida de su papá, era asimismo una melómana, de su tiempo y estilo. La mamá, también llamada Marina, no se atrevía a entrar al cuarto sin antes golpear sonoramente a la puerta para que cesaran los dardos. Avisaba a Mary que su papá había llegado y la requería.

Allá íbamos las dos. El papá, apodado “Bebe” (Argota), vestía una bata de cuadros escoceses, en rojo, negro y gris. Ya no llevaba el traje y la corbata del “disfraz” (como lo llamaba él) propio del banco. “Hola, Teresinha”, me saludaba. “¿Estás aquí con tu amiga? ¿Les has ganado a los dardos? ¿Han merendado todos bien?”. Era un hombre hosco y un padre afectuoso, detallista y atento.

Cuando aquí en México Ricardo empezó a llamarme Teresinha, lo dejé hacer, sin ni una sola pregunta. Era como si él hubiera sido testigo invisible de mi infancia, allá lejos y hace tiempo (como diría W.H. Hudson). O como si supiera que esa forma de nombrarme y la música eran una sola y misma cosa.

Durante los años de amistad y camaradería que tuvimos, intercambiamos algunos libros. Yo le di una edición de la poesía de Oliverio Girondo (1891-1967), el gran poeta argentino de la vanguardia bonaerense. Ricardo, a mí, un libro de poesía de su autoría: unas delicadas e ingeniosas décimas. Me deleitaron y, varias veces, en distintas pláticas, las comentamos, como género y como obra.

En Córdoba, el papá de mi amiga Marinita se libraba del tedio de su empleo escuchando con todo el volumen de un magnífico equipo reproductor algunas piezas de jazz que le pedía a su hija dilecta, mientras sonaban los hielos del primero de los dos whiskies que tomaría. Siempre dos. Nunca uno más; tampoco uno menos. Sólo para distenderse; no era un bebedor. Tranquilo, fumaba y hacía volutas.

La ciudad era entonces muy silenciosa. Además, había una estrecha proximidad aérea (también edilicia) entre el balcón de la casa de los Argota Lebeau y el patio trasero de casa de

mis papás, de modo que se creaba entre las dos una especie de “canal sonoro”. Mi mamá, que gustaba mucho de la música, fingía molestia (en beneficio de mi papá, quien de todos modos se dormía presto y profundo) y decía: “Ya tenemos concierto esta noche”. Eso, cuando yo no estaba directamente allá, en la escena de los hechos.

Cuando sí estaba allí, iba con Mary a buscar el pedido. Dizzy Gillespie, recuerdo una vez. Aunque de pronto, se equivocaba. Al instante, su papá corregía: “No. Ese no. El que toca con Stan Getz” (*For Musicians Only*), que desde luego estaba también en ese acervo inmenso cuya extensión nunca supe calcular, porque, además, crecía. Era una casa vieja, con techos altos, y los LPs ocupaban una pared completa.

De ese modo fue que, a lo largo del tiempo, el “Teresinha” se entretejió con las décimas y la lírica popular mexicana, y con el jazz norteamericano, con el “Bebe” Argota y con Ricardo Pérez Montfort, en noches inolvidables que formaron mi gusto. Al día de hoy, cuando deseo y puedo descansar de los habituales trámites inacabables, de la vida académica e incluso de la dinámica familiar, me doy un rato de buen jazz. Poseo una pequeña y selecta colección (con rock asimismo) que disfruto escuchar una y otra vez. Así, en ese goce que con ellos aprendí, agradezco y celebro a mis mentores musicales.

Ricardo Pérez Montfort, maestro y colega

Laura Machuca Gallegos
CIESAS Peninsular



Foto: Archivo personal *Ricardo Pérez Montfort.*

En este breve escrito quiero relatar, de manera simple e intimista, mis remembranzas del admirado y muy querido Ricardo Pérez Montfort, primero como maestro y luego como colega del CIESAS.

Soy de la generación 1991-1994 de la carrera de Historia en la UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. Cuando yo era estudiante, Ricardo impartía el curso de Historiografía Mexicana en el segundo año de la carrera. Recuerdo aquel salón enorme, repleto hasta el tope de estudiantes, y en el centro de la escena, Pérez Montfort, que iba de huaraches y morralito, impartiendo su curso. Su clase nunca era aburrida: que si tal personaje o tal novela; que si tal película o tal canción (porque ¡también era músico!); y entre tanto salían al paso muchos otros aspectos de la cultura mexicana. La verdad, como profesor tenía un éxito arrollador: no solo era brillante, también tenía a su favor que entre las estudiantes se le consideraba un profesor bastante "guapo". Por ese curso leí textos como *La invención de América*, de Edmundo O'Gorman, y *Pueblo en vilo*, de Luis González y González. De hecho, todavía conservo las fichas de cartón escritas a mano que realizábamos y que debíamos entregar como reporte de lectura. Muchos años después, le pedí a una de mis becarias que pasara en limpio aquellas notas, pero aun

cuando ya las tenía en formato electrónico, nunca me atreví a deshacerme de las fichas originales.

Como al redactar este texto mi memoria ya no daba para más, les pregunté a algunas compañeras de mi generación sus recuerdos de Pérez Montfort. La Dra. Laura Coria me trajo a la memoria que también impartía la clase de México Postrevolucionario, que cursamos juntas. Para ella, la gran particularidad de ese curso fue que la historia del México contemporáneo se estudiaba a través de lecturas y análisis de novelas mexicanas; los estudiantes escogíamos de una larga lista de textos lo que íbamos a leer. Ella recuerda haber elegido *Cabello de Elote* de Mauricio Magdaleno, *El desfile del amor* de Sergio Pitol y *Batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco. Por mi parte, leí *Arráncame la vida* de Ángeles Mastretta, *Los de abajo* de Mariano Azuela, *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán y muchos otros títulos que en este momento se me escapan de la memoria. Pienso que si después de más de 30 años nos seguimos acordando de lo que leímos en ese curso, entonces el método de Ricardo era más que efectivo. Gracias a esa influencia, en mis cursos recomiendo a los estudiantes que lean novelas y que las consideren como una posible fuente histórica.

La Lic. Laura Ruiz, otra compañera de generación, era entonces –y aún es– una de las más fervientes admiradoras de Pérez Montfort; no sólo tomó todos los cursos que daba en la Facultad de Filosofía y Letras, sino que se inscribió en los que impartía en otras instituciones. Considera que era un erudito y que ponía el máximo énfasis en la cultura popular. Además de insistir en que se leyeran novelas, también recomendaba estudios sociales, políticos y culturales en torno a ellas. Leía con detenimiento los reportes de los estudiantes, señalaba los aciertos y las lagunas de información. Otra modalidad de acercamiento que Pérez Montfort procuraba en sus clases era el de la fotografía. Para él era crucial usar esa fuente. Laura Ruiz recuerda una anécdota contada por él mismo. En una ocasión, fue al Archivo de la Defensa Nacional en busca del expediente de un personaje y por alguna razón dio a conocer que sabía alemán. La ocasión fue muy oportuna y había caído en el momento preciso, pues se necesitaba traducir de ese idioma ciertos documentos. La sorpresa fue que cuando entregó el trabajo y por fin tuvo en sus manos el expediente, al abrirlo lo único que había era una fotografía.

Para Pérez Montfort también era importante que viéramos y reflexionáramos sobre el cine mexicano. Laura Ruiz recuerda que llevaba sus videos VHS con programas y películas; dice que esas proyecciones eran un premio para ella. Yo recuerdo que las recomendaciones que hacía del cine mexicano eran películas que ya había visto, pues eran de la Época de Oro y las pasaban en la televisión.

El propio Ricardo también había incursionado en el cine. Por ejemplo, participó en la serie

Lustros: La vida en México en el siglo XX, producida por la UNAM para narrar el "desarrollo económico, político, social y cultural de México con imágenes". Pérez Montfort realizó el capítulo 8, "Cuando la sombra de la duda se cruza en el camino (1935-1939)", de 1991.[1] Con Ana Paula de Teresa filmó *Voces de la Chinantla* (2006), entre muchos otros títulos.

Cabe recordar que Ricardo Pérez Montfort fue el creador del Laboratorio Audiovisual del CIESAS en 2005, de donde salió la serie *Palabra del CIESAS*, una colección de videos con entrevistas a investigadores del centro, que se puede ver todavía en YouTube. También apoyó la serie de *Antropovisiones*, bajo la dirección de la querida Vicky Novelo. Por cierto, uno de los episodios se llama "Mexicanerías. Construyendo el México típico", donde se entrevista a Pérez Montfort, en particular sobre su investigación de estereotipos culturales, con base en sus libros clásicos publicados por el CIESAS, como *Avatares del nacionalismo cultural. Cinco ensayos* (2000), *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo* (1994) y *Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX* (2007).

Como colega, Pérez Montfort participó en la Unidad Peninsular en la línea de docencia que conformamos Vicky Novelo (†) y yo, llamada "Cultura y Poder", hoy desaparecida. Este periodo se dio cuando estaba a cargo del Laboratorio Audiovisual, al que renunció en 2016. Dirigió la tesis de dos estudiantes de doctorado: Yezid Sequeda Garrido, *Una historia en paralelo: Las relaciones bilaterales y el intercambio cultural entre Colombia y México, 1926-1946*, que fue galardonado con el Premio RADI a la Investigación 2018 (Red de Archivos Diplomáticos Iberoamericanos); y Felipe Escalante Tió, *Los conservadores revolucionarios yucatecos. Periodismo, liderazgos y prácticas de prensa en la construcción del Yucatán revolucionario. 1897-1912* (2016). De maestría, dirigió a Ernesto Monroy Pintor en *La lucha interminable: Historia y novela. Los indios y la Revolución Mexicana en las narrativas literarias (1930-1948)* (2015). Dejó de participar con nosotros en 2017 debido a que el trabajo lo estaba rebasando y además le correspondía año sabático.

En 2004 ingresé al CIESAS y desde 2006 organicé un seminario que se llamó "Metodología de la historia e historiografía", que duró como tal hasta 2019. Un seminario mensual con participaciones presenciales, mucho público y colegas de diversas instituciones; todavía había recursos para invitar a uno o dos profesores de otros lados. Fue un periodo muy enriquecedor académicamente. Las y los investigadores ponentes hablaban sobre un tema, teoría o metodología de la historia. En febrero de 2014, Ricardo participó con la ponencia: "Halfdan Jebe en Yucatán: Un extraño caso de regionalismo musical".

Según la enciclopedia *Yucatán en el tiempo*, se trata de un…

> compositor noruego fallecido en la Ciudad de México. Contribuyó a la evolución de la música sinfónica en Yucatán. Al organizarse en 1925 la Orquesta Sinfónica de Mérida que dirigió Francisco Sánchez Rejón, formó parte como violín primero; además de ejecutante, compuso música mayista y obras sinfónicas.[2]

En esa ocasión, Pérez Montfort dijo que estaba haciendo una investigación sobre este compositor y manifestó su deseo de que sus obras se volvieran a tocar en Yucatán. En 2018 publicó en *Dimensión Antropológica* el artículo titulado "Halfdan Jebe en Yucatán. Los antecedentes y la bohemia", donde expone los resultados de su investigación, que incluye una "sabrosa" historia de amor entre el músico y una mujer yucateca de la élite, e insiste en que "Halfdan Jebe logró producir una obra notable que todavía espera su reivindicación como artista y creador".[3]

Después descubrí que en 2019 salió un documental (que no he visto) llamado *Halfdan Jebe i Maya-land*, de un director noruego, donde él participa.

Diré que, aparte de todo, Pérez Montfort era una persona generosa, amable y sencilla. Lo digo por lo que respecta al trato que tuve con él. Hace unos cinco años me mandó de regalo su libro *Cultura en venta.* Y quisiera terminar con un correo electrónico que me envió el 30 de octubre de 2018 para felicitarme por un premio que había ganado.

> Mi querida Laura
> Te mando un enorme abrazo y una felicitación sincera por el premio INAH que acabas de recibir. Independientemente de los sectarismos que últimamente se han exacerbado en el CIESAS, me parece que este reconocimiento muestra que todavía hay instancias que sí valoran el trabajo de los historiadores.

Descansa en paz, Ricardo, querido maestro y entrañable colega.

1. https://www.filmoteca.unam.mx/secciones_cine_linea/lustros-la-vida-en-mexico-en-el-siglo-xx/ ↑
2. https://enciclopediayet.com/jebe-halfdan/ ↑
3. https://revistas.inah.gob.mx/index.php/dimension/es/article/view/11705/12473 ↑

Nuestra vida en el laboratorio

Patricia Balderas Castro
Documentalista, productora y sonidista



Foto: Archivo personal *Ricardo Pérez Montfort.*

El encuentro

Cuando pienso en lo que significa el Laboratorio Audiovisual (LAV), pienso en que ha sido como un salvavidas en el mar, asimilable a un madero que flota a contracorriente y que, aun con su aparente sencillez, ha sido lo suficientemente fuerte para mantener a salvo a muchas almas investigadoras, almas creadoras y hasta atormentadas almas perdidas. Algunxs llegamos al laboratorio por un golpe de suerte, otrxs por necesidad y otrxs por curiosidad. Aunque nuestras historias y nuestros tiempos no necesariamente fueron los mismos, casi puedo asegurar que la mayoría de las personas encontramos ahí un espacio-tiempo acogedor, lleno de creatividad, goce y libertad.

Llegué al Laboratorio Audiovisual del CIESAS un lunes del año 2009. Recorrí un largo pasillo, lo suficientemente silencioso como para pensar que no había nadie en el edificio. Mi colega y amigo editor Eric Moncada, quien me había informado que en el laboratorio buscaban a una persona que les apoyara con las gestiones administrativas, caminaba a mi lado y me conducía al lugar de la entrevista. Yo tenía 26 años y mi prioridad en esos tiempos no sólo era acumular experiencia profesional, sino tener un ingreso económico que me permitiera aliviar un poco la carga económica familiar. Nunca imaginé que ese pequeño espacio, al fondo de un frío y

solitario edificio, sería la base fundamental de mi camino hacia el cine documental. Mucho menos pensé que las personas que conocería ahí ocuparían un lugar tan importante en mi vida hasta hoy en día.

Eric abrió una puerta que dejó ver un pequeño pasillo con seis puertas cerradas. Atravesamos la primera del lado izquierdo, en donde se encontraba un joven de semblante muy serio leyendo un libro. No recuerdo si nos saludamos o no porque yo me encontraba sumergida en un dramático monólogo en el que con indignación y amargura le contaba a mi colega los infortunios de mi anterior trabajo. Era una oficina pequeña, la distancia entre las tres personas que estábamos ahí era de menos de dos metros, por lo que era inevitable escucharme. Pasaron alrededor de 20 minutos cuando Eric encontró una pausa en mi discurso y me dijo: “Por cierto, Pato, te quiero presentar a mi jefe, la entrevista es con él”. Entonces aquel joven lector dejó su libro sobre la mesa, volteó su rostro y al levantarse me saludó sonriente, con cierta diversión indulgente. Muy tensa y desbordada de vergüenza me acerqué a saludar a Isaac García Venegas, coordinador operativo del Laboratorio Audiovisual, quien sería mi jefe, amigo y mentor por seis años consecutivos. Con palabras torpes me disculpé varias veces por haber irrumpido en su espacio y en su lectura, y le dije que estaba lista para ser entrevistada.

En un tono serio, pero con la risa contenida, Isaac me dijo: “No te preocupes por la entrevista, ya escuché suficiente”. Pensé que acababa de arruinar la única entrevista de trabajo que tenía hasta ese momento y, por lo tanto, la posibilidad de experimentar con algo que siempre me generó curiosidad, el audiovisual. La devastación que sentía fue interrumpida por Isaac, quien me dijo: “No te preocupes, estás dentro. ¡Ven, te voy a presentar al Dr. Ricardo Pérez Montfort, coordinador general del laboratorio!”. Al escuchar eso, el miedo me invadió. Isaac me dijo por primera vez la frase que me repitió un sinfín de veces durante muchos años: “Tú tranquila”.

Entramos a la oficina del Dr. Pérez Montfort e Isaac me presentó sin preámbulos como la nueva integrante del Laboratorio Audiovisual. El Doc, como le decíamos de cariño, levantó un poco el rostro y me miró fijamente por encima de sus gafas, con una mirada analítica que buscaba encontrar aquello que había detrás de mi cara de susto. Al solo hallar eso, amablemente me invitó a sentarme y me hizo un par de preguntas, luego comenzó a contarme qué era el laboratorio, cómo lo operaban y qué buscaban a través de él. Su personalidad me resultó por momentos imponente y por momentos dulce, tal vez lo percibí así por su aspecto amable y su peculiar forma de hablar, directa y segura, matizada por su melodiosa voz, que recuperaba tonitos agudos al inicio de cada frase mezclados con palabras contundentes y tonos muy graves, casi como un canto. Aquella conversación con el Doc fue breve, suficiente para dejarme ver que en ese equipo la confianza y el riesgo estarían presentes siempre.

Salí del Laboratorio Audiovisual con un nuevo trabajo, bastante sorprendida y un poco confundida. Con el paso del tiempo entendí que en el LAV muchas cosas ocurrían de formas poco convencionales, con procesos más sencillos, dinámicas de trabajo prácticas y fluidas que derivaban en buenos resultados, formas que de alguna manera contrastaban con los protocolos y el rigor institucional de cualquier centro de investigaciones del entonces CONACYT.

El proyecto y sus entrañas

El Laboratorio Audiovisual surgió en el año 2005 como una iniciativa institucional impulsada por el Dr. Ernesto Isunza Varela y el Dr. Ricardo Pérez Montfort. En sus inicios, el proyecto formó parte de una estrategia más ambiciosa, que le ayudó a financiar su labor: el Central American and Mexican Audiovisual Archive (CAMVA), iniciativa del Centro de Estudios Latinoamericanos y Caribeños de la Universidad de Indiana, donde colaboraban, además del LAV, el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana de Nicaragua (INHCA) y el Museo de la Palabra y la Imagen de El Salvador (MUPI). En ese momento, el objetivo principal del laboratorio era la creación de un archivo digital integrado a partir de la recuperación y el resguardo digital de materiales audiovisuales sobre movimientos sociales, sin procesar y creados por investigadorxs del CIESAS e instancias afines. Esto con el fin de que en un futuro cercano aquellos materiales tuvieran fines académicos y de divulgación.

A finales de 2009 el plan para todas las personas que estábamos en el laboratorio era muy claro: recuperar y preservar registros en imagen y sonido generados por la comunidad del CIESAS, producir materiales audiovisuales para la divulgación científico-social a partir de registros nuevos y existentes, colaborar a través de la producción audiovisual en la construcción de la memoria institucional y de la memoria antropológica en México, brindar a la comunidad y al público en general espacios de formación técnica en materia audiovisual, y crear espacios de diálogo sobre el mundo audiovisual en las ciencias sociales. Todo ello en la víspera de una transformación cultural en la que la imagen y el sonido ocuparían un lugar central en la vida de las personas. Si bien el plan era ambicioso, nuestro equipo humano y técnico era bastante pequeño.

El equipo base del LAV estaba conformado en ese momento por cinco personas: el Doc, Isaac, Eric, Martín y yo. Este equipo se expandía o disminuía de acuerdo con las necesidades y recursos con los que contaba el proyecto, porque si una peculiaridad tuvo el Laboratorio Audiovisual del CIESAS, al menos durante mi estancia desde mediados del 2009 hasta inicios del 2015, fue la incertidumbre financiera con la que operaba, ya que su principal soporte, el proyecto CAMVA, había sido suspendido por falta de recursos por la Universidad de Indiana en

el año 2011. Hecho que derivó en la necesidad de intensificar la búsqueda de apoyos y colaboraciones institucionales que de por sí hacía el laboratorio. En la oficina era común escuchar al Doc y a Isaac platicar sobre sus estrategias para conseguir financiamientos, no sólo para ampliar y dar estabilidad al equipo operativo, sino para sostener las actividades que ya estaban en curso y echar a andar aquellas que seguían asentadas en el plan.

El Doc consiguió en distintos años varias colaboraciones y financiamientos. Gracias a ello, al pequeño equipo base y a la importante labor de prestadores de servicio social, de prácticas profesionales, y autoridades e investigadores del CIESAS, el laboratorio tuvo importantes resultados, como la publicación del libro conmemorativo *Cien años de prevención y promoción de la salud pública en México, 1910-2010. Historia en imágenes*, para los festejos del Bicentenario en México; la publicación de la antología *Ciencias sociales y mundo audiovisual*; la realización del documental *Un remolino sobre lo social… Faro de Oriente. Diez años*; la producción de la serie documental de 20 capítulos *Palabra del CIESAS*; la realización de talleres, cursos y espacios destinados a compartir reflexiones, como el "Seminario de las Ciencias Sociales y el Mundo Audiovisual"; y el resguardo y divulgación de valiosos materiales audiovisuales, como *Voces de la Chinantla* y los nueve capítulos de la serie documental *Antropovisiones*, concebida y dirigida por la gran amiga del Doc, de Isaac y del laboratorio, la Dra. Victoria Novelo Oppenheim, quien creía firmemente en que las investigaciones del CIESAS debían llegar más allá de la esfera académica y que para ello era fundamental usar un lenguaje asequible, tanto en la escritura como en lo audiovisual.

En el día a día, el LAV se sentía como llegar a un lugar donde eres bienvenidx, un espacio de libertad creativa en donde las ideas fluían, se retroalimentaban colectivamente y si llegaban a vislumbrarse como un buen aporte a los procesos creativos o a las dinámicas de trabajo, se ponían en práctica. Al menos así fue mi experiencia, porque, aunque me contrataron para realizar gestiones administrativas y de recursos, poco a poco me involucré en las distintas etapas de la producción audiovisual, sin abandonar mis responsabilidades en la gestión administrativa y sin que nadie limitara mi deseo y práctica creativa.

Comencé apoyando en la planeación, logística y vinculación que exige la preproducción audiovisual. Después, con el apoyo de Eric, quien tenía experiencia previa en producciones cinematográficas, experimenté la grabación de video, el registro de sonido directo y la edición con *software* especializado. Finalmente, después de observar de cerca cómo realizaban entrevistas Isaac y el Doc, me aventuré a hacer mis propias entrevistas a profundidad a investigadoras e investigadores del CIESAS. Este proceso de involucramiento no fue inmediato ni lineal, respondía a la organización del trabajo en equipo, los objetivos de corto y mediano plazo del área, y la insistencia de involucrarme en los procesos creativos.

Nunca fueron perfectas las cosas, los errores en el laboratorio, como en la vida, eran parte del crecimiento. Aún recuerdo cuando el Doc destrozó con su crítica mi primera edición del capítulo dedicado al Dr. Héctor Díaz Polanco para la serie *Palabra del CIESAS*. Ese día significó para mí un antes y un después, porque aquello que yo creía que "funcionaba bien" en realidad estaba muy lejos de ser el resultado esperado y, para mi mala suerte, el tiempo apremiaba. No necesité un discurso muy elaborado sobre lo que había que resolver, en diez minutos o menos, después de analizar la edición, el Doc me había dado los elementos suficientes para entender por qué no funcionaba narrativamente mi montaje. La edición de este capítulo no sólo fue para mí un reto a contrarreloj, sino una lección importante para la construcción consciente de mi propia mirada.

El proceso de creación audiovisual en el laboratorio fue similar para varias personas del equipo: no era imprescindible tener conocimientos avanzados y especializados, bastaba con tener curiosidad, ganas de aprender y la voluntad de arriesgarse. Así el acercamiento a la operación de una cámara o de una grabadora de sonido directo, la decisión sobre la iluminación o la posición de la cámara, o la elección de una pieza musical dentro del proceso de edición no significaba una tarea imposible de dominar, sino la oportunidad de establecer un diálogo creativo con el equipo, de investigar para poder sustentar las decisiones, desarrollar habilidades y descubrir otras formas de trabajar con las imágenes y los sonidos.

A veces me pregunto si el Doc e Isaac realmente tenían una gran confianza en el equipo, integrado mayoritariamente por jóvenes, o si eran las circunstancias financieras del laboratorio las que obligaban a que el proyecto operara con perfiles no tan especializados. El 99% de esas veces pienso que sí confiaban en nosotrxs, que veían el potencial de cada persona y que la experiencia de sostener el proyecto aún con errores era parte de nuestro proceso formativo. Como sea, la sensación de confianza y libertad que percibíamos quienes formábamos parte del equipo creativo y operativo nos hacía sentirnos capaces y segurxs para atender las necesidades del laboratorio con los conocimientos y los recursos existentes. Si bien las decisiones más importantes no se tomaban colectivamente, porque existía una Coordinación General y una Coordinación Operativa encargadas de guiar cada proceso, siempre tuvimos la posibilidad de proponer y experimentar dentro de una dinámica basada en la participación y el trabajo en equipo.

Quienes llegamos al Laboratorio Audiovisual entramos de cierta forma en un ecosistema institucionalmente diferente y estimulante, donde a pesar de las tensiones y desacuerdos internos que en ocasiones podían surgir, prevalecía la amabilidad, el compañerismo y la pasión por crear. Cada una de las personas que habitamos y transitamos ese espacio sabíamos que en pocos lugares encontraríamos una experiencia así de cálida, libre y flexible.

El Laboratorio Audiovisual, para muchxs de nosotrxs, representó la posibilidad de aprehender el potencial expresivo, social y político de las imágenes y los sonidos, pero también la oportunidad de construir lazos afectivos con personas que, hasta hoy, acompañan nuestro crecimiento personal y profesional. En el mundo audiovisual, especialmente en aquello que dista de la industria hegemónica, la creación es ante todo un espacio de encuentro, comunidad y pertenencia.

Lxs habitantes del laboratorio

De 2009 a 2015, varias personas con distintos perfiles, temperamentos e intereses formamos parte del Laboratorio Audiovisual o de sus proyectos: comunicólogxs, pedagogxs, historiadorxs, antropólogxs físicxs, antropólogxs sociales, músicxs y hasta nutriólogxs aportamos conocimientos, tiempo y esfuerzo, a la vez que recibimos aprendizajes y experiencias que nos enriquecieron profesional y personalmente.

El Doc guiaba el laboratorio junto con Isaac García Venegas. Ambos se encargaban en mayor o menor medida de buscar recursos, consolidar alianzas estratégicas, supervisar proyectos y tareas en curso, además de involucrarse en distintos momentos del largo proceso de producción audiovisual. El resto del equipo sosteníamos la operatividad del espacio al clasificar materiales audiovisuales, organizar archivos físicos y digitales, digitalizar imágenes y videos, realizar investigación iconográfica y documental en archivos públicos y privados, escribir textos especializados, realizar entrevistas, hacer producción audiovisual, apoyar a la producción audiovisual, editar, postproducir, hacer diseño gráfico, administrar recursos financieros y humanos, hacer vinculación y difusión, organizar eventos, redactar informes, dar seguimiento a procesos y gestionar importaciones.

Antes y después de mi paso por el laboratorio circularon muchas más almas que por destiempos de la vida no tuve el gusto de conocer o no tuvieron el disgusto de conocerme; sin embargo, durante mi estancia tuve la fortuna de colaborar con el Doc, Isaac, Eric Moncada, Martín Díaz, Georgina Gama, Carla Córdova, Emiliano García, Mónica Cruz, Juan Carlos Encinas, Lucy Romero, Gabriela Torres, María Rosa Gudiño, Ileana Aguilar, Celia Arteaga, Gabriela Helguera, María José Villaseñor, Citlalli López, José Luis Pérez, Jaime Vélez, Aivlis Barón, Montserrat Salazar, David Arreola, Alonso Getino y Beatriz Reza. Algunas de estas personas no se conocen entre sí porque no coincidieron en tiempos y espacios, pero las une haber sido parte de un proyecto tan trascendente como lo es el Laboratorio Audiovisual del CIESAS.

El Doc en retrospectiva

El Doc era simpático, estratégico, irreverente y perspicaz, escucharle hablar significaba que habría risas o incomodidad segura, todo dependiendo de la conversación. Su personalidad bonachona y extraordinariamente agradable se combinaba con la exigencia y rigor que imprimía en sus textos y proyectos. Tal vez la combinación de sus estudios en cinematografía, música e historia fue lo que le dio ese sentido flexible a los proyectos que se gestaron en el Laboratorio Audiovisual.

Muchas personas visitaban al Doc en el LAV, a veces para que asesorara sus tesis o sus investigaciones, y otras veces para buscar la oportunidad de colaborar con él en algún proyecto. Había días en que su voz traspasaba las paredes de la oficina cuando daba retroalimentación a alguno de sus alumnxs, pues se apasionaba y no ocultaba su indignación ante trabajos que le parecían francamente "terribles" (aún lo escucho decir "terrible"). Nosotrxs, como equipo, llegamos a sentir un poco de pena por aquellos alumnxs que recibían retroalimentación del Doc, pero también sabíamos que ellxs mismxs lo buscarían de nuevo porque era alguien capaz de darles una crítica frontal, útil y luminosa que les ayudaba a cuestionarse y a construir su propia voz en cualquiera que fuera su camino.

Pareciera que al Doc le molestaban varias cosas, entre ellas, la dificultad de trascender el propio punto de vista, la mediocridad, los egos vacíos, la intelectualidad conformista y los mariachis (de esto último tiene una gran argumentación que se puede encontrar en sus entrevistas y publicaciones). Pero también pareciera que disfrutaba muchas cosas más: escribir la historia, dar clases, el tequila, la cerveza, la jarana, Veracruz, Michoacán, Alemania, el cine, una buena comida y una buena fiesta. Y uso la palabra "pareciera" porque como espectadora inmersiva de la vida del laboratorio y, por lo tanto, de una pequeña parte de la vida del Doc, reconozco que esos gustos y disgustos pertenecen a la imagen que construí de él a partir de mi mirada.

El Doc era una poderosa guía intelectual para el joven equipo que colaboró con él, pero también es cierto que cada unx de nosotrxs éramos capaces de identificar las cosas en las que no estábamos de acuerdo, tanto en la forma de ver el mundo como en la de hacer las cosas. Y aunque pocas veces le expresamos esas inconformidades directamente, había alguien en el laboratorio que sí lo hacía de forma constante, en una suerte de contrapeso intelectual y humano con quien el Doc intercambiaba ideas todo el tiempo. Esa figura era Isaac y seguramente no era el único contrapeso en su vida, pero al menos en el CIESAS (y fuera) sí lo era, y me parece importante mencionarlo porque el Doc no siempre se hacía todas las preguntas ni tenía todas las respuestas. Como cualquier persona, también necesitaba con quien debatir, quien le cuestionara y quien le acompañara en los momentos más turbios del laboratorio y de la vida. El vínculo que el Doc tuvo con Isaac no sólo fue profesional, sino de

amistad; quienes estuvimos ahí fuimos testigos de ese proceso y aprendimos de él. Por eso repito que el LAV no sólo nos dio aprendizajes profesionales, también nos brindó afectos importantes y lugares a los que siempre podemos volver para respirar.

A mediados de 2014 comenzó una crisis financiera en el laboratorio. Antes ya había sucedido y el Doc hasta entonces siempre había logrado subsanar la necesidad, pero en esta ocasión no fue así. La falta de recursos se prolongó por más de ocho meses y Eric, Emiliano y yo trabajamos *pro bono* por un tiempo para cerrar el proyecto que habíamos sostenido durante varios años, *Palabra del CIESAS*. Cabe aclarar que ni el Doc ni Isaac nos pidieron hacerlo, nos quedamos por el compromiso de terminar algo que nos representó muchos meses de trabajo previo, por el orgullo profesional y por querer creer que otra vez que el Doc salvaría nuestro sueldo de honorarios para poder seguir. La angustia, la incertidumbre y el enojo invadieron el ánimo que se vivía en el laboratorio, fue un tiempo triste y poco a poco nos tuvimos que ir. Primero Eric, en 2014, luego yo, en 2015, y al final Emiliano, ese mismo año.

Hoy pienso en el Doc, en Isaac, en mis compañerxs y amigxs, y en la trascendencia que han tenido en mi vida. Agradezco infinitamente toda la experimentación técnica y creativa audiovisual que pude hacer en el laboratorio durante seis años, el tiempo, el espacio y los retos a los que me enfrentaron, el acompañamiento, la guía y las múltiples conversaciones que me dejaron ver que lo audiovisual no se limita a una publicación en redes sociales, a una sala de cine o a un festival, que es una poderosa herramienta pedagógica, de divulgación, de construcción de memoria y de transformación social, capaz de hacer comunidad, de abrir diálogos profundos y de imaginar otros mundos más amables y más humanos.

También agradezco al Doc y a Isaac los distintos gestos de amistad y reconocimiento que han tenido conmigo aun después de ya no ser parte del laboratorio, desde las cartas de recomendación que cada uno de ellxs escribió para postularme a la Maestría en Cine Documental de la UNAM (que eran un requisito), hasta las múltiples convivencias llenas de risas y ávidas reflexiones.

Si algo aprendí del Doc, de Isaac y del LAV, es que no hace falta que pensemos de la misma forma para poder reconocer y apoyar el camino de lxs otrxs. Recuerdo que antes de irme del laboratorio, el Doc me preguntó el tema con el cual me postularía a la maestría y cuando se lo dije, su reacción no fue muy entusiasta, pero tiempo después me hizo muy feliz verle sentado junto con Isaac en las butacas de una sala de cine en Michoacán acompañándome en el estreno de mi ópera prima documental, *Ahora que estamos juntas*, que ha sido distinguida con el Premio del Público al Mejor Largometraje Documental y el Premio MUSA a Mejor Largometraje Documental Dirigido por una Mujer en el Festival Internacional de Cine de Morelia 2022.

La palabra que se escucha Ricardo Pérez Montfort, poeta

Mónica Lavín
Escritora



Foto: Archivo personal *Ricardo Pérez Montfort*.

Conocí a Ricardo Pérez Montfort al despuntar la adolescencia. Era el primo de mi querida amiga Anita. Hubo fiestas, reuniones. Fue un primer amor dulce y tierno. Desde entonces me asombraron sus muchísimos intereses. La música era uno de ellos. Escuchábamos a Alex y Leslie en el teatro de Santa Catarina en Coyoacán, que cantaban a Peter, Paul y Mary, a Joan Baez, a Pete Seeger y su *We shall overcome*. Quizás porque en la adolescencia la educación sentimental a través de la música es fundamental, la relación de Ricardo con la música está grabada en mi memoria. Era ya un lector, hijo de padres científicos. Ninguno de los dos sabíamos qué queríamos hacer con nuestras vidas ni por dónde irían los derroteros de nuestros caminos profesionales. Ricardo nunca dejó de ser fiel y productivo en todo lo que le apasionaba, un verdadero hombre del Renacimiento: la historia, la música, el cine y la literatura.

Conservamos una intermitente cercanía. Una amistad a prueba del tiempo, una solidaridad discreta, de manera que si yo iba a escribir sobre algún tema que requería de investigación histórica, él me refería a especialistas y bibliografía que me podría ser útil: Isaac García Venegas fue un imprescindible asesor para *Yo, la peor*, los libros sobre el café en el Soconusco de

Antonio García de León para *Café cortado*.

Ricardo empezó a publicar poesía en los años ochenta y tuve la fortuna de que me regalara algunos de sus primeros libros. *Cárceles y campo* (1986) es un precioso libro objeto con hojas de papel de seda de Humberto Spíndola, intercaladas en las partes que componen el poemario. Veladuras, transparencias y colores. Una colaboración original y de gran finura estética, de la que Jaime Moreno Villarreal escribió:

el enamorado vulnera con navaja la corteza de un árbol como si su amor fuera para siempre: el escritor y el artista, también tentados por una ilusión perdurable, intentan su pasión sobre el papel.

Contactos y mareas (1993) es también un libro en complicidad con el artista plástico

Felipe de la Torre, todo décimas y acuarelas sugestivas, como la propia palabra: cuerpo, piel, animales, sugerencias en ocres y azules que acompañan la palabra de travieso erotismo.

Si las puertas que ella toca
están en disposición,
no desdeña la ocasión,
traspasando sus umbrales
y en recovecos carnales
inicia la exploración.

Bien sabemos que la poesía es palabra que se escucha, que se versifica con el oído lo mismo que con el intelecto y el corazón: todo ello vertido en el lenguaje. Pero Ricardo Pérez Montfort tenía especial gusto por las décimas jarochas, diez versos octosílabos con rima consonante, donde el final de cada décima es el pie para la siguiente. Si uno lee las décimas deleitosas que están en sus diversos libros, como *Cárceles y campo* o *Seducción y naufragio*, uno se abandona a la cadencia musical, el ritmo, la picardía tan jaranera. Su interés por el folclor latinoamericano y algunos ritmos vernáculos tuvo su propia salida en los años setenta en el grupo La Peña Móvil, que solía presentarse en la Peña del Nahual, en la calle de Francisco Sosa. Ese oído musical curioso fue macerándose entre el jazz, el blues, lo clásico, el rock, la música mexicana; mientras visitaba todos los temas de interés como estudioso de la identidad mexicana.

Se me llena la imaginación de boleros
apoltronado en el sillón,
sólo el ronroneo del cómo quisiera
deslizándose hacia el recuerdo de tus ojos
y tu tibia superficie.

Llama la atención la dupla con que nombró varios de sus libros. El juego de opuestos, un oxímoron provocador que da cuenta de las tribulaciones y búsquedas de temas que jalan hacia uno y otro polo en busca tal vez del paraíso intermedio, tal vez de la coexistencia de los contrarios: *Cárceles y campo*, lo abierto y lo cerrado, la libertad y su privación. En *Seducción y naufragio*, lo mismo el gozo que el desconcierto. Su poesía refleja esas contradicciones íntimas: la búsqueda del amor, su altura gozosa y el hueco de la ausencia, la presencia y el olvido. "Cuánta zozobra. / Son dos ausencias, las de tus ojos. / ¡Déjalos quedarse!".

La casa como refugio del alma, rodeado de música, de libros y también de la huella de alguien que ya no está, es recurso persistente en su lírica. La añoranza y la melancolía recorren muchos de sus poemas; como contraparte de ese tono blusero y triste, las décimas juguetonas y pícaras, coquetas y atrevidas. Esas dos facetas del autor, dos momentos del alma, dos formas de estar en la vida. La luz y la oscuridad son tono permanente en lo que escribe: "Profunda noche que brilla / con su negra claridad".

Lo releo a la luz de una ausencia que duele. La última vez que lo vi fue en su inesperada asistencia a la feria del libro de Tepoztlán, donde yo presentaba un libro. Un abrazo y un "estoy mejor". Y luego, la fatal noticia. Recorrer sus palabras lo vuelve presencia y enigma, no hay mayor viveza y cercanía que la huella de los días en las palabras estelas de luz, como las estrellas que seguimos adivinando, aunque ya no estén.

Cómo me gustó la parte "Jazz y whiskey" del poemario *Rumbo* (2010), que no conocía. La poesía se va desgranando mientras el de la voz bebe de aquel vaso y escucha música. Una siente el deseo de poner la pieza de Bill Evans, beber el whisky y reflexionar con el autor sobre el hecho de escribir, que es otro de los temas que Ricardo Pérez Montfort toca en varios de sus poemas: la página en blanco ("Una nueva página en blanco, como casa deshabitada...") y ese observar el acto de consignar en palabras ciertas emociones e imágenes que tienen el propósito de retener, de atender, de que no se fuguen, de desmenuzar la perplejidad, de no ahogarse en el sinsentido y la sinrazón.

Esta décima lo confirma:
La hoja en blanco se queda
como si fuera un recuerdo,
en el pasado me pierdo
rueda la rueda que rueda;
así espero a que suceda,
la vida y su sinrazón.
Corriendo tras la ilusión
de una posible salida

encontré mi alma perdida
y roto mi corazón.

Ya desde *Cárceles y campo*, el poeta se refiere a la conciencia de la escritura, como en el que se titula “Viaje a lo que aparece de ti en la escritura”:

Extrañas y redondas relaciones
ahora que la letra vuelve a darse despacio,
inclinada sobre este navegar dejando constancia...

El poeta nos permite ver el desconcierto que lo asalta, mientras intenta escribir entre el trago y la música que escucha, como se lee en el poema “El suspenso” (*Rumbo*).

Me quedo leyendo el final del último escrito,
saboreando el último sorbo de whiskey...

Hay un túnel que se vuelve biblioteca
y un vacío en el corazón
que se está convirtiendo en palabra.

Tengo casi diez lápices
y ninguno se atreve a garabatear en el hueco
que va quedando, ahondando y oscureciendo...

Queda invariablemente algún decir
Algún decir
Antes de que se colapse el diccionario.

En las décimas y su talante juguetón, por sus duelos de astucia palabrera en los fandangos jarochos, es donde Ricardo Pérez Montfort equilibra el ingenio de su pluma, su capacidad de amoldar el sentimiento a la razón y la rima al son. Ya parezco contagiada, pero la rima en la décima no es cosa fácil. Son libres y espontáneas las que se recitan en la plaza popular, pero las escritas por Pérez Montfort son minuciosas y garbosas. Asombra ese hacerse del género popular derivado de la poesía culta del Siglo de Oro, como una manera de mirar y de sentir. Ricardo Pérez Montfort hace del elogio a la décima de Sotavento verso permanente en su poesía impresa, que mientras se lee en el silencio, se escucha.

Mi territorio se vuelve
sólo esta hoja y la pluma,
esa que quiere que
la letra te escriba

y no se equivoque.
Salta del bostezo inmenso
y raya los cuadernos
que su silencio se quiebre
cuando la línea busque tus piezas
y empiece a tocarlas.

Otra vez la alusión a la escritura, no sólo como forma de preguntarse y aproximarse a algún tipo de respuesta, sino como una forma de tocar al otro. ¿Qué son los versos escritos sino búsqueda, desazón y contento? ¿Qué son sino una cuerda de palabras para alcanzar al otro que le da sentido y comunión a la línea solitaria?

Del poema “Llueve en la playa”, dedicado “Para mi Ana Paula… tan querida”, salta esa cuerda:

Llueve en la playa
y el corazón se frota
contra la arena…
Un ave marina surca el horizonte
y el agua tibia se acerca
con su rumor… con su rumor.

Leer la poesía de Ricardo Pérez Montfort es reconocer esa cuerda, conmoverse y darle permanencia a su arte versificador.

RPM Recordatorio

Carlos Martínez Assad
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM



Foto: *Maritza García Venegas*.

No resulta fácil encontrarse en la vida con una persona como Ricardo Pérez Montfort, siempre dispuesta a responder a cualquier desafío intelectual que se le presentara, a seguir la conversación sobre cualquier tema o que no cejara en ninguno de sus propósitos. No sé cuándo le conocí, pero recuerdo muy bien el día que me solicitó una colaboración para la revista *Epitafios*, que realizaba con estudiantes o profesores jóvenes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la cual apareció en 1992. Aparecieron las afinidades porque con fuentes archivísticas escribí una ficción sobre los días previos al levantamiento en contra del presidente Francisco I. Madero. En el ambiente tan formal de los historiadores, otro se hubiera negado a publicarlo. Fue ese el inicio de intercambios constantes a lo largo de nuestra vida académica.

Cuando requería una colaboración para alguno de los congresos que realicé desde la Sociedad Nacional de Estudios Regionales de la que formo parte, reunió a profesionistas destacados, unidos en un afán de dar a conocer historias de las regiones, enfatizando aspectos poco conocidos o de plano ignorados por la historia nacional, contaminada por el positivismo y el oficialismo. De esa asociación surgió *Eslabones*. *Revista Semestral de Estudios Regionales* (1991-1997), nutriéndose de dichos esfuerzos. Ricardo participó desde la primera entrega.

Desde diferentes temáticas, nos acercamos a las regiones de México para escribir sobre inmigrantes, espías, regiones revolucionadas, clero católico y diversidad religiosa, cultura y otras. Ricardo siempre sorprendía con sus colaboraciones atinadas, singulares y atractivas, buscando la originalidad con asuntos y personajes no tratados. Sucedió con su relato del yate Vita sobre el traslado del tesoro republicano a México, que bien pudo ser una novela. Fueron imposibles de olvidar sus historias con los españoles, yendo desde las expresiones de la derecha hasta los radicalismos de izquierda. Algo semejante en relación con los alemanes, abordándolos sin sesgos partidistas para dar cuenta de las acciones de los situados cerca del comunismo y los filonazistas.

Su conocimiento del alemán nos dio la posibilidad de coincidir en un trabajo central en mi investigación. Habiendo encontrado el diario del embajador de Alemania en México al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas, requería traducirlo. Fue el también inolvidable historiador Friedrich Katz quien me dio la pista de la existencia del diario de Rüdt von Collenberg y debía consultarlo para dilucidar cabalmente la relación entre el general Saturnino Cedillo y la Alemania nazi y, por ende, de las compañías petroleras extranjeras. Con un enorme esfuerzo localicé los pasajes referidos a los encuentros del general rebelde con el embajador y las misiones en San Luis Potosí. Con paciencia y gran disponibilidad, Ricardo, como egresado del Colegio Alemán, era hablante del idioma y aceptó acompañarme al Archivo de Relaciones Exteriores y trabajar durante horas y horas conmigo para traducir lo que me permitiera cumplir con mi cometido. Con generosidad, aceptaba traducir pasajes que podían acercarme más a la historia que quería contar.

Nuestra amistad se fue reforzando con varias manifestaciones semejantes. Respondía siempre cuando requería uno del otro la presentación de algún libro, una introducción, un artículo, algún capítulo. Ricardo siempre estaba allí para participar con entusiasmo. En ocasiones, yo abordaba el asunto con cautela y él sin más rodeos me interrumpía para darme su aceptación. Por supuesto, no dejaba de escribir sus propios y abundantes libros, supongo que con muchos paréntesis, sin perder el hilo de los volúmenes.

Con naturalidad pasábamos a otro tema mientras bebíamos café en los desayunos que concertábamos en Las Lupitas, Coyoacán, en donde nos veíamos con frecuencia para hacer planes académicos o desentrañar los problemas que enfrentábamos como profesores en medio de los sinsabores de la burocracia académica.

Entre los muchos saberes destacó, como sabemos los cercanos, la música, que llevaba a Ricardo Pérez Montfort de vuelta al paisaje veracruzano. Después de sus innumerables relatos sobre los temas derivados, se dio la oportunidad de acompañarlo a la Fiesta de la Candelaria en Tlacotalpan, Veracruz. Fue una de las experiencias lúdicas más inolvidables porque el 2 de

febrero del año en que lo acompañé pude ver al intérprete en acción en un ámbito que conocía y, además, había estudiado. Lo vi actuar con otros jaraneros en diferentes ocasiones y me condujo entonces a escuchar a algunos de los maestros del arte de la música de esa región sin que la lluvia pertinaz lo impidiera. No hubiera ni remotamente entendido el sentido de esa música sin vivir esa experiencia a la que me acercaba constantemente porque mi hijo Orlando era también admirador de la cultura jaranera e intérprete; y, por lo tanto, seguidor de Ricardo. Me hubiese gustado conocer más de ese mundo, por lo que no haberme hecho participar más es el único reclamo que le guardo para un posible reencuentro.

Hablábamos mucho sobre otras formas de hacer historia, en las que incluíamos cine y fotografía, relatos personales junto con archivos familiares, unidos a los oficiales por todas partes. Podíamos dedicarle horas. Coincidimos realizando documentales en la Filmoteca de la UNAM, aportando al conocimiento del cine y a los personajes de las regiones.

Él mantuvo siempre un vínculo estrecho con el cine y participó en la elaboración de numerosos documentales. Recuerdo mucho los encuentros, por ejemplo, en la serie *Los que hicieron nuestro cine*. Mantuvo durante más de una década un laboratorio de cine documental en el CIESAS, en el que lo acompañé como expositor en algunas ocasiones. Él había realizado estudios formales, como se desprende de su película *Corrido*, basada en un relato de Juan José Arreola. Su tono nostálgico le hizo situar la historia en Tlalpujahua, Michoacán, uno de los sitios a los que le guardó mucho aprecio.

Todavía me sorprendió cuando en 2024, en el estreno de la tercera película basada en la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, dirigida por Rodrigo Prieto, me encontré en los créditos el nombre de Ricardo Pérez Montfort como asesor de las fiestas que se muestran en la historia. Cuando le conté mi descubrimiento, sonrió al confirmármelo y todavía estuvimos analizando esa versión de la entrañable historia.

Vuelvo a su labor de historiador porque, entre los temas que le interesaron, destacó el de la vida y obra política de Lázaro Cárdenas. Mostró a la persona y al general en un trabajo de madurez en tres volúmenes en los que no dejaba de lado ni a uno ni otro. Una de nuestras coincidencias porque, en mi caso, había abordado al personaje con los avatares del caudillismo y los cacicazgos regionales. Por lo tanto, desde diferentes perspectivas, consultamos los mismos archivos con objetivos diferentes, pero al final abundamos en las mismas historias.

Ricardo mostraba muchos aspectos asombrosos, además de su capacidad de trabajo. Pese a la gravedad de su enfermedad, seguimos reflexionando sobre los temas y aspectos de la vida que nos interesaban. Fue sobresaliente que aun en esa condición, parecía estar en su mejor momento. Me participó que estaba escribiendo un libro y, como quería conocer mi punto de

vista, me lo dio a leer. Me di de inmediato a la tarea y encontré una obra redonda, bien articulada con sus ideas, expuestas con su magnífica pluma. Se trataba de un recorrido por las regiones de México, destacando las que le resultaban más importantes y queridas, por supuesto, Veracruz y Michoacán; y los recorridos que hizo con su entrañable compañera, Ana Paula de Teresa. Es excepcional que nos dejara esa lección de vida en su manuscrito *Trazos y crónicas regionales. Apuntes, recorrido y recuerdos en México*; tenía la fecha de 2025, cuando todavía tenía 70 años. Fue el último cumpleaños que le celebramos los colegas y amigos, con el libro *La incansable tarea de mirar lejos* (Bonilla Artigas Editores, 2025), y vimos cómo le entusiasmó.

Del trabajo inédito que nos legó, reproduzco su intención:

> Tratando de escudriñar en la formación de mi propia vocación, de mi historia personal y mis intereses particulares, los recorridos que pueden leerse en esta colección también me han servido para tratar de mostrar con cierta pretensión literaria una trayectoria en la que el placer de estar vivo y aprender de la realidad circundante, han sido el pan de cada día.

Como el gran historiador que fue y como será recordado con sus últimas palabras escritas para ese libro, murió en la raya, como alardeaban los revolucionarios, como muchos de los personajes que estudió.

Tributo a Ricardo Pérez Montfort

William H. Beezley
Universidad de Arizona



Ricardo Pérez Montfort en Xalapa. Foto: *Isaac García Venegas*.

Ricardo Pérez Montfort tuvo experiencias exitosas durante su carrera en la radio, la televisión, los documentales y como miembro de un grupo de canto. Comenzó cuando su abuelo produjo un programa radial en el que él figuraba como personaje (Ricardo El Explorador) y que se transmitió incluso en la radio en Sotavento, Veracruz. El lugar, conocido como el corazón del son jarocho, también fue objeto de algunas de las destacadas publicaciones folclóricas y musicales de Ricardo, las cuales se basaban en el fandango andaluz y la música de África Occidental. Esto dio lugar a escritos que fomentaron otros estudios sobre el son jarocho, como los de Raquel Paraíso González: A pesar del tiempo. Sones de carnaval en el violín huasteco de Fidencio Ramírez Sánchez, y un estudio académico con el título Re-contextualizing.... "A pesar del tiempo", de Raquel González Paraíso, un estudio con el título: *Re-contextualizing Traditions: The Performance of Identity in Festivals of Huasteco, Jarocho, and Terracalenteño Sones in Mexico*.[1]

Durante sus días como estudiante universitario, en la década de los setenta, Ricardo fue miembro de un grupo de canto, actuando en peñas y manifestaciones, y escribiendo canciones como "Campamento 2 de Octubre". Los álbumes del grupo La Peña Móvil incluían:

1. *Chuchial (Campo de bambú)*

2. *Décimas al Campamento 2 de Octubre*

3. *Por Chebo García*

4. *¿Quién sabe más?*

5. *La tarde nublada*

6. *Corrido del Zorri'o*

7. *Huitzilin (Colibrí)*

8. *El pavorreal*

9. *El canto*

10. *El chacarero*

La popularidad del grupo dio lugar a que se subieran a YouTube las siguientes canciones: "El pavorreal", "El colibrí" y, por supuesto, "Décimas al Campamento 2 de Octubre". Esta última conmemoraba los sucesos iniciados en 1958, cuando Francisco de la Cruz Velasco llegó a vivir a una choza de la delegación Iztacalco. Pronto, 20 mil familias vivían en la zona. El 4 de septiembre de 1962 el presidente Adolfo López Mateos decretó la expropiación de tierra en favor de los colonos que vivían allí. Aprovechando sus vínculos con algunos altos funcionarios, los terratenientes desconocieron el decreto presidencial, suscitándose diversas confrontaciones. En este contexto se creó la Unión de Colonos de Santa Cruz Iztacalco e Iztapalapa, Zona Expropiada AC. Poco después nombraron a su campamento "2 de Octubre", en conmemoración de los sangrientos hechos de Tlatelolco, que en la práctica terminó con el movimiento estudiantil-popular surgido unos meses antes. Por esto, la represión contra la unión aumentó. Aquellas décimas están dedicadas a dar cuenta de esta historia.

En la radio, Ricardo trabajó en Radio UNAM como jefe de producción entre 1975 y 1980, y luego en Radio Educación fue director de la fonoteca y programador musical de 1979 a 1985. Uno de sus programas de radio más extraordinarios fue *Espejismo Ratonera*, con 16 episodios. En cada uno, Ricardo analizó la relación entre la música y la literatura de diversas naciones latinoamericanas; por ejemplo, de Argentina, Cuba, Los Andes (Perú y Bolivia) (como Manuel Scorza y Savia Andina, un conjunto de música folclórica andina de Bolivia, fundado en 1975 en Potosí). Por supuesto, también de México. Ricardo centró la atención en José Piedad Bejarano Sosa, conocido como El Vale Bejarano (circa 1860-1929), quien nació en Alvarado, Veracruz, y es

reconocido como trovador del Sotavento. También improvisaba muchas de las décimas que se usan en gran número en los sones jarochos.

Además, Ricardo produjo documentales significativos con valor académico, pero también sirvió como un museo visual de las prácticas culturales cotidianas de la vida mexicana. Por ejemplo, *Voces de La Chinantla*, localidad al norte de Oaxaca, a lo largo de la frontera con Veracruz. La Chinantla es una región selvática y también una de las menos exploradas. Como director, proporciona un retrato vivo de los habitantes y sus circunstancias desde el periodo colonial hasta el presente, así como una discusión sobre la música, especialmente de la marimba. Ricardo dirigió el documental con su esposa, la antropóloga Ana Paula de Teresa Ochoa. Ambos habían escrito el guion con Alejandro Gerber Bicecci. Por supuesto, Ricardo se encargó de la música.

"Cuando la sombra de la duda se cruza en el camino (1936-1940)" es el capítulo número 8 de la serie *18 lustros de la vida en México en este siglo* o *La vida en México en el siglo XX*. Este es uno de varios episodios en los que Ricardo formó parte del equipo del programa. Se trata de un documental histórico-mexicano de 27 minutos, dirigido por él, y cuyo narrador es Alejandro Aura. Aborda la vida cultural y política para discutir actividades artísticas, literarias y teatrales de la nación para entender movimientos comunitarios, contextos históricos y eventos relevantes de la época.

"Déjalo ser (1971-1975)" (1993), de 27 minutos, es otro de los episodios de esa serie de los que Ricardo fue coguionista. Este es el capítulo 15 y es un documento del periodo presidencial de Luis Echeverría Álvarez. Examinó las fantasías del país próspero y moderno, y la crisis política. Fue una época de intervencionismo y violencia en las políticas internacionales. En México, se celebra el Mundial de Futbol, el sindicalismo se fortalece y la inflación responde a los continuos desajustes económicos.

En un episodio de la serie *La vida en México en el siglo XX*, llamado "Polvo en el viento (1975-1979)", analiza los primeros años del gobierno de José López Portillo. Ricardo se desempeñó como coautor y director musical de este documental. En él se muestra que, al inicio de la gestión de dicho presidente, los problemas políticos hicieron necesario contrarrestar la influencia de Luis Echeverría. Fue una época de desapariciones y persecuciones por motivos políticos; de nacimiento de asociaciones políticas de oposición; de movimientos guerrilleros en Guerrero. México vivió una de sus peores crisis económicas.

"Mexicanerías. Construyendo el México típico" (dirección de Victoria Novelo, del CIESAS, 2003) es un documental que se basa en las investigaciones de Ricardo Pérez Montfort sobre el nacionalismo cultural y la creación de estereotipos durante la Revolución con una pretensión

de imponer una cultura hegemónica y homogeneizadora, que en parte generó una identidad cultural. El tema buscaba definir al mexicano típico, seleccionando, a menudo simplificando y falsificando, diversas manifestaciones de las culturas populares. En el proceso tomaron parte escritores, artistas, el sistema educativo y los medios de comunicación. Junto con lo mexicano estereotipado, la realidad cultural de México indica la riqueza heterogénea en constante creación.

También Ricardo fue asistente de dirección en la película *Días difíciles*, coordinador musical de *Morir en el golfo*, así como asesor musical en *Miroslava*, todas dirigidas por Alejandro Pelayo.

Ricardo encontraba inspiración para sus programas de radio, grabaciones, documentales, películas y programas de música en la vida de la gente común, que a menudo era pobre, indígena, rural, africana, y mujeres, quienes lograban crear placer, incluso alegría, a través del baile, la música, el cine, el drama, los discos; y Ricardo quiso narrar eso.

1. Una tesis presentada para la obtención del grado de Doctor en Música (University of Wisconsin, 2014). ↑

Ricardo Pérez Montfort y España: Historia de una amistad

Jorge de Hoyos Puente
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)



Foto: *Jorge de Hoyos*.

Este breve texto no pretende ser una crónica exhaustiva y rigurosa de la extensa relación de Ricardo Pérez Montfort con España. Es más bien una reconstrucción subjetiva de los recuerdos de una amistad duradera y profunda que se remonta en el tiempo y que solo pudo ser cercenada por la desaparición de nuestro Ricardo por la desgraciada enfermedad que nos lo robó demasiado pronto. Una amistad que no se diluye con su partida, sino que se vuelve más honda por esa desdicha y que me permite valorar en toda su extensión la inmensa fortuna de haber conocido al intelectual curioso y heterodoxo, pero sobre todo al amigo fiel, solidario, comprometido, cariñoso, eterno.

Si mi memoria de nuestras conversaciones no me falla, Ricardo llegó por primera vez a España en 1985 para realizar una larga estancia de investigación en las bibliotecas y los archivos españoles con el objetivo de llevar a cabo su tesis de doctorado sobre las conexiones entre las derechas españolas y la política mexicana en tiempos de la Revolución y la Postrevolución Mexicana.[1] Su trabajo en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, el Archivo Histórico

Nacional, la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional y el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales le permitió identificar las capilaridades de las derechas españolas con las mexicanas durante ese periodo clave que fue la dictadura de Primo de Rivera, hasta la llegada de los republicanos españoles a México. Su investigación abrió una vía fundamental para entender esas relaciones y nos ayudó a comprender mejor un periodo sobre el que Ricardo Pérez Montfort fue un pionero absoluto y en el que no dejó de trabajar aportando nuevas miradas.[2] En Madrid, Ricardo vivió los tiempos de la "movida madrileña", caminó mucho y esperó angustiado noticias de sus familiares tras el terremoto de 1985. De todo ello me hablaba Ricardo en un emocionante paseo por Madrid en un tórrido julio de 2018, después de coincidir en el Congreso de Americanistas en Salamanca. Por aquel entonces, nuestra amistad se había vuelto profunda tras una intensa década de contactos a ambos lados del océano. Conocí a Ricardo en Santander en noviembre de 2007, donde acudió a un encuentro sobre historia comparada México-España organizado por Manuel Suárez Cortina y Tomás Pérez Vejo.[3] Manuel Suárez Cortina, catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Cantabria, se había empeñado en hacer de Santander un punto medular en los estudios comparados entre ambos países y, con todo su talento, bonhomía y capacidad de seducción intelectual y personal, fue consiguiendo el objetivo de forma extraordinaria.[4] En ese contexto y en el marco de la Cátedra Eulalio Ferrer, comenzaba el que escribe a desarrollar una tesis doctoral sobre el exilio republicano en México, inspirada y alentada por Manolo Suárez. Sin su apoyo y dirección, con toda seguridad mi vida hubiera sido otra y jamás hubiera conocido a Ricardo ni a tantos buenos colegas y amigos, por lo que siempre estaré en deuda con él. Desde ese primer contacto en 2007, mantuve con Ricardo una clara sintonía en temáticas y perspectivas que, de forma paciente y altruista por su parte, iba contribuyendo con sus conversaciones y las lecturas de sus textos a situar mi perspectiva de trabajo. En 2009, Ricardo realizó una estancia de varios meses en la Universidad de Cantabria, auspiciada por la cátedra Eulalio Ferrer.[5] Fue un periodo crucial en nuestra relación, en la que, junto con Ana Paula, fuimos fortaleciendo un vínculo intelectual y emocional sincero y duradero. Compartíamos una visión crítica e inconformista del mundo político y académico, el gusto por la buena mesa y las tertulias largas. Mientras Ricardo daba su curso extraordinario sobre el México contemporáneo para los estudiantes de grado en la universidad, trabajaba intensamente en el Centro de Documentación de la Imagen de Santander con las imágenes del Fondo Echevarría sobre el México porfiriano y revolucionario, y estudiaba a los indianos como agentes fundamentales de intermediación cultural, política y económica entre ambos países.[6] En los tiempos libres, viajábamos, paseábamos y conversábamos. Recuerdo con especial cariño un viaje a Cuenca, junto con Ana Paula y su hijo Marcos. Desde aquel entonces, en todos mis viajes a México nos encontrábamos y pude disfrutar de su hospitalidad cálida y confortable. Sus casas se convirtieron en mis casas y pasé temporadas en Coyoacán y en Tepoztlán como uno más de la

familia Pérez Montfort de Teresa.

En 2013, coincidiendo con mi estancia posdoctoral en El Colegio de México bajo la supervisión de Clara E. Lida, la relación volvió a ser cotidiana. Conversábamos sobre los avances de Ricardo en su biografía de Cárdenas y mis investigaciones sobre el exilio republicano español. Ambos buscábamos caminos similares a la hora de desmitificar nuestros objetos de estudio, cansados de los mantras tantas veces repetidos sobre Cárdenas y los refugiados españoles que no nos convencían del todo. La estereotipación y mitificación impide, casi siempre, comprender la dimensión de los procesos históricos, los personajes y los acontecimientos, y Ricardo trabajaba con ahínco y acierto para analizar lo que había detrás, lo que quedaba oculto. En ese sentido, también aprendí mucho de su forma de afrontar las investigaciones. Por esa época, recibí el encargo de Manuel Suárez Cortina de coordinar un libro en homenaje a Eulalio Ferrer para los cuadernos de la cátedra que llevó su nombre. La muerte de Eulalio Ferrer había coincido con la estancia de Ricardo en Santander y la idea del libro homenaje al filántropo exiliado estaba ya prevista desde el que la Universidad de Cantabria le tributó en junio de 2009 y en el que participé junto con el padre de Ricardo, el doctor Ruy Pérez Tamayo, compañero de don Eulalio en la Academia de la Lengua Mexicana. Ricardo preparó para el libro un capítulo con una visión amable en las formas, aunque crudo en el fondo, sobre la relación de Eulalio Ferrer y la cultura mexicana que merece ser releído.[7]

Ricardo fue siempre un lector exigente y agudo de mis trabajos y aceptó presentar mi primer libro, *La utopía del regreso,* en el Ateneo Español de México.[8] Una de sus principales críticas, que fue y sigue siendo útil en mis investigaciones posteriores, fue el cuestionamiento a una cierta visión rígida de las posiciones políticas de los exiliados republicanos enfrentados entre sí. Ricardo apuntó a la necesidad de atender a los contextos locales para ver esos cambios y buscar relaciones mucho más complejas donde las individualidades jugaban un papel más relevante. En ese sentido, sus propuestas metodológicas, heterodoxas y multidisciplinarias fueron siempre un estímulo, ya que nos permitían ver más allá de lo que los historiadores más convencionales estamos acostumbrados.

Aquel año viajamos juntos por distintos lugares de México. Recuerdo especialmente un intenso paseo por Michoacán, con parada en Tlalpujahua, donde Ricardo conservaba una pequeña y coqueta casita. Pero él no estaba solo para las cuestiones académicas y lúdicas; cuando cometí la estupidez de enfermar de neumonía y acabar inmovilizado en casa de Clara E. Lida, quien paciente y solidariamente me cuidó una buena temporada, Ricardo y Ana Paula me visitaban de forma asidua, cargados de propuestas literarias, y me llevaban a las revisiones médicas cuando Clarita no podía.

En los últimos años, con mi traslado definitivo a España, la relación no se enfrió. Al contrario,

cada vez que viajaba a México, al menos un par de veces al año, solíamos juntarnos a comer o cenar. En 2015 recorrimos el estado de Morelos para adentrarnos en los restos de los ingenios azucareros, con visita a Anenecuilco para honrar a Zapata. Aunque España iba perdiendo interés en su agenda de investigación, todavía tuvimos tiempo de iniciar una colaboración en un breve proyecto de investigación en la UNED que se frustró por grillas españolas que no vienen al caso y en las que Ricardo y Ana Paula, una vez más, fueron solidarios conmigo.

Acabo estas líneas tras un breve viaje a México, el primero sin Ricardo. La última vez que nos vimos, en 2024, la enfermedad ya se había manifestado. A pesar de ella y de las dificultades para hablar, me interrogaba sobre las novedades historiográficas en España sobre la Guerra Civil y las derechas, al mismo tiempo que se interesaba por mi hijo. Su curiosidad y sus ganas de seguir trabajando se mantenían intactas, con un optimismo aparente que nos reconfortaba a todos. En aquel encuentro me regaló un buen manojo de sus últimos libros y todavía quedaron más por salir, ya que continuó escribiendo hasta el final. Sigamos leyendo a Ricardo y, en mi caso, abrazando a Ana Paula y recordando la inmensa fortuna de haber podido ser su amigo.

1. Pérez Montfort, R. (1992). *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*. Fondo de Cultura Económica. ↑
2. Pérez Montfort, R. (2001). La mirada oficiosa de la Hispanidad. México en los informes del Ministerio de Asuntos Exteriores franquista, 1940-1950. En Clara E. Lida (comp.), *México y España en el primer franquismo, 1939-1950: rupturas formales, relaciones oficiosas* (pp. 61-199), El Colegio de México; entre otras. Este libro colectivo y el trabajo de Ricardo Pérez Montfort en particular fue uno de los hitos en el cuestionamiento del relato oficial de México sobre el exilio republicano, camino que posteriormente otros hemos ido transitando. ↑
3. Suárez Cortina, M. y Pérez Vejo, T. (eds.) (2010). *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada.* Biblioteca Nueva-PUbliCAN. La contribución de Ricardo Pérez Montfort en el congreso y el libro fue “Nación y región en la expresión popular mexicana postrevolucionaria” (pp. 284-297). ↑
4. Suárez Cortina, M. (2010). *El águila y el toro. España y México en el siglo XIX, Ensayos de historia comparada*, Universitat Jaume I; Cano, A., Suárez Cortina, M. y Trejo, E. (eds.) (2010). *Cultura liberal, México y España 1860-1930*. UNAM, PUbliCAN; Suárez Cortina, M., Trejo, E. y Cano, A. (eds.) (2012). *Cuestión religiosa. España y México en la época liberal*. UNAM, PUbliCAN; Suárez Cortina, M. (ed.) (2013). *México y España. Historia y memoria de dos siglos (1810-2010)*. Síntesis; Suárez Cortina, M. (ed.) (2014). *Europa del Sur y América Latina, perspectivas historiográficas*. Biblioteca Nueva; Trejo, E., Cano, A. y Suárez Cortina, M. (coords.) (2015). *Élites en México y España: estudios sobre política y cultura*. UNAM; Suárez Cortina, M. (ed.) (2016). *Federalismos. Europa del Sur y América Latina en perspectiva histórica*. Comares; Cano, A.,

Suárez Cortina, M. y Trejo, E. (eds.) (2018). *Escenarios de cultura entre dos siglos: España y México 1880-1920*. UNAM, Editorial Universidad de Cantabria; Mora, P., Suárez Cortina, M. y Trejo, E. (coords.) (2021). *México y España: estudios comparados sobre cultural liberal: siglos XIX y XX*. Editorial Universidad de Cantabria; entre otros. ↑

5. Creada en 2005 por acuerdo entre la Universidad de Cantabria y la Fundación Cervantina de México, auspiciada por el publicista santanderino Eulalio Ferrer (Santander, 1920-México, 2009), exiliado en México al final de la Guerra Civil Española. ↑
6. Del resultado de esa estancia es su trabajo: Pérez Montfort, R. (2013). *Miradas, esperanzas y contradicciones. México y España 1898-1948. Cinco ensayos*. Ediciones Universidad de Cantabria; que presentamos en el Ateneo Español de México el 16 de octubre de 2014, Clara E. Lida, Manuel Suárez Cortina y un servidor. ↑
7. Pérez Montfort, R. (2016). Breves notas sobre Eulalio Ferrer y la cultura mexicana. En J. de Hoyos Puente, *Eulalio Ferrer, recuerdos e historias* (pp. 85-96). Ediciones Universidad de Cantabria. ↑
8. Mi libro, *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México.* Colmex, Ediciones Universidad de Cantabria; fue publicado dentro de la colección Ambas Orillas de El Colegio de México y presentado en el Ateneo, además de Ricardo, por Clara E. Lida, Pablo Yankelevich y Tomás Pérez Vejo, el 22 de octubre de 2013. ↑

La herencia de Ricardo Pérez Montfort

Ana María Serna Rodríguez
Instituto Mora



Foto: *Isaac García Venegas.*

A cierta edad, uno comienza a darse cuenta de que se está quedando solo. Se sufre de una particular orfandad cuando los maestros, a quienes les debemos la buena letra y gran parte de nuestra identidad, nos abandonan a merced de nuestra suerte. Enfrentar una vida adulta en la cual estamos obligados a navegar las frenéticas entrañas de la vida académica sin el apoyo de los mayores que avalaron nuestras ideas, nos leyeron antes que nadie, corrigieron nuestro mal uso de la coma y templaron nuestras aseveraciones exageradas provoca un luto sordomudo: se acabó un diálogo, aquel cobijo donde todavía podíamos equivocarnos. Cualquier cosa que argumentemos de ahora en adelante llevará la impronta de muchas conversaciones que nos formaron, pero es, única y exclusivamente, nuestra responsabilidad. El vacío frente al precipicio que provoca su ausencia se profundiza porque estamos obligados a cumplir con un legado. La herencia de Ricardo Pérez Montfort es tan enorme que preservarla y transmitir sus enseñanzas con rigor y dignidad sólo será posible con el esfuerzo colectivo de muchos de sus discípulos.

Ricardo fue mi maestro de la codiciada materia Revolución Mexicana. A mis dieciocho añitos tuve que hacer cola y montar un pequeño mitin en la coordinación de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras para que me permitieran inscribirme a su clase, que estaba

abarrotada. Fue mi director de tesis, mi primer jefe y mentor, y uno de mis hermanos mayores por adopción. Ricardo fue un hombre intenso, un maravilloso torbellino, apasionado de sus pasiones. Nunca supe cómo lograba hacer tantas cosas. A mí me transmitió, como una transfusión de sangre, el asombroso placer de hacer investigación, el permiso de cuestionarlo todo, el arte de aprender vagabundeando por calles y callejones de pueblos y ciudades de México y el mundo. Me enseñó con mucha claridad a comprender que los corridos y los sones, las fotos, las películas, los murales, los objetos y las buenas conversaciones son valiosas fuentes primarias que no podemos ignorar y a las que siempre debemos sacarles jugo con un método hermenéutico riguroso. Ricardo demostró con su trabajo lo que nos enseñaba dentro y fuera de las aulas: para abarcar un conocimiento histórico en las áreas de la historia social, política y cultural, hay que buscar hasta por debajo de las piedras. Ejerció la docencia y la investigación como una bocanada de aire puro. Nos heredó, sobre todo, la certeza de que la construcción del conocimiento también es un espacio lúdico que no puede quedar asfixiado bajo las reglas abrumadoras del quehacer académico institucional: debe armarse en charlas de sobremesa y con experiencias de vida que han de incluir un buen tequila, buen bailongo y buena música.

Es difícil hablar de las enseñanzas de una persona tan querida sin caer en la cursilería. A Ricardo no le gustaría que este homenaje fuera un pesado y farragoso tomo de solemnidad. Tampoco quiero torturar al lector de este pequeño homenaje con un relato autobiográfico. Sin embargo, es imposible este ejercicio sin evidenciar cuánto de lo que soy me lo puso en bandeja mi maestro. Lo que aquí expreso no se lo pude decir en vida. No quise asumir que la última tarde que pasamos platicando sería la última. A Ricardo le debo dos oportunidades vitales: mi primer empleo y una inmersión panorámica y profunda para comprender un México que mi familia, refugiada de la Guerra Civil española, desconocía por completo. Sin saberlo, teníamos una conexión potente a través de su admiración por la persona del general Lázaro Cárdenas y el infinito agradecimiento que mis padres y abuelos siempre expresaron a la generosidad de aquel mexicano valiente e ilustre que les salvó la vida.

La generación que entró a estudiar Historia a la Facultad de Filosofía y Letras tuvo enormes privilegios. La lista de los profesores y profesoras que nos formaron es larga. Entre los más entrañables yo cuento a Ricardo Pérez Montfort, Alfredo López Austin, Álvaro Matute, Antonio Rubial, José Rubén Romero, María Alba Pastor, Linda Manzanilla, Teresa Rohde y otros que no me marcaron tanto, pero a los que también les estoy agradecida. Entre estas luminarias, Ricardo fue excepcional. Muy pocas personas tuvieron un profesor que hacía documentales, tocaba la jarana y dominaba el son jarocho, escribía poesía, organizaba excursiones a Veracruz y Michoacán. Viajamos con él a Morelia, donde presenciamos en vivo la imponente narrativa de los murales; a Pátzcuaro y Janitzio, donde aprehendimos con los cinco sentidos la importancia que tuvieron el indigenismo y la historia local para darle fuerza al cardenismo. Estudiamos en

persona el complejo fabril abandonado en Tlalpujahua para conocer una cultura industrial desaparecida.

Como parte de esta educación, que implicaba una total inmersión en la materia de estudio, nos impuso la dichosa obligación de ver películas mexicanas, leer novelas y analizarlas. Ese ejercicio se volvió para mí un hábito de supervivencia. Le debo a Ricardo la muy profunda impresión de haber leído *Tomóchic* y *Tropa vieja*. Puso en nuestras manos, recién salida del horno, la novela *Guerra en el paraíso*, de Carlos Montemayor. La historia de la Revolución nos entró acompañada de piezas invaluables de historia cultural, como los libros de Robert Darnton. Sus cursos me obligaron, desde una temprana juventud fácilmente moldeable, a darme el lujo de ampliar el rango y la profundidad de la mirada. Eran una invitación abierta a un viaje para abordar todas las fuentes a nuestro alcance, con especial atención en aquellas que algunos consideraban "poco tradicionales". Sin hacerme consciente de lo que me estaba ocurriendo en ese activo y sutil proceso de formación, comencé a volverme experta en la historia de los revolucionarios, la historia social, los métodos de la historia oral, la importancia de divulgar el conocimiento histórico y el quehacer de la historia del tiempo presente.

El método de enseñanza de Ricardo era muy sencillo y resulta infalible, lo he seguido desde hace treinta años, dedicados a la docencia. No sé bien cómo explicarlo, lo hice muy mal cuando me pidieron decir unas palabras en su concurrido velorio porque la tristeza no me permitió ser elocuente. Lo que traté de decir es que Ricardo dejaba fluir la voz de los alumnos en la discusión en clase y por escrito. La clave estaba en dejarlos interpretar. Todavía guardo algunos trabajos con sus notas. En ese intercambio, me sorprendió mucho descubrir que mi maestro calificaba positivamente mis ideas, impresiones y cuestionamientos. Gracias a esa libertad guiada por su conocimiento, me inauguré en el ejercicio del pensamiento crítico.

Nunca me he sentido cómoda en ciertos ambientes académicos flemáticos. En las clases de Ricardo encontré la apertura para soltar el cuerpo y explorar una inclinación que compartí con él: la apreciación de todas las manifestaciones de la llamada "cultura popular". Siguiendo las pautas de mi querido profesor, me di cuenta de que no tenía madera para decantarme por la antropología, pero sí por el terreno cercano entre la historia social y cultural.

***

Sólo un avezado aventurero se hubiera atrevido a contratar a un grupo de jóvenes de 19 o 20 años para formar un verdadero ejército de ayudantes de investigación que, con el paso del tiempo, se convirtió en el más valioso taller de creación histórica. Aquello que comenzó como una investigación por encargo para la historia biográfica del presidencialismo mexicano, devino en una pesquisa profunda, en la creación de fuentes para historiar un periodo cercano

y, por lo mismo, muy complicado de abordar; en el que nos enfrentamos, con Ricardo Pérez Montfort como capitán del barco, a personajes muy duros de roer.

El objetivo inicial de la investigación era construir una gran base de datos que contara con las referencias precisas, hemerográficas y fotografías, para que, en caso necesario, pudieran estar listas para reproducción. La idea era ilustrar el estudio biográfico de Porfirio Díaz con un texto que firmaba Enrique Krauze. Esa investigación gráfica, que pretendió cumplir solamente la función de ilustrar un texto y ser una herramienta para la divulgación histórica, evolucionó poco a poco a un muy ambicioso laboratorio de recuperación de la historia política, social y cultural de la vida en México entre los años cuarenta y finales de los ochenta. Ricardo dirigió este proyecto con mucha sensibilidad para convivir, monitorear y canalizar el trabajo de una tropa de chavas y chavos. Claramente nos cuadrábamos ante el jefe, cuya sabiduría se imponía desde el aula, pero nos dejó hacer y deshacer, respetó lo que ahora, desde la institucionalidad académica, conozco como la autonomía y la libertad de investigación. Ricardo controló muy poco nuestras riendas y aquella libertad, que nos provocó verdadero pánico escénico cuando nos lanzó al ruedo, se tradujo en una formación que jamás hubiéramos adquirido entre los muros universitarios. Nos permitió participar en las entrevistas a muy polémicos y poderosos personajes de la clase política de la era del priismo autoritario, con cámaras de televisión de por medio, sólo armados con un cuestionario que habíamos diseñado con él. Toda vicisitud, en semejante confrontación con aquellos poderosos, nos tocaba resolverla a nosotros. En la misma ruta, conocimos a famosas rumberas, artistas, ayudantes de los presidentes, choferes y una que otra novia presidencial que se acercó al poder tras bambalinas. Coleccionamos materiales hemerográficos y fotográficos (yo pasé meses con Francisco Montellano registrando fotografías en casa del fotógrafo Héctor García). Calificamos cientos de rollos de noticieros y películas y, conforme la investigación fue avanzando, me tocó hacer mis pininos en el trabajo de campo.

Como a los 22 años, me asignó la afortunada tarea de investigar la vida del presidente Miguel Alemán. Era un personaje fantástico para iniciarse en la carrera de aprendiz de biógrafo. Fue longevo, carismático, un corrupto descarado y un personaje clave: bisagra de múltiples aristas entre el pasado revolucionario de la lucha armada y el México moderno, desarrollista y represor de los movimientos sociales. Caí en blandito porque me tocaba viajar a Veracruz, un estado que Ricardo conocía como la palma de su mano. Me embarqué en aquella aventura con la consigna de encontrar en Catemaco a don Juanito, un viejo amigo de Ricardo, antiguo obrero petrolero y miembro del Sindicato de PEMEX en Minatitlán. Juanito me abrió la puerta a la historia local y lo seguí. Fuimos de casa en casa alrededor del lago de Catemaco a platicar con gente que nos pudiera conectar con el pasado alemanista. Dimos con una familia que guardaba un archivo fotográfico, todavía con los negativos en vidrio. Pasamos una tarde con

un hombre que había participado en la política local y que me guio hacia Oluta para conectar con el pasado de la madre del expresidente. Cuando todos se referían al licenciado Alemán y a su padre revolucionario, don Juanito acotaba que sólo era un robavacas. La pesquisa, que no es materia de este escrito, acabó en Sayula, donde logré testimonios invaluables de viejos indígenas que aún recordaban al general y al niño que una vez fue presidente. Esa primera experiencia de investigación todoterreno y a ras del suelo se la debo a Ricardo. En aquellos tiempos no existían los teléfonos celulares, una muchacha joven todavía podía circular por los pueblos y carreteras de Veracruz. No se había jodido México, Ricardo seguía vivo. Aquel trabajo fue muy bien remunerado, pero al jefe le preocupaba que nos quitara tiempo para terminar la tesis. Puedo asegurar que le provocó cierta culpa habernos desviado en el camino.

Como asesor de tesis, me formó en los métodos de la historia oral. La apertura de Ricardo acogió con entusiasmo que me inclinara a conocer la historia y la experiencia de vida de la gente común del exilio español. Me acercó a Lola Plá, de quien aprendí que una buena entrevista es una historia de vida. En el caso de los españoles republicanos, bastaba con preguntar cuándo y dónde nació para que la conversación y el testimonio sobre nuestra catástrofe fluyera por horas y horas. Ricardo me enseñó las claves del hispanismo de derecha, a no digerir sin reflexión lo que leía en los periódicos de los años treinta porque semejante carga ideológica podía indigestarme. Me dio espacio para afirmar que el testimonio de las abuelas era tan importante como el del presidente de la Segunda República Española. Que la historia de mi abuelo, un obrero ferroviario catalán y comunista, era digna de contarse porque formó parte de una muy profunda revolución, que murió sofocada bajo las botas de la dictadura franquista. Descubrimos, con ayuda de Lola y José Antonio Matesanz, cuán elitista fue el exilio de los españoles republicanos, cómo nuestros españoles no eran tan distintos de aquellos a quienes se discriminaba bajo el mote de gachupines. Me ayudó a comprender cuál era el vínculo entre los generalazos mexicanos, como Cárdenas y Múgica, y aquellos refugiados que entraron a México con una mano delante y otra detrás. Ricardo me facilitó la incorporación de esta mirada de los procesos históricos desde abajo y me encaminó por la ruta historiográfica de la historia social, la cual he seguido hasta ahora. Mi acercamiento a los extranjeros en México y al hispanismo mexicano topó con todo el conocimiento y las aportaciones de Ricardo en el ámbito del nacionalismo revolucionario, el nacionalismo cultural y popular.

Este recorrido muestra todo el bagaje y amparo con el cual Ricardo me despachó, bien armada, a otra mayoría de edad, donde fuimos colegas y queridos amigos. Nunca podré pagarle esa deuda, pero cuando me toque encontrarme con él en la próxima parada, le compartiré estas líneas.

En recuerdo de Ricardo Pérez Montfort

Álvaro Vázquez Mantecón
Universidad Autónoma Metropolitana

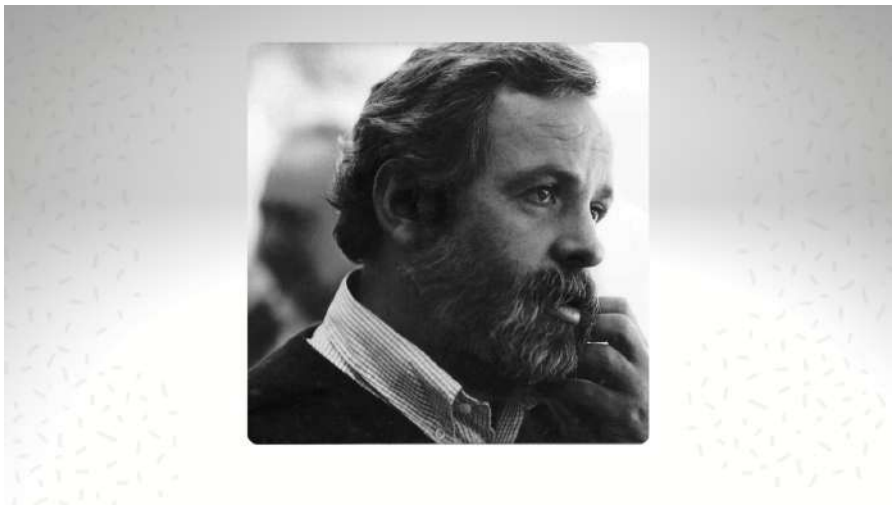


Foto: Archivo familiar *Ricardo Pérez Montfort*.

Me sabe mal escribir en primera persona cuando lo que quiero es hablar de una persona que fue muy importante, en lo personal y en lo académico, para mí y para varios compañeros de mi generación. Espero que se me disculpe porque entiendo el recuento de lo personal como una vía para comprender su importancia. La escala desde la que puedo medir el impulso de su labor y de sus enseñanzas es la mía, pero estoy seguro de que trasciende mi caso.

Tampoco es fácil encontrar palabras a la medida del reconocimiento que merece un profesor e historiador al que le debo buena parte de lo que soy. Por eso no intentaré un retrato acabado. Ricardo Pérez Montfort nos enseñó a mirar la historia a través de imágenes y con imágenes quiero recordarlo en escenas, como las de un montaje, en las que aparecen el maestro, el cineasta, el músico y el historiador que fue.

Primera imagen: el joven docente

Hacia 1987 yo estaba inscrito en el curso de Historiografía Contemporánea de México, con Gloria Villegas. Debíamos presentar una ponencia sobre la historiografía reciente de la Revolución Mexicana y Gloria le pidió a Ricardo Pérez Montfort que comentara nuestro trabajo antes de presentarlo en público. El impacto fue perdurable: la mezcla de juventud –debía de tener entonces unos 33 años– y rigor académico. Por esos años presentó su tesis de maestría sobre el discurso nacionalista de la derecha secular durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, que en 1988 obtendría el Premio Marcos y Celia Maus; esa exigencia consigo mismo se notaba en cada observación. Sus comentarios puntuales se convirtieron en uno de los primeros diálogos académicos importantes que mis compañeros y yo tuvimos en el Colegio de Historia.

Segunda imagen: el historiador cineasta

En la facultad ya se conocía su fama de buen maestro, sobre todo por su capacidad de proponer enfoques novedosos para el ejercicio de la historia. Una mañana encendí la televisión en casa –por entonces se transmitían programas educativos para la telesecundaria– y apareció un documental de historia que me capturó: una excelente recopilación de imágenes, con la agradable locución de Alejandro Aura. Después supe que se trataba de *Siglo XX: la vida en México*[1], también conocidas como "Las Décadas...", producidas entre 1985 y 1987 por la UTEC, la Unidad de Televisión Educativa de la SEP, y dirigidas por Ricardo. Una especie de golpe me hizo saber que estaba ante lo que yo quería hacer como historiador. Ricardo unía dos formaciones: la de historiador, adquirida en la Facultad de Filosofía y Letras, y la de cineasta, pues había egresado del Centro de Capacitación Cinematográfica.

Pronto conocí otra serie producida por la UTEC en los mismos años y dirigida por él, que resultaría central en mi formación: *Apuntes de música popular mexicana*, un recuento de las canciones y los géneros musicales tal como habían aparecido en el cine clásico. Ese trabajo estaba emparentado con otra investigación muy importante de la UTEC, *Los que hicieron nuestro cine*, dirigida por Alejandro Pelayo, en la que Ricardo había participado como investigador. Aquella serie hizo un recuento del cine mexicano como debía hacerse: con las imágenes clave y el testimonio de sus protagonistas. En conjunto, estas series fueron la puerta de mi acercamiento al cine mexicano. Casi cuatro décadas más tarde, Ricardo daría forma de libro a esa convicción temprana de que la imagen es una fuente histórica con peso propio: *Disparos, plata y celuloide. Historia, cine y fotografía en México, 1846-1982* (2023).

Tercera imagen: una historia del cine diferente

Sin pensarlo mucho, me inscribí a sus clases. La primera fue un curso sobre la Revolución

Mexicana, con una perspectiva que contrastaba con el enfoque político y social con que la mayoría de los profesores se acercaba al tema. Nos ponía a leer crónicas y novelas para armar un esquema que, casi sin darnos cuenta, nos adentró en la historia cultural. Era el mismo camino que lo llevaría a los ensayos de *Estampas de nacionalismo popular mexicano* (1994) y de *Avatares del nacionalismo cultural* (2000): la pregunta de cómo se fabricaron los estereotipos de lo mexicano y qué expresiones regionales quedaron fuera de ellos.

Poco después tomé con él una clase de historia del cine mexicano que también marcaría mi formación. Debió de ser en 1989 o 1990, cuando apenas había copias en video de las películas clásicas. Para que la clase funcionara teníamos que sesionar en la Filmoteca de la UNAM, que entonces estaba en San Ildefonso, en el centro histórico. Ahí vimos *Pueblerina*, *Distinto amanecer* y *El rebozo de Soledad*, después de cargar las latas desde la bodega hasta la sala Raúl Kamffer, en el tercer piso del edificio. Nada que ver con la manera en que hoy puede impartirse una materia así, con una memoria USB o por *streaming*. Gracias a ese curso decidí hacer mi tesis de licenciatura sobre cine clásico, que por supuesto dirigió Ricardo, quien entonces empezaba a abrirse paso en un campo prácticamente monopolizado por otros profesores. Aquella manera de leer las películas como documentos de su época reaparecería muchos años después en *Disparos, plata y celuloide* (2023), donde realizó análisis que desmontaban el conservadurismo que se escondía detrás de la mexicanidad del cine clásico.

Cuarta imagen: maestro y aprendiz

Seguramente otras personas que escriban en respuesta a esta convocatoria usarán también esta metáfora, pero creo que es la más justa para definir la relación de aprendizaje que tuve con él, como en la antigua estructura gremial. Ricardo me invitó a participar en la catalogación de los noticiarios fílmicos conservados en la Filmoteca de la UNAM. Al lado de Chucho Brito, me enseñaron a usar las moviolas verticales de 35 mm. Fue importante el contacto con la película misma. Pasé horas inmerso en el mundo de los años cincuenta, con una fuente que ningún otro profesor de la carrera me habría mostrado.

Poco tiempo después, Ricardo me ofreció ser su asistente de dirección en un proyecto documental, *Música y medios*, que iba a producir la Unidad de Producciones Audiovisuales del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Desgraciadamente, solo se filmó el programa piloto y la serie nunca salió a la luz. Aquí el aprendizaje no se limitaba al uso de la fuente fílmica y musical: se trataba de expresar la historia en un medio distinto del escrito. Lo repito: algo que ningún otro profesor de la facultad podía haberme enseñado. En la práctica, aprendí a valorar la imagen, el ritmo y el montaje como maneras de articular un relato histórico.

Por aquellos años, algunos maestros de la facultad –por ejemplo, recuerdo a Antonio Rubial– nos instaban a incursionar en los medios de comunicación. Nos decían que los historiadores estábamos perdiendo un campo de trabajo esencial, que nos arrebataban los comunicólogos, especialistas en medios, pero no en contenidos. En contraposición, deberíamos ser capaces de generar nuestras propias narrativas para construir una visión de la historia para grandes públicos. El problema era que nadie en el Colegio de Historia nos enseñaba a hacerlo. Ricardo sí, aunque en la práctica individual y no en un curso curricular. De esa experiencia derivó el curso de divulgación que propuse a la facultad a principios de la década de 2000, para ampliar las posibilidades de expresión de la investigación histórica, no solo hacia otros públicos, sino también hacia otras fuentes.

Quinta imagen: la banda sonora

La facilidad de Ricardo para moverse entre registros tenía una explicación: además de historiador y cineasta, era músico. Solía recordar su paso por grupos de rock como Los Monjes y por agrupaciones de música folclórica como La Peña Móvil. Cuando en 1994 realicé mi primer documental, sobre el movimiento de Los Grupos –un trabajo que, evidentemente, debía mucho a Ricardo y a sus enseñanzas–, acudí a él para que me ayudara a seleccionar música de época para la banda sonora. Pasamos un día entero en su casa de Tepoztlán, donde me preparó una selección alucinante para entender los años setenta en México: grupos como Los Nakos, La Nopalera o Vientos para un Nuevo Día; y autores como Eblén Macari, entre muchos otros, me ayudaron a reconstruir sonoramente a su generación. Espero que su fonoteca sea preservada en el futuro: es un archivo que conserva diversas expresiones de música popular mexicana y folclórica, un registro vivo de esa sensibilidad, como fue su labor de difusor de la música jarocha. Ese oído de historiador quedó escrito en *Intervalos. Ambientes y música popular durante el inquieto siglo XX mexicano* (2023).

Sexta imagen: un historiador complejo

A lo largo de su carrera, Ricardo Pérez Montfort se mostró como un historiador complejo, capaz de moverse en distintos registros. *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México* (1992), nacido de su tesis doctoral, muestra a un historiador cabal, solvente y acucioso, capaz de practicar la historia política con todo el rigor del archivo. Pero sorprendía, sobre todo, por su capacidad de usar fuentes de toda clase, más allá de las escritas, para trazar panoramas que exceden con mucho las narrativas restringidas a los textos. *Estampas de nacionalismo popular mexicano* (1994) se convirtió muy pronto en libro de referencia por su capacidad de integrar fuentes y aspectos de la vida cultural que escapaban al común de los

historiadores de su tiempo.

Esa amplitud de miras lo llevó a abrir campos enteros. Con *Yerba, goma y polvo* (1999) y sobre todo con *Tolerancia y prohibición* (2016), fue pionero de la historia social y cultural de las drogas en México: reconstruyó el siglo en que el país pasó de la tolerancia a la prohibición. Los ensayos de *Cotidianidades, imaginarios y contextos* (2008) recogieron su atención a la vida cotidiana y la trilogía *Lázaro Cárdenas. Un mexicano del siglo XX* (2018-2022) cerró un círculo: volvía al periodo de su tesis de maestría, ahora desde la figura del presidente y con todas las herramientas de la historia cultural que había ido reuniendo. Con Ana Paula de Teresa coordinó además *Cultura en venta* (2019-2020), una reflexión sobre el lugar de la cultura en el capitalismo contemporáneo.

Su pluralidad formativa lo llevó también a consolidar espacios de encuentro académico en el CIESAS, su institución de adscripción. El Seminario de Audiovisual fue un lugar singular de diálogo entre antropólogos, sociólogos e historiadores; y entre 2007 y 2016 coordinó el Laboratorio Audiovisual, donde se produjo una veintena de documentales sobre el trabajo de los investigadores de la institución. Antes había codirigido con Ana Paula de Teresa *Voces de la Chinantla* (2006), premiado en el Festival de la Memoria de Tepoztlán. Dirigió, además, la revista *Desacatos* y la *Revista de la Universidad de México*.

No puedo imaginar mi trayectoria académica sin la figura de Ricardo Pérez Montfort. Me dio algo que sobrepasaba las enseñanzas de un profesor común y corriente: el uso de fuentes no convencionales y una manera particular de acercarse al cine, no para hacer una historia de las películas, sino para comprender que las películas, la música y otras expresiones culturales pueden ser una fuente excepcional para una historia que vaya más allá de la narrativa textual. Durante doce años me dediqué a la investigación y realización de documentales históricos, un oficio al que llegué gracias a él y en el que pude seguir sus enseñanzas.

Esa herencia no es solo mía. Vive en sus libros, en sus documentales y en las generaciones de estudiantes a quienes enseñó a mirar lejos. Toca ahora a quienes aprendimos con él cuidarla: que su fonoteca, por su riqueza y variedad, se preserve y se abra a otros investigadores, y que su manera de hacer historia siga encontrando cauce en las aulas.

Gracias por tanto, Ricardo.

1. Para distinguir en orden cronológico: 1) Las décadas (UTEC-SEP) se produjo entre 1985 y 1987. Esta serie abarcó de 1900 a 1980. 2) 18 lustros de la vida en México (UNAM), se produjo entre 1991 y 1993. Esta serie abarcó de 1900 a 1990. 3) La vida en México en el siglo XX (UNAM) se produjo en el 2000; abarcó de 1900 a 2000. (*Nota del coordinador temático*). ↑

ERRE PE EME
sonoridad revolucionada de larga duración

Álvaro Alcántara López
Centro INAH Veracruz



Foto: *Isaac García Venegas*.

I

Cómo íbamos a imaginar que aquellos tortuosos viajes en autobuses de segunda y, muy rara vez, “de primera”, en aquellos trenes atestados de gente, mercaderías y animales de traspatio, que se detenían a cada rato; o acaso deletreando nubes y caminos en algún automóvil remendado –cuando se tenía– en el que nos convertíamos en sardinas y polizontes, marcarían de manera tan intensa nuestros quehaceres en la vida. Cala honda esa nostalgia y no parece exagerado decir que la de muchas y muchos de nosotres ha sido un constante dar de tumbos por la fiesta de las pasiones, en pos de aquellos paisajes, sonoridades, fragancias, querencias o colores que alguna vez, muchas veces, nuestros cuerpos sintieron con vivaz intensidad. Incluso si en aquel momento se vistieran de aburrimiento y fastidio. Quienes nacimos antes de 1987 algo sabemos de eso.

El país era otro, bien distinto aquel mundo respecto del que ahora nos toca habitar. Y así nos ha tocado aprender a cambiar. Sin teléfonos celulares, sin internet ni redes sociales, incluso, no pocas veces, sin música para ir escuchando en el camino; tocaba mirar, escuchar, sentir, manejar, preguntar cuánto falta o sacar las tortas que tú misma habías preparado y repartirlas entre quienes viajaban contigo. Se viajaba de noche y de día, lo mismo con calores extremos que con frío que ajaba la piel. Los olores en aquellos vagones de ferrocarril y autobuses de ventanas polarizadas eran intensos, bien por ti si podía abrirse la ventana y contrarrestar así los humores pestilentes de humanos que aún hoy visitan tus recuerdos. Estas son algunas de mis memorias de viaje.

Las que él decide contarnos se ubican en un diciembre de 1968: un viaje familiar al sur de Veracruz queriendo asimilar la violencia que Díaz Ordaz había propinado a la comunidad estudiantil que demandaba la democratización de un país, hasta entonces, perfecto. El resplandor nocturno de la refinería a lo lejos, las cenas al aire libre y el primer amor, algo mejor incluso que el primer amor: “creo que fue allí [en Minatitlán] donde escuché por vez primera un repertorio de sones jarochos campesinos”.

II

Tengo el recuerdo de venir caminando en bola, de regreso de haber comido con Mateo (el lugar se llama Roberto’s, pero no conozco a nadie que lo nombre así; los parroquianos decimos simplemente “con Mateo”), para regresar a las actividades de aquel coloquio que organizamos en Humanidades, sobre la calle Ezequiel Alatriste, en una Xalapa distinta. Él caminaba delante de mí y yo lo observaba de espaldas, a unos 10 o 15 metros. ¿Acaso tenía un suéter verde y aquel morral de cuero que otras tantas veces le vi? Seguro no estoy. Hablaba animosamente con otras personas de la comitiva, reía, lucía contento; aquella estampa era de pura intensidad y viveza, “de la vida misma”, pienso ahora al recordarlo. Saco cuentas y tendría entonces 40 años. Su ya clásico *Estampas de nacionalismo popular mexicano* acababa de salir y de eso precisamente vino a hablar a la Universidad Veracruzana.

Eran tiempos aún de combate y de luchas intensas por la representación de la cultura veracruzana “auténtica”, y Ricardo había fijado una posición: la suya era del lado del son campesino, de lo que por entonces ya empezaba a llamarse, con mayor o menor conciencia/convicción, “el movimiento jaranero”. Dos años después, en el encuentro que se organizaría en el Patio Muñoz, su planteamiento sería bastante más mesurado. Llamaba a la reconciliación, proponía un acercamiento y un diálogo entre las partes en conflicto: por un lado, el son jarocho en su modalidad de acompañamiento de los ballets folclóricos y de entretenimiento en restaurantes y clubes nocturnos; por el otro, aquel son fuertemente anclado a la fiesta del

fandango/huapango, que demandaba para sí la etiqueta de “tradicional”, “campesino”, “comunitario”.

Pero ese futuro aún no llegaba y allí estábamos aquella tarde esa marabunta de gente, rebosantes por la comida y bebida ingerida, volviendo a Humanidades para continuar aquel coloquio. Porque al pan… pan, y al vino… vino. Con él así era la cosa, tuve que aprenderlo a la buena o a la mala. Si no cumplías, estabas fuera. Fiesta, fandango o parranda “hasta el amanecer”, como recuerda aquel vallenato del Binomio de Oro, pero a la hora pactada había que estar puntual, con dos o tres cafés encima –o lo que hiciera falta– y trabajar.

Estereotipos, visiones de la cultura impuestas desde arriba, reelaboraciones, mediaciones, resignificaciones. En suma, lo que le escuchamos en aquel coloquio proponía una crítica contundente a la cultura “oficial” construida por el Estado nacional posrevolucionario. En aquel constructo y sumatoria de la unicidad de lo diverso, nuestro maestro nos proponía pensar lo que hacíamos y reproducíamos en tanto actores culturales: preguntarnos para qué hacer historia, trazar una ruta crítica para diversificar las voces y fuentes de la historia; cuestionarnos la perspectiva del relato. Cuando veo algunas de las primeras cosas que publiqué tras terminar la maestría, veo su mano e influencia. Ahora puedo verlo con mayor nitidez. Especialmente en esa sensación incómoda que empecé a sentir cuando la cultura fandanguera jarocha comenzó a convertirse en “el mito de sí misma”: de movimiento de contracultura a cultura oficial estereotipada. Sentirme un jarocho en pugna con su jarochería fue uno de los “regalitos” que él me dio.

III

Existen dos grabaciones que circulan en las redes sociales que retratan muy bien esa otra faceta suya: la amistosa bohemia. Una es de Claudia Artíguez; la otra de Antonio Ibarra. Estamos en la librería Mar Adentro (Puerto de Veracruz) y acaba de terminar la presentación del libro de Antonio García de León, *Misericordia. El destino trágico de una collera de apaches*. Es octubre de 2019. La generosidad y gentileza de Rafael Blanco y Rocío Bautista nos han prodigado –a la flota Mar Adentro e invitadxs– las mejores condiciones para celebrar por el libro de Toño y, aún más, para volver a brindar por el gusto de coincidir y estar vivos.

La jornada sonera de aquel momento arrancó con el son de “El Siquisirí”, que Toño canta con ese temple y voz que lo han vuelto inmortal. Se les observa, a Ana Paula de Teresa y a él, en la profundidad de la imagen, sentados sobre el rehilo de mampostería de una ventana mientras escuchan la sonoridad de los instrumentos que se tocan en aquella mesa tan animada. Da gusto verlos así, contentos, radiantes, juntos. Ana Paula enciende entonces un cigarro,

mientras que Erre Pe Eme, con voz tímida, empieza a recordar y a cantar “por lo bajini” los versos que se escuchan. Un poco más tarde, sólo un momento después, le responde a Toño, quien hace de pregonero en el son de “El jarabe loco”, mientras que Miguel Becerril, quien ya se había unido al espontáneo “fandanguito”, pespuntea su guitarra:

Este es el primer jarabe
que compuso Lucifer.
El que se lleva las almas
al infierno a padecer
Este es el primer jarabe
que compuso Lucifer.

Tras unas vueltas más de la música, el hombre canta un verso de esos que tanto gozaba, del tipo de las “décimas del armadillo” que lo hicieran tan famoso entre la flota, en aquellas memorables noches de fiesta. Toño complementa su copla con una seguidilla y, antes del último verso, Pe Eme lo alcanza y se les escucha decir al unísono “[…] y chilacayotas”. Se acaba el son y todas y todos reímos de contento, también el poeta José Luis Rivas, quien goza con lo que allí acontece, al igual que Liza Roumazo, sentada a la diestra de Toño. Cariñosamente, Antonio Ibarra se había levantado de la mesa unos minutos antes para consignar aquella estampa y regalarnos ese recuerdo para la posteridad.

Recuerdo aquella noche con cariño por muchas razones, pero también porque fue la primera vez que conversé durante un buen rato con Ana Paula. Nos habíamos conocido años atrás, cuando fui invitado por Ricardo a participar en el proyecto que, junto a ella, como pareja de vida y académica, coordinaban (los resultados quedarían plasmados en los volúmenes *Cultura en venta I y II*). Hubo un momento en que los sones se apagaron y quedó la palabra viva para acercarnos más, quiero decir, la palabra viva y unos buenos tequilas. Entonces, aproveché para compartirle a Ana Paula algunos restos de inquietudes que me habían quedado de dos intensas reuniones de trabajo que, como parte de aquel proyecto, “La razón cultural”, sostuvimos en Tepoztlán. Nos trenzamos a conversar un rato y en algún punto ella dijo algo así como “ya te empiezo a agarrar la onda”. “Qué paradójico”, pensé al día siguiente, que haya sido éste y no aquel el momento y espacio en que arrancó nuestro diálogo.

IV

Cinco años más tarde, en esa misma librería, presentamos su libro *Detrás de la verde arboleda. Un recuento de ensayos sobre la cultura jarocha durante los siglos XIX y XX: Fandangos, sones y décimas* (Editorial Mar Adentro, 2024). La confección de aquel volumen nos brindó la

oportunidad de seguir dialogando y de repensar, desde otros lugares y preocupaciones, algunos de los intereses historiográficos compartidos. Nos dimos cuenta también de lo mucho que se sigue transformando la escena fandanguera jarocha y lo importante que resultaba introducir pequeñas notas a textos suyos, escritos en la década de 1990, que permitieran dialogar con las realidades emergentes y abrir rutas críticas para investigaciones futuras.

El inevitable acto de rememoración que implicó esa antología nos hizo volver a escenas, pasajes y personajes que hacen parte de nuestras respectivas historias; lo mismo que evocar lugares en los que ambos coincidimos o en los que estuvimos en momentos diferentes, a los que no existe ya manera de retornar. Fue en medio de ese proceso de edición que valoré de una manera renovada los relatos que él (como parte del equipo de Radio Educación que creó, junto a Humberto Aguirre Tinoco y otros personajes más, el ahora afamado Encuentro de Jaraneros de Tlacotalpan) escribió en los años ochenta del siglo pasado, como base de los guiones radiofónicos de emisiones que se transmitían semanas después de concluido el encuentro. Pude apreciar entonces al cronista atento a los pequeños detalles, al que se muestra e involucra en el propio relato, no sin cierto recato; lo mismo que al académico en formación que era capaz, en medio de aquella tremenda fiesta de estirpe carnavalesca, de construir la distancia necesaria que le permitiera desmenuzar analíticamente lo que sus sentidos registraban.

Aquel 9 de marzo de 2024 presentamos *Detrás de la verde arboleda* en la librería Mar Adentro. Volvía con Ana Paula a uno de sus lugares favoritos: el cuatro veces H e inmortal Puerto de Veracruz. La pasamos muy bien, no obstante que para aquel momento nuestro autor traía una ronquera “regular” y de cuando en cuando le entraban ataques de tos, especialmente cuando hablaba mucho, como lo hizo en aquella ocasión. Recuerdo que en algún momento Ana Paula me comentó que su marido andaba “más o menos” de salud y que se acababa de hacer unos estudios. En las semanas venideras se conocerían los resultados.

La mañana siguiente, mientras desayunábamos en el Gran Café del Portal, recordamos el festejo colectivo que dos años atrás nos había reunido en Coyoacán, Ciudad de México. Una foto que se ha hecho más o menos conocida y un videíto casero en el que tocamos y cantamos el son de “El Balajú” han quedado como constancia de aquel jolgorio. Platicamos que se venía un cumpleaños digno de celebrar por todo lo alto y empezamos a imaginar cómo sería, y cómo Eugenia y yo participaríamos en aquella fiesta. Algunos meses más tarde, sumaríamos a los planes de futuro un viaje en conjunto a la Chinantla y a los municipios más jarochos de Oaxaca, con paradas obligadas en aquellos lugares donde fuimos felices.

V

No tengo un recuerdo claro de cuándo lo conocí. Con él pasa lo que con otra tanta gente querida: uno termina por convencerse de que siempre o casi siempre han estado allí, cerquita; mejor aún, que siempre lo estarán. Recuerdo en cambio cuándo (septiembre de 2016) empecé a llamarle, para referirme a él con otras amistades en común: “Erre Pe Eme”. En cualquier caso, pienso que debió haber sido hacia 1992 o 1993 cuando se apareció en mi cartografía sonera. Pero, sin duda, fue hasta el año siguiente cuando nuestro trato se hizo un poco más cercano.

Unos meses antes del inicio de la pandemia del COVID 19 (que inició en marzo de 2020) convocamos a un coloquio en el Puerto, en el marco del Festival Afrocaribeño que desde 1994 empezó a organizar el antiguo Instituto Veracruzano de la Cultura. Departiendo en nuestra antigua “oficina” del zócalo porteño, disfrutábamos de la magnífica música que orquestas veracruzanas y cubanas nos obsequiaban. De manera sorpresiva, una de las agrupaciones de son montuno empezó a tocar un popurrí de canciones del llamado “folklore latinoamericano”. Al escuchar aquello, ese hombre se descontroló, los ojos le brillaban y una sonrisa gozosa y poseída, plantada de oreja a oreja, se reflejaba en los ojos de Ana Paula. Bailando al compás de aquella saya, Pe Eme empezó a cantar el coro en un gozo desbordante:

Negra, samba
aunque tunante
siempre adelante

Uno viaja para recordar y recuerda para viajar. Los relatos e historias que contamos y que nos cuentan no son sino otra modalidad de esta añeja tradición. Por eso vuelve mi cuerpo, de cuando en cuando, a aquellos viajes en tren o en autobús con mi familia, a aquellas aventuras cargadas de sabores, paisajes, canciones o chistes que alguna vez me ayudaron a combatir el tedio o la espera. Recuerdo incluso aquella vez que, siendo niño, descuidé en la estación de autobús la bolsa con ropa que mi madre me había encargado y que, sin darme yo cuenta, alguien me robó. Tuvimos que ir a visitar a mi abuela con la muda que traíamos puesta. La música que escuchaban aquellos conductores de autobús tiene un lugar especial en mi educación sentimental y musical: Los Pasteles Verdes, Los Socios del Ritmo, Los Terrícolas, Grupo Yndio, Chayito Valdez, Carlos y José, Los Ángeles Negros, Joan Sebastian, La Rondalla de Saltillo, y la lista no acaba.

Me acuerdo entonces de aquella imagen en el zócalo de Veracruz y sonrío. Resultaría inútil tratar de imaginar a qué paisajes y atmósferas lo transportó aquella saya que cantó con tanto gozo aquella noche bailonguera: “Negra, samba, aunque tunante…”.

VI

Mientras trato de cerrar estas notas, me animo a mensajearle a Graciela Ramírez –su colega por años en los viajes y transmisiones que Radio Educación hacía en Tlaco– para consultarle si recuerda cuál fue el último año que Erre Pe hizo parte de aquel equipo. Según yo habría sido hacia 1994 o 1995. Esta mañana, mientras le hago "alineación y balanceo" a este relato, encuentro varios mensajes suyos. Me dice que sus colegas de Radio Educación le comentan que el último registro que tienen de él es de 1996, de una plática que sostuvo con don Julián Cruz, el afamado músico alvaradeño, hablando de sus inicios en el Conjunto Tierra Blanca.

Llega otro mensaje de Graciela recordando que el último encuentro que organizó Radio Educación fue el XVII; después continuaron yendo para hacer transmisiones especiales:

> Me parece que los dos primeros años íbamos a grabar a una escuela que estaba un poco alejada del centro. Grabamos a varios grupos con la idea de darles el material para que sacaran su disco, lo cual hicimos, y todavía Ricardo nos acompañó.

Tal vez más adelante pueda entender por qué al escribir de Ricardo, hablar de él y de algunos de los momentos compartidos, lo conecté (al menos en este relato) a la memoria de aquellos viajes que lo llevan a uno, a una, a hacer ciertas cosas en la vida. Tal vez porque conocerlo, aprender de él y compartir experiencias a lo largo de más de tres décadas muy seguramente es eso: una travesía compartida a la que siempre podemos volver en compañía de otrxs.

RPM es una presencia que nos acompaña constantemente, una vital existencia a la que se recuerda de fijo y a quien uno cree reconocer en lugares y momentos insospechados: cantando en un disco de sones prohibidos por la Inquisición, narrando los documentales históricos realizados por Alejandro Pelayo, cortándose las uñas en medio de una clase o hablando de un militar michoacano que influyó enjundiosamente en la vida pública mexicana del siglo XX. Mejor aún, llegando a sentarse a nuestra mesa, del brazo de Ana Paula, para tomarse un toro de jobo en el bar de Tobías, en ese Tlacotalpan que él tanto quiso.

RPM, Erre Pe Eme, revoluciones por minuto. La suya... una sonoridad intensa y duradera, como acetato que puede sonar a 33 o a 45 revoluciones, tocarse en los días de fiesta o ponerse constantemente para acompañar el estudio y la reflexión. Ricardo Pérez Montfort, Erre Pe Eme, el amigo, el maestro, el colega, el historiador, el cineasta, el músico, el ~~políglota~~ polímata –como certeramente le ha llamado Isaac García Venegas–. También el compañero de viajes y andanzas que nos compartió un bonito regalo: vivir la vida intensa y apasionadamente, hacer historia combativa, escribir mucho, soñar al mundo en su redondez y parrandear sabroso, sólo al límite de estar listos para la próxima reunión, clase o conferencia. Apenas el pasado 28 de

febrero que trabajamos en seminario anotó en su pizarroncito nuestro siguiente proyecto: pensar las otredades en tiempos de odios, intolerancia y exterminio. Muy pronto tendremos que acometer ese encargo suyo.

VII

El 11 de marzo de este año (2026), Antonio Ibarra volvió a publicar en su página de Facebook aquel video en el que se les ve a Ricardo y a Toño tocando y cantando sones jarochos en la librería Mar Adentro. “La voz de Ricardo, anclada en el son y el sentimiento. Lo recordamos así, en plenitud”, anotó Ibarra.

Asimismito, en plenitud, como un disco sonando en día de fiesta y a muchas revoluciones por minuto, como sólo puede hacerlo Erre Pe Eme, una sonoridad revolucionada de larga duración.

Luces, sombras y símbolos: El legado de Ricardo Pérez Montfort

Eréndira Muñoz Aréyzaga
Secihti-Universidad Autónoma del Estado de Morelos

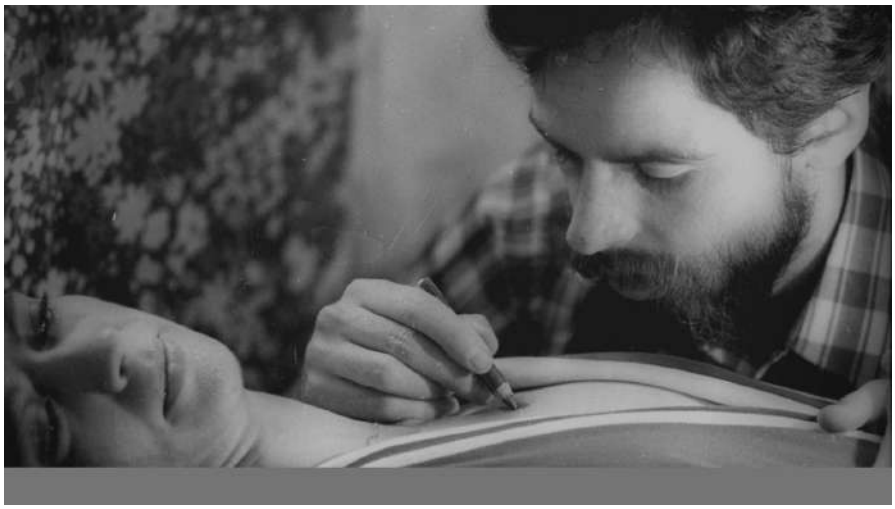


Foto: Archivo familiar *Ricardo Pérez Montfort*.

La partida del Dr. Ricardo Pérez Montfort deja un vacío en la historiografía mexicana, pero su trascendencia intelectual llena de luz los intrincados caminos de quienes queremos alcanzar una comprensión profunda de los procesos culturales irremediablemente entretejidos con la identidad, la memoria, la política, la economía y la distinción social.

Es común escuchar que era un historiador atípico –y es cierto– porque se alejó de la historia oficial, objetivada, aquella que según Pierre Nora surge cuando la memoria y los afectos mueren. Así se convirtió en un buscador de la verdad, o de la verosimilitud, como él prefería decirlo; y esa verdad estaba en la recuperación de las memorias que habitan en las expresiones cotidianas como la música, la fotografía, el cine, la nota roja y la cultura popular. Con ello se posicionó como un claro referente de la historia cultural.

Su rigurosa obra conformó un sólido corpus que evidenció y, al mismo tiempo, desmanteló las estrategias discursivas del Estado para construir símbolos en los que nos reconociéramos

como mexicanos. Visualizó con claridad que había muchos mundos de los que el poder se apropiaba, pero que en la práctica ignoraba, o aquellos que simplemente ocultaba porque eran historias que no debían conocerse y entonces estaban destinadas a ser borradas. Con ello construyó una mirada crítica, libre y original para cuestionar, desentrañar y conocer las múltiples expresiones culturales presentes y del pasado, que responden a sus propias dinámicas: algunas veces porque, más que representar al poder, son contestatarias y otras porque encarnan de manera vívida los sentires de una comunidad y se convierten en un entramado dinámico y activo de memorias propias con componentes sonoros, visuales o escandalosos. Esta perspectiva abrió caminos inéditos para la investigación que hoy nos obliga a mirar los usos políticos de la memoria y la cultura, pero también a entusiasmarnos por el conocimiento de aquello que emociona a una comunidad por ser suyo.

Conocer al autor consagrado a través de sus textos es una experiencia enriquecedora, pero tuve la fortuna de coincidir con él cuando fue mi maestro del Posgrado en Antropología del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y, de forma más cercana, como mi director de tesis de doctorado.

Ricardo compartía en el aula con contundente honestidad sus verdaderas pasiones: la música, la imagen y los archivos; mostrándonos que éstas no eran sólo sus aficiones, sino ventanas indispensables para aproximarse a la cultura, comprenderla e incluso reproducirla, al mismo tiempo que se generaba un registro para mantenerla viva. No sólo era un maestro apasionado por sus temas, era generoso con sus saberes y sabía transmitirlos, no se guardaba nada y estaba dispuesto a enseñar más allá del aula.

Organizó una visita al centro histórico de la Ciudad de México para ver distintas expresiones culturales. Como cualquiera, imaginé un recorrido con un guía experto centrado en edificios virreinales, palacios porfirianos y lugares icónicos. Sin embargo, aquella visita reflejó las profundas exploraciones que Ricardo realizaba cotidianamente para conocer lo que por lo regular permanecía oculto y se convirtió en una revelación que me hizo comprender los lentes con los que veía el mundo.

Visitamos el mercado popular Abelardo Rodríguez, no por la estética de sus murales, sino porque ese lugar era la memoria viva de una utopía socialista, expresada en la materialidad de su arquitectura y el arte de sus paredes, que reflejaban desde su mirada las condiciones de la producción artística en la primera mitad del siglo XX y las relaciones de poder que paradójicamente existían en un mundo que pugnaba por la colectividad. Esa no fue sólo una clase magistral, se convirtió en un impulso para no dejar de investigar con profundidad las expresiones culturales materiales e inmateriales, desentrañando sus significados, comprendiendo a sus autores, su contexto histórico y las relaciones de poder que no se revelan

por sí solas, pero es necesario sacar a la luz.

Tal vez esta pasión que imprimía en sus clases, la sensación de estar en presencia de una enciclopedia viva y abierta o la claridad que parecía darle a la historia cultural o a cualquier otro sustento teórico que descubría para comprender procesos tan complejos como la identidad nacional, me enseñaron a ser una rigurosa investigadora en ciernes, pero fue de mayor importancia observar cómo él se atrevía a construir una voz propia, validada por sus análisis. Así, no sólo aprendí, sino que me inspiró a construir mi propia voz, a ser fiel a ella y a validarme como autora, tal como él lo hacía.

Desentrañar los entretelones que configuran los discursos nacionalistas del Museo Nacional de Antropología era uno de sus tantos intereses y nos tocó compartirlo al ser el tema central de mi tesis doctoral. Ricardo organizó una visita al museo, compartió con detalle sus conocimientos sobre el proceso de construcción del recinto en 1964 y su anecdotario de vida con grandes personajes. Nombres como Alberto Ruz Lhuillier, Guillermo Bonfil Batalla, el museógrafo Mario Vázquez, la pintora Rina Lazo y otros tantos aparecieron en la nutrida charla.

Ricardo tenía muy claras las luces y sombras de la arqueología y su escenificación. Por un lado expresaba la fastuosidad del hallazgo de la tumba de Pakal en Palenque, por el otro, la oscuridad del robo del Friso de los Placeres, llevado en partes en un avión y recuperado casi al momento; las leyendas negras de piezas cuya procedencia era dudosa, después de haber sido recuperadas tras el robo al museo en 1985; los datos ominosos de quienes exaltaban a Xochipilli como el dios de las drogas recreativas o quienes cada año piden el regreso del penacho de Moctezuma para reforzar su mexicanidad.

Recorrer el museo con él no sólo fue un acto que reflejaba su generosidad o una clase magistral, fue un puente a la memoria y un claro ejercicio antropológico. Cada pieza no era leída solo como lo que es –un objeto arqueológico–, era un símbolo que encapsulaba esas luces y sombras y además escenificaba el pasado mexicano para construir una supuesta única raíz. Esa visita fue el impulso para terminar en tiempo y forma la investigación en curso sin perder en el camino la pasión y la sed por comprender las expresiones nacionalistas en un museo que sobrevivió al fin de los Estados nación y tal vez por ello era más necesario que nunca, pero requería cambios profundos que había que comprender. Así continué tal cual él investigaba: descifrando símbolos, no como aprendí a hacerlo como arqueóloga, sino como antropóloga e historiadora, disciplinas que él combinaba magistralmente.

Fue crítico y profundamente exigente con la elaboración de esa tesis. Su rigor a veces se resumía en un franco “¿órale, te cae?”, “¿esa palabra ‘panista’ qué?”, o en una guía para acercarme a autores que funcionaban mejor para el trabajo: “Está bien que uses a este autor,

pero mejor a Carlo Ginzburg". Fue una brújula firme para mí y la investigación doctoral culminó con el Premio INAH Miguel Covarrubias a la mejor tesis de doctorado en el área de museos. Ese logro fue fruto de horas de trabajo solitario, pero la semilla de esa libertad autoral y autoexigencia fue mérito suyo.

Pasados los años, es momento de dar honor a quien honor merece, a Ricardo, y ejercer la memoria como a él le hubiera gustado, aquella que se entreteje mediante los afectos que trascienden el tiempo. Mi maestro conjuntaba la brillantez intelectual con la calidez humana, y, al ser su alumna, irremediablemente eso se trasluce hoy en mi práctica cotidiana como profesora e investigadora. Su mentoría moldeó mi forma de investigar; soy como él, no una historiadora atípica, sino una arqueóloga atípica. No excavo contextos arqueológicos, sino las capas de la memoria que siguen dando sentido a los restos materiales del pasado; pero lo atípico no es sólo un estilo, es la evidencia de que encontré mi libertad como autora, esa que sólo se gana cuando comprendes lo que él pareció haber comprendido desde hacía mucho: que la investigación debe tener, más que rigor teórico-metodológico, un corazón capaz de alimentar tus pasiones y un espíritu libre que se atreve a cuestionar.

Ricardo también moldeó mi estilo docente. Frente a grupo comparto sin reservas mis pasiones, como él, y cuando reviso tesis, incluso cuando dictamino algunos productos académicos, pienso "¿órale, te cae?", porque resume de manera perfecta el rigor académico que él esperaba de mí y que ahora yo espero para seguir comprendiendo colectivamente el mundo con rigor.

Mis temas no se han alejado de las discusiones que él tanto disfrutaba. Continué desentrañando los discursos del poder en torno a los significados y usos del patrimonio arqueológico y sí, usando la historia cultural, teniendo una mirada aguda para convertir imágenes, notas periodísticas, relatos de viaje, edificios, expresiones culturales destinadas a desaparecer en símbolos; en ventanas para mirar más allá y tratarlas como el reflejo de esas utopías que algún día nos atrevimos a crear como humanidad o como comunidad, tal como él lo hacía. Y es que en el fondo compartimos el mismo ideal de transformar el mundo, a pesar de conocer profundamente sus sombras y criticarlas, pero teniendo la encomienda, como él, de encontrar sus luces y no perderlas de vista.

Sobre la pasión por la historia cultural
Un recorrido por las rutas de enseñanza de Ricardo Pérez Montfort

Tatiana Carolina Candelario Galicia[1]
CIESAS Ciudad de México



Examen de maestría. Foto: *Tatiana Candelario*.

La última vez que vi a Ricardo fue en su casa en Coyoacán en diciembre de 2025. Aquella tarde me regaló unas galletas navideñas que él mismo había horneado. Me contó que en su casa en Tepoztlán tenía un muy buen horno y que le gustaba cocinar, sobre todo para su familia y amigos. Ya antes me había regalado una mermelada de frutas de esas que solía preparar. Después de hablar de mi investigación posdoctoral y darme algunos consejos y pistas que debía seguir en los archivos, hablamos de su último libro y de algunas anécdotas de su juventud. Al despedirme me dio las galletas de jengibre con forma de estrellas, lo cual agradecí enormemente y vi en ese gesto un símbolo de su grandeza, no académica e intelectual, de la

cual ya tenía certeza desde hacía años, sino como persona y de su amor por la vida. Él llevaba varios meses luchando con la enfermedad y no podía comer, pero aun así había preparado galletas para la gente más cercana. Me despedí de él y cerré la puerta de su casa sin saber que era la última vez que tendría la oportunidad de escucharlo y darle un abrazo.

Ruta 1: Acercamiento a la historia cultural

Desde muy joven, cuando cursaba los primeros semestres de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, sentí un fuerte impulso intelectual, e incluso pasional, hacia la historia cultural. En una época en que la mayoría de mis compañeros se inclinaba por la historia colonial o por la historia política del México decimonónico, o algunos más por la Revolución Mexicana, yo tenía un interés especial por la historia del siglo XX. Para mi mala suerte –porque una no decide de quién enamorarse–, me sentí muy atraída hacia eso que se llama historia contemporánea. En la facultad había muy pocos cursos especializados sobre historia del siglo XX, casi todos llegaban hasta la lucha revolucionaria de 1910. Así que cuando vi que había un curso sobre México contemporáneo, el cual abarcaba de 1929 a 1970, no dudé en inscribirme, aunque no conocía directamente al profesor. Su nombre: Ricardo Pérez Montfort.

Entusiasmada, con libreta en mano, acudí a la primera clase y para mi sorpresa el salón estaba completamente lleno. Incluso faltaron algunas bancas que se tuvieron que traer de otro salón. Cuando recibí el programa y el profesor nos explicó que el curso trataría sobre todo de la historia social y cultural del México posrevolucionario, me entusiasmé mucho más. El éxtasis del goce intelectual y académico llegó cuando vi que, para la evaluación final, además de un breve trabajo, debíamos entregar la reseña de una novela. ¡Una novela! Estaba ante un profesor que no sólo daba una clase, además de rigurosa y magistral, amena y divertida, sino que abría ante mí un abanico de fuentes para estudiar la historia que me interesaba y que por ese entonces era muy poco abordada: la historia cultural.

En el programa, Ricardo, además de una lista de películas –debo decir que antes de él hubo otro gran profesor que me dejó como parte de las actividades del curso de Introducción a la Historia ver películas, Álvaro Matute Aguirre–, incluía un listado de novelas que recreaban la historia social y cultural de México a lo largo del siglo XX. Recuerdo bien que elegí un libro que sigue siendo uno de mis favoritos: *El desfile del amor* de Sergio Pitol. Novela a la que he recurrido varias veces para pensar el papel y el oficio narrativo del historiador.

No recuerdo la nota final del curso de Ricardo, tampoco volví a tomar clases con él. En cambio, su trabajo y su presencia en el ámbito historiográfico mexicano se volvieron un referente para mí: sus libros, sus investigaciones, sus conferencias. Y en mi memoria quedaron algunos ecos

lejanos de sus excelentes clases, que tuve la fortuna de escuchar con esa voz tan característica suya que todos recordamos. También recuerdo las risas que provocaban sus chascarrillos llenos de humor, perspicacia e inteligencia.

Fue así como él, no sólo su trayectoria académica, sino su pasión, curiosidad y rigurosidad con la que estudiaba, producía y enseñaba historia, se convirtió de alguna manera en un referente, un camino por el que he querido andar yo también. Aunque jamás llegue a acercarme ni a la mitad, al menos intento andarlo y disfrutarlo.

Ruta 2: Por los caminos de la historia social y cultural de la Ciudad de México

Ricardo, como bien sabemos, fue un gran historiador, especialista en la historia social y cultural. Sus investigaciones han sido, a lo largo de los años, fundamentales para conocer y comprender fenómenos densos (compuestos de varias capas) y de largo aliento, como son los temas culturales. Exploró distintas manifestaciones de la cultura popular sin denostar ninguna de sus expresiones. Al contrario, fue pionero en observar y estudiar la riqueza de la música, los bailes, las artes y las diversas expresiones artísticas de la cultura popular. De ahí que cada texto suyo sea una ventana a la riqueza y diversidad cultural del país. Siempre ejerció una práctica de investigación rigurosa, pero empleando fuentes que otros investigadores tiempo atrás no tomaban en cuenta por ser considerados “poco serias”. Se dedicó a estudiar, entre otros temas, la lírica, la música, el cine, el teatro, el deporte. Exploraba estas expresiones culturales en contextos muy amplios, tanto regionales como nacionales.

Cuando cursé la maestría en el Instituto Mora, para titularme hice una tesis de historia cultural y social en la que analizaba las diversiones públicas en la Ciudad de México; de manera particular me centré en las artes escénicas. En los años treinta del siglo XX, el teatro tuvo una gran presencia en grandes, medianos y pequeños recintos; en mercados, plazas públicas y carpas que se instalaron por diversas calles de la Ciudad de México. Antes de analizar las diversiones públicas y el teatro, debía explicar cómo era la ciudad de aquellos años.

Juntos y medio revueltos. La ciudad de México durante el sexenio del general Cárdenas y otros ensayos, un libro que Ricardo publicó en el año 2000, me orientó y me ayudó a conocer más de la historia –social, cultural, política y económica– de la capital mexicana. En esos ensayos, Ricardo despliega la enorme erudición que tenía de la cultura, los grupos sociales que habitaban la ciudad, los diversos extranjeros que llegaron, sobre todo a partir de los años treinta, la política y los políticos en turno. Sorprendentemente, también brindaba lecciones de historia urbana, pues el crecimiento, intervención y conformación del espacio urbano tampoco

le fueron ajenos. El primer ensayo que aborda la historia de la Ciudad de México durante el periodo de Lázaro Cárdenas se convirtió para mí en el punto de partida de lo que sería mi propia investigación y pesquisa por las fuentes para reconstruir una ciudad que estaba mutando su perfil rural por uno cada vez más urbano. De éste obtuve algunos datos que me fascinaba leer una y otra vez, pues trascienden lo descriptivo y logran perfilar una imagen muy vívida de la ciudad. Algo que persigo desde entonces.

Ricardo, tras consultar el *Atlas del Distrito Federal* de 1930, señala que esta misma fuente ya habla de la ciudad como una "aglomeración urbana" con poco más de 63 mil edificaciones. La ciudad tenía...

> cerca de 28 mil vehículos automotores: casi 5 mil eran camiones de carga y más de 8 mil eran automóviles particulares, cifra que casi equivalía a la de las bicicletas que entonces sumaban 7,668. Había 55 líneas de autobuses de pasajeros y 4,092 policías, de los cuales sólo 51 eran motociclistas.
>
> También había más de mil expendios de masa, alrededor de 300 panaderías, 46 mercados, 270 farmacias, poco menos de 5 mil tiendas de abarrotes y misceláneas, 40 cines, 12 teatros, 3 plazas de toros, 19 bancos y más de 400 iglesias. Y así sigue la lista de comercios y edificios que ocupaban y al mismo tiempo configuraban el espacio urbano. Estos datos me interesan porque, repito, logran dar una imagen bastante clara de la ciudad de aquellos años.

Como bien sabemos los que conocemos su trabajo y hemos sido sus alumnos, Ricardo sabía leer muy bien las fuentes, de las más diversas, entre ellas la prensa de la época. A partir de una búsqueda y lectura de ésta, afirmaba que la gente aprovechaba alguna festividad del calendario cívico o religioso para salir a las calles a manifestar, ya fuera su fervor político o su pasión religiosa. Y logra sintetizar muy bien, por ejemplo, en un solo párrafo, la agitada vida política y social que se revelaba en las calles de la Ciudad de México en la década de 1930:

> Cada uno de los seis años del gobierno cardenista tuvo sus días excepcionales, como aquellos encontronazos de fines de año entre feligreses y "camisas rojas" en 1934 en los alrededores de la parroquia de Coyoacán o los del 20 de noviembre de 1935 entre obreros del volante y el grupo de choque derechista "los camisas doradas", o las manifestaciones de apoyo después de la expulsión del general Calles y sus secuaces en abril de 1936, las movilizaciones petroleras de 1937 y 1938, las actividades callejeras en relación con los conflictos internacionales de 1939, o las agitaciones por la sucesión presidencial de 1940. Las

> expresiones populares dejaban sus huellas en las mantas de los manifestantes y en los periódicos, así como en las paredes y en los ánimos urbanos.

Aquella tesis de maestría de la que hablo la dirigió Ana María Serna –que también escribe en este número *in memoriam*–, quien, al conocer a profundidad el trabajo que estaba escribiendo, me dijo que obviamente Ricardo tenía que ser lector y sinodal de la tesis. Y así fue. Habían pasado varios años desde que tomé aquella primera clase de historia del México posrevolucionario cuando lo busqué para llevarle mi texto. Me recibió en el pequeño cubículo que ocupó por muchísimos años en el CIESAS, ubicado en el centro de Tlalpan. Recuerdo que yo estaba muy emocionada y nerviosa de llevarle ese manuscrito, el cual, aun con todo el tiempo y trabajo invertidos en él, tenía dudas de que le pareciera adecuado. Él se mostró muy amable y en menos de un mes dictaminó mi tesis. Su lectura fue, sin duda, muy dadivosa y buscó exaltar los logros de aquel trabajo. Mostrando con ello su enorme generosidad como lector y como profesor, porque siempre se mostró muy respetuoso con el trabajo de sus alumnos. El día del examen llegó y aún recuerdo que su participación fue brillante y divertida, como solían ser sus intervenciones. Mis amigos y familiares, ajenos al mundo de la historia, me preguntaban por él, querían saber más de ese hombre que cautivaba al público al hablar.

Pese a que en la tesis doctoral me alejé de la historia cultural, sus trabajos sobre la sociedad y la cultura mexicana en el siglo XX me sirvieron mucho. Sus investigaciones y artículos me ayudaron a comprender la historia social durante el periodo del milagro mexicano y el desarrollismo. Fueron los textos de “Auge y crisis del nacionalismo cultural mexicano, 1930-1960” y “Entre lo local y lo global. Logros y fracasos de la globalización en la cultura mexicana, 1960-2010” una guía importante para pensar las transformaciones culturales que se experimentaron a lo largo del siglo XX y comprender los cambios que trajo consigo tanto la globalización como el neoliberalismo en el ámbito cultural, y cómo éstos tuvieron su impacto en la creación de políticas culturales en algunos casos o en el abandono de otras.

Ricardo me enseñó, primero con sus trabajos y tiempo después con sus pláticas, a asomarme a una historia cultural densa, compleja –contrario a lo que de ella dicen quienes no la practican, pues durante mucho tiempo se pensó que era fácil, divertida e, incluso anecdótica–. Él aportó mucho a este campo historiográfico. Nombró y estudió procesos sociales y culturales de gran trascendencia, pero que poco habían sido estudiados. Y lo hizo de una manera magistral, lúdica y sí, también divertida; siempre con una exigencia y rigor académico e intelectual implacables.

Ruta 3: Las fuentes para la historia cultural urbana

Llegué al CIESAS a realizar una estancia posdoctoral porque quería trabajar con él. Quería seguir aprendiendo de él, de su forma de ver y analizar el mundo. Ricardo aceptó de manera generosa y amable asesorar mi proyecto de investigación posdoctoral y siempre tuvo abiertas las puertas de su cubículo y su correo electrónico para mantener una comunicación fluida. Aunque desde el inicio me dijo que yo debía trabajar sola, él siempre estaría disponible para entablar debates, leer y comentar mis avances, recomendarme y discutir lecturas. Y así fue. Siempre tuvo el tiempo y la disposición para recibirme en su casa de Coyoacán para platicar sobre mis hallazgos o problemas relacionados con mi tema de investigación. Incluso, cuando la etapa más crítica de su salud le impidió hablar, él sacaba un pequeño pizarrón en el que escribía todos sus comentarios y sugerencias. Ahí anotaba ideas, nombres, pistas que debía seguir o correos electrónicos de personas a las que debía buscar. Con ello mostraba no sólo un gran compromiso profesional, sobre todo lo interpreté como un gesto de generosidad hacia mí y muestra de un gran amor por la vida y por lo que había decidido tomar por profesión.

Desde un inicio, Ricardo se mostró muy optimista e interesado en mi proyecto sobre Chapultepec, tema del que hablamos mucho. Yo me sentaba y lo escuchaba hablar y citar nombres, datos, fechas, títulos de películas, material audiovisual, autores, libros, archivos y un largo etcétera. Escucharlo era asistir a una clase magistral y me permitía ser testigo de una gran erudición. En alguna ocasión me platicó que el presidente Lázaro Cárdenas llevaba a sus hijos a pasear a la primera sección de Chapultepec, pues recordemos que fue en esta época cuando la casa presidencial se mudó a Los Pinos, y que Cuauhtémoc, su hijo, se acordaba de aquellos paseos en los que iba de la mano de su papá. También me contó, por supuesto, de sus propios paseos por ese bosque urbano. Me platicó del asombro que sentía cuando era niño y veía los animales del zoológico. Incluso hablamos del famoso trenecito de Chapultepec y de los vendedores de globos.

Por supuesto que también platicamos de forma más “académica”, me recomendó muchas lecturas, revisión de archivos y fuentes. Hablamos sobre las estructuras –políticas, económicas, culturales– que hacían posible la existencia de un lugar como Chapultepec. Un día le dije que quería hacer una historia más urbana –centrada en aspectos físicos y materiales, y en la transformación del espacio– de Chapultepec y él me recomendó que mejor hiciera una historia cultural y social, y en eso estoy. Mientras lo intento, me pregunto con quién podré platicar sobre las fuentes para acercarme a la historia cultural de la Ciudad de México, de mis hallazgos, de mis dudas, de los debates y disputas que se dan por el espacio, tanto simbólico como físico. Quedó pendiente que leyera aquel primer artículo que me sugirió sobre las fuentes que hay para escribir la historia cultural urbana. Espero que algún día logre acercarme, aunque sea un poco, a tener esa mirada con la que él supo estudiar, leer y analizar la historia cultural. Debo decir que durante el primer año de mi estancia posdoctoral lo busqué con mucho afán y

entusiasmo y también que él me respondía inmediatamente los correos electrónicos y me daba cita para platicar. Después se enfermó y comenzamos a vernos un poquito menos, pero aun así no pasaba ni un mes en que no le escribiera y él me respondiera. Aunque siento que quedaron muchas cosas por charlar, por compartir, por discutir.

Además de las pláticas que tuvimos, me regaló algunos de sus más recientes libros. De las cosas que más atesoro, son dos fotografías antiguas (ca. 1930) de Chapultepec que me obsequió. Cuando me las dio me dijo que las encontró un día que estaba ordenando sus papeles, que había pensado en mi investigación y que seguramente me servirían más. También, un día me escribió para decirme que tenía algo para mí: una guía del zoológico de Chapultepec de 1995, lo que me demostró que era un gran coleccionista de diversos objetos y de material documental de variada índole. Me dijo que también buscó un par de veces entre sus cosas un menú del Restaurante del Lago que conservaba y que me quería dar, pero que no logró encontrar. Son detalles que valoro enormemente. Así como la llave de su cubículo que, recién ingresé como investigadora posdoctoral al CIESAS, me compartió. En una ocasión, estando en su cubículo, vi en su librero una publicación que yo no conocía de él. Era *Rumbo*, un libro de poesía de su autoría. Le escribí de inmediato para pedírselo prestado, él me respondió que podía tomarlo y que, si era de mi agrado, podía conservarlo.

Todos los gestos que tuvo conmigo durante el tiempo que realicé la estancia posdoctoral bajo su asesoría –alrededor de dos años y medio– fueron una muestra de su compromiso como docente y académico, y de su grandeza como persona, pero sobre todo de su generosidad y amor por la vida. Para muestra de ello están los testimonios que aparecen en este número dedicado a su memoria. En el libro que trabajó durante los últimos años habla de las regiones y geografías de México, las cuales se engarzan con su propia historia; en él afirmó que sus recorridos “han servido para tratar de mostrar una trayectoria literaria en la que el placer de estar vivo y aprehender la realidad circundante han sido el pan de cada día”.

Última ruta: De la pasión por la historia cultural al amor por la vida

Ricardo me siguió la corriente cuando me desvié por un tiempo temáticamente del propósito inicial de mi investigación posdoctoral, la cual versa sobre la historia social y cultural de Chapultepec (1960-1981), y leyó dos textos míos –uno muy extenso– sobre el papel medioambiental de Chapultepec en la Zona Metropolitana del Valle de México. Me escribió para decirme que ya había leído ese texto (sólo pasó una semana entre el envío y su lectura) y me citó en su casa de Coyoacán para decirme en persona los comentarios y sugerencias que

me tenía. Además de hablar sobre Chapultepec, del general Cárdenas tomando de la mano a su hijo Cuauhtémoc, de la figura de Miguel Ángel de Quevedo, hablamos de la Revolución, del traidor de Huerta, de Carranza, de los lagos de Chapultepec, del uso político de este sitio y un largo etcétera. Como era de esperarse, también me dio algunas sugerencias e hizo comentarios para mejorarlo y mandarlo a dictaminar.

En aquella ocasión terminamos platicando de los paisajes, elementos de gran interés para la historia ambiental. Me habló de los libros de María Belmonte, los cuales sigo desde entonces con el entusiasmo que él me logró transmitir. Esta historiadora y escritora tiene un libro bellísimo que se titula *El murmullo del agua. Fuentes, jardines y divinidades acuáticas*. Me dijo con mucho entusiasmo que debía leerlo. Ahora lo tengo sobre mi escritorio y se ha vuelto una lectura muy importante para mí (como lo fue en su tiempo *El desfile del amor*). Y me asombra que, sin quererlo, mis intereses académicos e intelectuales hayan ido avanzando con el paso de los años junto con el acompañamiento generoso y cálido de Ricardo Pérez Montfort, querido maestro a quien siempre recordaré.

Casi al final del libro *El murmullo del agua*, Belmonte dice:

> El olor a naturaleza mojada flota en el aire, un aroma a verdor, a fango, a liquen subrayado con notas de humedad [...]. Me siento y permanezco inmóvil un buen rato [...]. En la quietud observo que empiezan a pasar cosas. Llega un mirlo y se da un baño, tomándose su tiempo. Una pareja de pinzones se acerca a beber mientras una libélula azul sobrevuela el agua cazando insectos en el aire.

Ricardo, un historiador que amó profundamente la vida, también escribió poesía. En algunos de sus poemas reflexiona sobre la naturaleza y la existencia. Uno de ellos, publicado en el libro *Rumbo* y con el que cierro este texto-homenaje, con el corazón lleno de gratitud porque, a pesar de sentir cierta orfandad académica, tuve la oportunidad de compartir con él algunas tardes en las que, mientras platicábamos de mis hallazgos en el archivo, yo volteaba a la ventana de su estudio para ver de reojo el cielo y sentir que el pasado y el presente se unían en perfecta sintonía y que el milagro de la vida hacía posible que, después de años de haber tomado con él un curso en la Facultad de Filosofía y Letras, pudiera estar sentada en su estudio escuchando la música de fondo y su voz contándome alguna historia y dándome cátedra, incluso fuera del aula.

Descansa, querido maestro.

Aquí, en el paraíso

Aquí, en el paraíso,
no hay más que vacío.
[...]
Los colibríes y su de vez en cuando,
nervioso e instantáneo,
la gota de agua y su caer veraniego,
la burbuja en el estanque,
insisten en que no hay nada más.
Sólo el movimiento natural
de lo verde, tras la ventana.
Recorrer los pasillos llenos de tesoros,
escuchar las músicas más perfectas,
es un claro reflejo
de este idilio con la nada.

1. Investigadora posdoctoral. ↑

Sonata de la historia

Liliana Toledo Guzmán
Coordinación de Archivos de Nogales, Sonora.



Examen de grado. Foto: *Liliana Toledo*.

Estos frágiles asideros de la memoria se resisten a conjugar en tiempo pasado su presencia. Como piedra acuartelada en los zapatos, se cuelan las penas por los resquicios del espíritu, mientras nos acostumbramos, gradual y dolorosamente, al hecho, un territorio de preguntas subrepticias se antepone como silueta de la ausencia. Silueta de álamos cual multiplicadas mariposas, ligeras, anegando el espacio-tiempo, pintando el aire de terciopelo blanco, acariciando el asfalto, pequeñas bailarinas, rehiletes de amentos, blancas, transparentes, inalcanzables y eternas. La tarea de honrar y recordar a Ricardo Pérez Montfort es un lugar incómodo porque nos pone de frente con su ausencia, apartándonos del artilugio del disimulo, que nos lo devuelve un poquito si pasamos de largo por la vida anestesiadas.

Tengo un inventario de frases rotas y evocaciones, fuentes primarias aspirantes a representarlo, ya no fielmente, pero al menos con algo de justicia. Hacedor de la historia más definitiva, la que se enseña fuera de las aulas, en la calle, en los gestos, en las acciones, en los silencios y las batallas, en su biblioteca personal de puertas abiertas, generosa y congruente con quien deseaba, con franqueza y mirada renovada, hacer a mano otra historia, sobre los otros, para los otros, diversos y tantos. De Barcelata al son jarocho y Bach, fue apasionado de la escucha a contrapelo, atenta y obsesiva. También había algo transgresivo en su acogedora y cariñosa

bienvenida, porque la ternura puede ser revolucionaria cuando la causa es la congruencia.

Fue implacable polímata del tiempo. Inflexible incomplaciente. Experto en el arte de la heterodoxia. Enemigo de los bufones de la historia, de la labia zalamera, artificio nauseabundo del ego. Su presencia era un huracán edificante, desenterrador de naciones anquilosadas. Taumaturgo de las montañas matutinas, nubes terrestres revestidas de ventanas del tiempo que se abrían a la plaza de doña Martha, atisbando a lo lejos a "mi general" y a la comitiva de gauchos, charros y chinas, a las mil y una fábulas de la Latinoamérica unida, crónicas de plata y gelatina que, junto a Monsi y López Austin, seguirán escribiendo desde el alba infinita.

El primer reto es rememorarlo, el segundo, sobreponerse, pero con la memoria bien despierta. El duelo es ese bucle en el que brutalmente se traspone el dolor con la belleza: la risa tajante del viajero de al lado, el felino infantil que salta descubriendo el mundo en dosis diminutas y juguetonas... y después, la sonrisa se asoma y se retrae, avergonzada, cuando por un instante la muerte se disipa... y después, la pregunta "¿qué hubiera dicho 'el Doc' si leyera esto?"... y después... El duelo es una disonancia que colma el espacio con un sonido carraspeante y reparte pedacitos centelleantes, apenas diminutos, en el orbe metálico, suave y tibio. Hay algo del otro que se nos va de las manos para dar paso a aquel que empezamos a reconstruir con el recuerdo, las historias, el oficio.

Al lado de la verde arboleda se alza un arcoíris finito que lleva al camino que evade esta tediosa incompletud. Coleccionar melancolías es uno de los precios de la supervivencia. La ausencia no es solo vacuidad. Paradójicamente, enciende con mayor vigor la plena gratitud por lo maravilloso del encuentro en la brevedad de la existencia, encuentro de sutiles gestos cotidianos hechos de salones de clase, risas, lecturas, borradores, correcciones, cafés, exámenes de grado, música y brindis. El legado es asumir la tarea incansable de escuchar de cerca y mirar de frente, con una calma urgente, como lo demandan los tiempos, como lo seguiría haciendo Ricardo Pérez Montfort. El canto del *huitzilin* se renueva en otras voces con un profundo amor por el terruño: legado y testamento del futuro soñado por él, historia por hacerse.

La vista es muy natural, pero hay que saber mirar… Una aproximación a Corrido, cortometraje dirigido por Ricardo Pérez Montfort

Isaac García Venegas
CIESAS Ciudad de México



Ichan Tecolotl

Mirar en

En su libro *Disparos, plata y celuloide. Historia, cine y fotografía en México (1846-1982)*, Ricardo Pérez Montfort cuenta que después de haber terminado su Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (1976-1980), se inscribió en el Centro de Capacitación Cinematográfica (CCC), inaugurado un lustro antes y ubicado a un costado de lo que entonces era la Cineteca Nacional, que, como se sabe, se incendió en marzo de 1982. Allí, entre 1980 y 1983, conoció y estudió, entre otros, con Emilio García Riera, Paul Leduc, Ludwig Margulis, Juan Tovar, Milosh Trnka, Nerio Barberis, Fernando Cámara y Alejandro Pelayo, con quien, además de tomar clases, colaboró en su primer largometraje, *La víspera*.[1]

Como parte de su relato memorioso sobre aquellos años, afirma que para 1982, cuando musicalizó la película de Pelayo, los 20 alumnos y alumnas de su generación ya debían de haber producido un cortometraje y un mediometraje para acreditar el primer y segundo año de la carrera. En este contexto, refiere sucintamente su "primer trabajo", llamado *Por aquí se oscurece todo*. Si lo hace –y al hacerlo lo denomina "mediometraje"–, es sobre todo porque la grabación de una de sus secuencias coincidió con el día en que se incendió la Cineteca Nacional, el 24 de marzo. Lo que sorprende, dado lo vívido y detallado de su narración, es que no diga nada más sobre su producción personal relacionada con el CCC. No obstante, existe un cortometraje de casi 20 minutos que conservó, al que de vez en cuando hizo referencia en conversaciones y que muy raramente mostró. Por sus características, es probable que sea el trabajo con el que acreditó el primer año de su carrera en el CCC, aunque por el momento no se cuente con los elementos suficientes para afirmarlo con absoluta certeza.

Inspirado en el cuento "Corrido", que forma parte del libro *Confabulario* (1952) de Juan José Arreola, el cortometraje que dirigió, cuyo guion escribió junto con Pedro Pablo Martínez, se llama exactamente igual. En este caso, la inspiración se centra en una frase, "La vista es muy natural", y en una acción: dos hombres confrontándose hasta la muerte en la plaza de un pueblo. Todo lo demás, la historia que da sustento a la trama, en rigor rezuma un conjunto de experiencias personales que por aquellos años Ricardo Pérez Montfort traía a flor de piel.

El motivo de la confrontación entre los dos hombres en el cuento de Arreola es una mujer "mancornadora", lo que convierte a los protagonistas en "rivales de ocasión" que se matan cual si fuesen gallos de pelea. Como consecuencia de este hecho, la mujer migra del pueblo con una mala fama a cuestas. En el cortometraje, la confrontación es onírica y sucede justo en el día en que Fortino Cabañas Gallardo cumple su condena de 40 años por haber asesinado a Nabor Peña Guzmán, amigo y cómplice en el robo de productos de la mina del pueblo. Aunque con una diferencia de cuatro décadas, ambos mueren.

En su sueño, Fortino es liberado; recorre su pueblo minero decadente y abandonado, va a la

casa de sus familiares, donde se entera que migraron al igual que la mayoría de los habitantes del pueblo. Se encuentra con Nabor en la plaza en la que hay un hidrante, responde a su pregunta con la lacónica frase de “La vista es muy natural, Nabor” y le reclama airadamente el pago de la “raya” que le debe; es decir, la parte que le correspondía del último hurto que cometieron juntos cuatro décadas antes. Si en el cuento de Arreola el agua que llena el cántaro de la mujer “mancornadora” es la metáfora de las crecientes ganas de pelear, en el cortometraje lo es del paso del tiempo que termina por desbordar una vida. Si en el cuento la caída de la mujer y la destrucción del cántaro rojo anuncia el comienzo de la pelea, en el cortometraje anuncia el disparo que en el sueño termina con la vida de Fortino, pero también marca la conclusión de su vida en el catre de una celda. El preso no recuperó su libertad, solamente soñó con ello, fue su último sueño.

El discurso cinematográfico del cortometraje es interesante. Salvo por un extraño corte, el espectador no se entera de que está viendo el último sueño de Fortino; un sueño sobre un pendiente, una deuda, pero no sobre el remordimiento. De esto se entera el espectador en la última secuencia. De modo que formalmente es un producto bien dirigido y bien realizado. Acusa influencias que sería largo aquí enumerar, pero también muestra ya cierto “sello” personal que habría de ser distinguible en series como *Los que hicieron nuestro cine* o *La vida en México en el siglo XX*, en las que de diversa manera participó Pérez Montfort.

En relación con su producción, vale la pena resaltar una de sus tres locaciones: Tlalpujahua de Rayón, en Michoacán. Al parecer, parte del guion lo inspiró ese pueblo, cuya historia es bastante conocida: allí estuvo ubicada la mina Las Dos Estrellas, explotada por François Joseph Fournier, entre 1899 y 1935. Por diversas causas, entre ellas un aparatoso accidente, la producción de oro y plata de la mina fue decayendo estrepitosamente hasta que, luego de convertirse en una cooperativa, cerró de manera definitiva en 1959. Como consecuencia, los niveles de vida de Tlalpujahua se deterioraron notablemente.

Ricardo Pérez Montfort llegó a este pueblo cuando comenzó a frecuentar diversas zonas de Michoacán en el segundo lustro de la década de los setenta del siglo pasado.[2] Eran años de intensa lucha por la tierra en distintas partes del país. Por supuesto, Michoacán no era la excepción. De modo que se involucró en una lucha de este tipo en Santa Fe de la Laguna, en donde el conflicto surgió a raíz de que pequeños propietarios y ganaderos de Quiroga llevaban su ganado a pastar a tierras comunales de aquel pueblo. Los campesinos comunales decidieron defenderse legal y pacíficamente de este uso indebido de sus tierras y, en última instancia, del despojo del que eran objeto. El conflicto tuvo uno de sus momentos más álgidos el 17 de noviembre de 1979, cuando en una movilización dos campesinos fueron asesinados, otros más heridos y encarcelados. El entonces procurador del estado de Michoacán, Efrén

Contreras Vallejo, acusó que los comuneros estaban “asesorados por marxistas”.[3] Este hecho fue el motivo del distanciamiento definitivo de Pérez Montfort de la lucha comprometida de ese tipo; esas muertes, esos heridos, esos encarcelados gravitaron sobre su conciencia durante mucho tiempo. Por eso no es extraño que la trama de su cortometraje refiera no tan sesgadamente el tema de la injusticia, la explotación, el abandono de un pueblo y su población solapada por autoridades locales y federales, así como la miseria humana, el rencor y la venganza.

Por otro lado, durante los años en que estudió la Licenciatura en Historia, comenzó a frecuentar Michoacán y se incorporó tanto al CCC como al CIESAS (1980), Ricardo Pérez Montfort trabajó como productor y subdirector de producción en Radio UNAM (1975-1980) y como programador musical en Radio Educación (1979-1985). En ambas instituciones halló cobijo a sus inquietudes y compromisos musicales que le habían llevado a participar en la creación del Centro de Estudios de Folclor Latinoamericano (CEFOL), incorporarse al grupo La Peña Móvil e incluso fundar su sello discográfico, Roquefón. La afortunada conjunción de todo ello hizo posible que Alejandro Pelayo lo invitara a musicalizar su largometraje *La víspera* y que Marcial Alejandro, a quien conoció en aquellas andanzas, compusiera la música original del cortometraje, cuya letra refuerza su trama, pues es evidente que está inspirada en el guion:

Sabiendo que el tiempo nos hiere,
dormito.
No dejo el recuerdo en paz,
odio y rencor pueden más,
y trazo mi pesadilla.
Quién sabe si uno la debe,
maldito,
pero me voy a cobrar...
La mirada es natural,
pero muy desconocida.
Un sueño que no camina,
tan detenido en el viento,
como profundo lamento
en la boca de una mina.
Un sueño como una bala,
atravesando suspiros,
así se dieron de tiros
el zapapico y la pala.
Los que se matan sin muerte,

los que sin morir se matan,
nomás el miedo los muere.

Todas estas experiencias Ricardo Pérez Montfort las traía a flor de piel y son detectables en este cortometraje llamado *Corrido*. Es lo que le otorga una connotación particular. No se trata solamente del despliegue de un puntual saber cinematográfico, sino del conjunto de ellas y de las redes que en él se tejen. En un número dedicado a su memoria por parte de la institución a la que perteneció durante 45 años, tiene su relevancia recuperarlo; es un modo de hacerlo presente para reivindicar uno de sus más preciados legados: la vista es muy natural, pero hay que saber mirar (para que no nos resulte desconocida, canta Marcial Alejandro).

1. Esta colaboración continuó en los años siguientes con las películas *Días difíciles* (1988), *Morir en el Golfo* (1989) y *Miroslava* (1992). ↑
2. Por diversas razones personales, Ricardo Pérez Montfort se quedó prendado de Tlalpujahua durante más de cuatro décadas. A principios de 2023 vendió la casa que allí tenía (que fungía como inspiración, refugio y recuerdo), con lo que sus vínculos con aquel lugar se disolvieron por completo, quedando solo en la memoria. ↑
3. Véase *Juchari Uinapekua. Nuestra fuerza. Crónica de una lucha campesina*, documental producido por la Universidad Autónoma de Chapingo en 1981: https://www.youtube.com/watch?v=XpdZkmdOapc ↑